

BRIAN W. ALDISS

Intangibles S.A.

Brian W. Aldiss es un autor que apenas necesita presentación. Nació en 1925 en Inglaterra, inicia su carrera literaria prácticamente a los treinta años, y desde entonces ha publicado una respetable cantidad de novelas y narraciones cortas, que le han situado inmediatamente entre los escritores de primera línea en el ámbito de la ciencia-ficción. Pero así como la ciencia-ficción —en manos de otros escritores de prestigio preocupados por la verosimilitud del relato— discurre en la década de los sesenta por cauces básicamente científicos, Brian W. Aldiss imprime al género, en este mismo periodo, un doble sesgo hacia lo fantástico y lo netamente antropológico. Y es en esta segunda vertiente en la que justamente se inscriben los cinco relatos que componen el presente volumen: la realidad, manipulada por una tecnología sofisticada hasta lo inverosímil, sume al ser humano en un estado de perplejidad e incertidumbre que le incapacita en su enfrentamiento con las cosas. A esto se añaden, además, presiones de todo tipo, derivadas de la vida en enormes concentraciones urbanas, la pérdida de contacto con la naturaleza y la desintegración progresiva de la sustancia social, todo lo cual contribuye a dislocar la lógica de la conciencia y sumerge al hombre en un mundo inconsistente, hecho de alucinaciones. En este sentido «*Planeta Neandertal*» es el grito de la misma especie humana, que brota de los estratos ancestrales de la inconsciencia para clamar por un retorno a lo primitivo, donde Brian W. Aldiss sitúa en última instancia la auténtica raíz del hombre. En «*El síndrome de Randy*» la rebelión contra el orden, deshumanizado y opresivo en extremo, reviste caracteres sorprendentemente originales y patéticos. «*La hipótesis victoriana*» es un relato de difícil recorrido —no carente de ironía— en el que el mundo objetivo y mundo subjetivo van trenzando sutilmente el esquema de una posible y desconcertante realidad. «*Desde el asesinato*» presenta una historia de política-ficción que discurre en una atmósfera distorsionada por las sensaciones excitantes, los alucinógenos y las situaciones de pesadilla. «*Intangibles Inc.*» —que figura en penúltimo lugar, si bien da título al libro— es una historia pequeña, pero terriblemente demoledora.

Lectulandia

Brian W. Aldiss

Intangibles S.A.

ePub r1.0

Watcher 18-03-2018

Título original: *Intangibles Inc. and other stories*

Brian W. Aldiss, 1969

Traducción: Francisco Torres Oliver

Editor digital: Watcher

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Planeta Neanderthal^[1]

Unas máquinas ocultas desplazaron los cinco axiomas del Centro de Indagación. Recorrieron una serie de sistemas arbitrarios, consistentes en grupos de conjuntos finitos kolmogorovianos, armónicamente contrapunteados por sus correspondientes acotaciones en números reales no-negativos, de manera que los sectores parietales variaron en rigurosa relación, proyectada por el Director Jefe Boff bajo el suelo de Manhattan.

El Jefe Indagador —que se asignaba a sí mismo el nombre de Euler— contemplaba pacientemente las modulaciones mientras esperaba una llamada. Firmeza de principios: ésa era la norma vigente. La que debía regir todas las facetas de la vida. Era el principio estético de las máquinas. No obstante, a menos de cinco kilómetros, los robots salvajes jugaban y alborotaban entre los arbustos.

Se encendió una luz ámbar en el panel beta.

Instantáneamente, moduló su número de identificación.

La señal recibida se tradujo en lo siguiente:

—Hemos detectado a Anderson, jefe.

Y el tableteo dio las coordenadas y dejó de transmitir.

Boff sabía cuánto les había costado —siete días— localizar a Anderson después de su fuga. Habían hecho lo lógico, yendo a buscarle muy lejos. Pero el hombre no actúa con lógica: Anderson había permanecido casi a la sombra del domo de Nueva York. Euler emitió un impulso por un canal de la Mente de la Colmena y detuvo la búsqueda.

Encendió sus propulsores y se elevó.

Los axiomas se abrieron por encima de él. Salió al exterior y sobrevoló los poliedros de Nuevo Nueva-York. A medida que desfilaban las caras transparentes de los edificios, los iba viendo rebosantes de individuos de su propia especie. Con cualquiera de ellos podía establecer comunicación, si fuera preciso; y como jefe, podía, si preciso fuera, conectar el mando automático de cualquiera de ellos y someterlo a su propio control, lo mismo que los Dominantes podían automatizarle a él, llegado el caso.

Euler «vio» una señal complejo-sónica por debajo de él y descendió, desplegando una hélice para aterrizar silenciosamente. Descendió junto al semi-rastreador que había transmitido la señal.

Le dio a conocer su número de identificación y transmitió:

—Anderson está a ochocientos metros de aquí, Jefe. Si se une a mí nos pondremos en marcha.

—¿Qué apoyo tenemos? —preguntó, emitiendo un impulso simple y denso.

—Otros tres como yo, señor. Más el mecanismo de incapacitación.

—Ese hombre no debe ser destruido.

—Entendido, señor.

El intercambio de todos estos mensajes duró apenas un microsegundo.

Se pegó magnéticamente al semi-rastreador y emprendieron la marcha. El suelo era irregular y estaba lleno de montones de escombros, en cuya tierra crecía una maleza sucia. Al otro lado se alzaba todo el inmenso fósil del viejo Nueva York, todavía bajo su poderosa gelatina, gris, inmutable y deshabitado. Sólo los conglomerados multiformes de los nuevos complejos evitaban que el campo se llenara de desolación.

El semi-rastreador se detuvo, incapaz de seguir adelante sin delatar su presencia; Euler se soltó, conectó su propia fase y se sumió en la más completa transparencia. Extendió sus cuatro patas telescópicas, que le elevaron varias pulgadas del suelo, y comenzó a avanzar cautelosamente.

A esta área se la denominaba Vertedero-D. La zona entera no era sino una meseta artificial formada por los despojos de la vieja tecnología humanoide, arrojados definitivamente a la basura cuando se adoptó el sistema moderno, más racional. En los cuarenta años transcurridos desde entonces, los habían cubierto con la tierra procedente de las nuevas obras que se habían construido.

Bajo esta tierra, como una memoria subconsciente repleta de joyas y sangre, yacía el bagaje de una raza casi extinguida.

Euler avanzó con precaución por el terreno quebrado ajustando las patas a sus irregularidades. Cada vez que notaba algún movimiento ante sí, se detenía a observar.

Sobre el vertedero había surgido una serie de casas del viejo tipo humano. La visión de Euler fue adquiriendo potencia, y vio que no eran sino burdas imitaciones de viviendas humanas erigidas sobre los desechos del vertedero, utilizando cristales de coches viejos para las ventanas, paneles abollados de computadoras para las puertas, y tostadores para las escaleras de la entrada. En el exterior de las casas, en lo que era una caricatura de calle, jugaba un grupo de macabros humots. Patatán ton patatán clonc clanc.

Ejecutaban lentas y rítmicas danzas complicadas, haciendo oscilar sus cabezas, dando palmadas con sus propias manos y volviéndose para darlas en las manos de otros. Algunos eran grotescamente machos; y otros, hembras igualmente grotescas. Los demás presenciaban la escena desde los umbrales de las puertas o sentados sobre viejas neveras.

Eran los humots: robots anticuados de fabricación humana de finales del siglo XX y principios del XXI, inservibles ya en un mundo totalmente automatizado, desechados junto con toda la chatarra de la vieja tecnología. Mientras conservaban su carga, seguían funcionando aquí, en el último reducto.

Euler pasó invisible por en medio de ellos, en busca de Anderson.

Los humots remedaban a la extinguida raza a la cual habían servido; vestían ropas humanas recuperadas de entre los despojos enterrados de basura, se ponían sombreros y bufandas, llevaban calcetines, lucían pipas, se peinaban con cola de caballo y se

ataban lazos. Refrescaban sus memorias electrónicas con las películas que exhumaban del Vertedero-D; copiaban con sus gestos metálicos los movimientos de aquellas formas, aspiraban a experimentar sus emociones y anhelaban tener corazón. Se consideraban en un nivel superior al de los autómatas no-antropomorfos que les habían desahuciado.

Anderson había encontrado refugio entre ellos. Había ocultado su carne y sus huesos y su pelo de viejo metabolismo protoplasmático bajo un camuflaje de hojalata, cubriéndolo con una armadura de chapa herrumbrosa. Su silueta, de pie ante una especie de entrada, apareció inmediatamente en uno de los detectores internos de Euler; su relación masa/cuerpo delató su constitución carne-y-hueso. Euler se elevó, voló hacia él, hizo oscilar un paralizador y le pinchó. Luego desplegó una red y recogió al humano en ella.

Una tosca alarma sonó por todas partes. Los humots detuvieron su danza automática. Se dispersaron como hojas de árbol y, chirriando como un revoltijo de latas, huyeron a sus casas, regresaron a la tierra y dejaron el Vertedero-D a merced de la casi invisible figurita que, con su bordoneo, iniciaba su vuelo de regreso al Centro de Indagación con su presa humana recobrada balanceándose bajo su forma asimétrica. La vieja campana del vertedero continuó sonando aún mucho tiempo después de que el panorama quedara desierto.

Para unos ojos humanos, la estancia estaba a oscuras.

El Décimo Dominante se manifestó en Nuevo Nueva-York en forma de plano mural de modestas dimensiones, con titilantes intermitencias de energía a través del espectro electromagnético y demás, desde los invospectros. En esto consistió su personalidad, de momento.

El Jefe Indagador no había esperado que le llamaran a la presencia del Dominante, así que aguardó en silencio. El humano Anderson, rendido en el suelo junto a unas cuantas latas herrumbrosas que se le habían desprendido, se recobraba lentamente.

La señal del Dominante dijo:

—Visión humana opera de 4 a 7 veces 10^{-5} centímetros longitud onda.

Obedientemente, Euler manipuló en el tablero parietal, y la estancia se iluminó. Anderson abrió un ojo.

—¿Entiende usted de Hombres, Indagador? —dijo el Dominante.

Había hecho uso de la voz. Ni siquiera empleó voz R/T. Su voz fue directa, limpia, de tipo humano.

En Nuevo Nueva-York no se había oído una voz desde que los humots fueron expulsados.

—Sé sé muchas cosas sobre los Hombres —vocalizó Euler Aclaró su cruda señal vocal a través del canal de costumbre— Esta unidad tuvo que asimilar muchos datos referentes a los humanos en el Banco H00100 a través del H801000000 para

operación concerniente a captura hombre aquí presente.

—Utilice sólo lenguaje vocal, Indagador; si puede.

Sí podía Durante la operación de captura había utilizado unos dos-punto-cuatro segundos en aprender el viejo lenguaje humano.

—Entonces podemos hablar confidencialmente, Indagador... exactamente como dos hombres.

Euler sintió que se le encendían lucecitas de inquietud por todo él, ante estas palabras.

—De todos los millones de autómatas de la colmena, Indagador, no habrá ni uno solo que pueda seguir nuestra conversación —vocalizó el Dominante.

—¿Motivo?

—Los Hombres fueron así de reservados, herméticos. Debemos imitarles para entender. Debemos entender a Anderson.

Euler dijo con sequedad:

—Éste sólo necesita regresar al zoológico.

—Anderson demasiado bueno para el zoológico, como demuestra su fuga, eludiendo captura siete días cuatro horas treinta minutos. Anderson nos ayudará.

Euler soltó un chirrido no-vocal de incredulidad.

—Cierto. Si yo fuera... Hombre, me sentiría impaciente como usted por no creer. Magnitud del problema mundial, enorme. Usted... usted tiene su propio número de identificación, pero quiere llamarse también Euler; los autómatas de su grupo de trabajo así le designan. ¿Por qué?

El Jefe Indagador pugnó por conceptualizar:

—Como dirigente, esta unidad necesita un número de identificación especial.

—Sí, lo necesita usted. Su grupo de trabajo no... para él su número de identificación es suficiente, como establecen los reglamentos. Su nombre de Euler es nombre humano, de estilo humano. Tales costumbres merman nuestra eficacia. Pero adoptamos muchas, con frecuencia sin saber que lo hacemos. Son nuestra herencia, de cuando los hombres construyeron los primeros prototipos de nuestra estirpe: los humots. El mismo género humano luchó contra su herencia animal. Y nosotros debemos liberarnos de la herencia humana.

—Es error mío.

—¿Recibió noticias sobre resultado exploración de hoy en Invospectro A?

—Hay demasiado trabajo programado para mí para recepción noticias.

—Escuche entonces —el Décimo Dominante conectó una transmisión diferida en visión/UHF ordinaria.

Los autómatas de la Colmena se hallaban al borde de una revolución que alteraría por completo todas las condiciones de su existencia. Hasta el momento, se habían descubierto tres invospectros y se sospechaba que existían otros dos. De todos ellos, el Invospectro A era el más prometedor. El virtual agotamiento de combustible fósil económicamente explotable había conducido a una rápida expansión de la física de

bajas energías y de la pico-física; y las conversiones químicas a micro-julios de energía habían abierto un estrato enteramente nuevo de «quanta» reactivos; en los últimos cinco años, la explotación de dichos estratos había hecho posible la liberación de la fisión pico-electral y había dado acceso a los fantásticos invospectros.

Ahora era teóricamente posible explorar los invospectros por medio de nuevos tipos de autómatas. Esto abría una perspectiva de omnipotencia, un panorama de universales enteramente nuevo, insospechado doce años atrás.

Actualmente, se habían lanzado las primeras autonaves en el más rico y menos peligroso de los invos. Ochocientas noventa habían enmudecido. La comunicación había cesado al cabo de 3,056 pi-lecs; al cabo de otros 7,01 pi-lecs, sólo habían regresado seis unidades. Sus descubrimientos aún se estaban descifrando. De las ochocientas ochenta y cuatro unidades restantes no se sabía nada.

—Sea cual sea la información que nos den las grabaciones —vocalizó el Décimo Dominante—, este contratiempo es grave. Lo menos la mitad de las ciudades-colmenas de este continente tendrán que ser desconectadas como medida de prevención, mientras se reconsidera el estado de todo el invospectro.

El hilo del razonamiento resultaba oscuro para el Jefe Indagador, que dijo:

—Razonamiento aceptado. Pero su relación con cuasi-extinta humanidad no comprendida por esta unidad.

—La herencia humana contenida en nosotros ha ocasionado dicha anomalía, según mi proceso discursivo. Paralelamente, los intentos humanos por lograr una forma de vida espacial se vieron malogrados debido a su propia ascendencia. Por eso estudiamos a Anderson. De ahí la orden de capturarlo sin exterminarlo.

—Cuestión comprendida.

—Anderson es un hombre especial, entienda. Es... entre nosotros no existe tal concepto, pero en términos humanos es *escritor*. El zoo del que procede, pese a sus 19.940 habitantes, aproximadamente, tiene dos o tres ejemplares de éstos. Anderson escribió una historia fantástica poco antes de la Semana Nuclear. Esa historia puede ser decisiva para nuestra comprensión del problema. Yo la tengo aquí y quiero leerla.

Y durante la mayor parte del tiempo en que los aparatos estuvieron conversando, Anderson, tendido en el suelo en una postura dislocada, completamente consciente, se dedicó a escuchar. Su cuerpo ocupaba casi toda la habitación. Era demasiado reducida para poder ponerse en pie: tenía un metro y medio de altura, tan sólo... aunque resultaba inmensa en comparación con las proporciones normalmente empleadas por los autómatas. A través de sus párpados podía ver la pantalla que representaba al Décimo Dominante. Y contemplaba también al Jefe Indagador Euler, que le aprisionaba el puño izquierdo, ligeramente cerrado, y con una aguja retráctil clavada bajo la piel del hombre hacía lecturas automáticamente, atento a cualquier movimiento suyo. Así, el hombre y la máquina permanecieron absolutamente en silencio, mientras el cuadro mural leía la historia fantástica de Anderson, que databa de antes de la Semana Nuclear y se titulaba *Un rasgo Neanderthal*.

Los corredores del Departamento de Exploración Planetaria (Admin.) eran largos, y larga era la espera en ellos, también. El humano K. D. Anderson cogió su tarjeta azul de citas, se apoyó incómodo contra la pared, y echó de menos los viejos tiempos en que el gobierno estaba en manos humanas y los departamentos gubernamentales eran lo bastante civilizados como para habilitar espaciosas estancias para salas de espera.

Cuando finalmente fue introducido al despacho del Investigador estaba ya muy bajo de moral. Y no le tranquilizó la presencia del Investigador, uno de los nuevos mini-androides.

—Soy el Investigador Parsons, encargado del caso Nehru II. Le hemos citado aquí porque confiamos en que nos ayudará, señor Anderson.

—Naturalmente, les prestaré mi ayuda en lo que pueda —dijo Anderson—, pero le aseguro que no sé nada sobre Nehru II. Las oportunidades de hacer viajes espaciales son muy limitadas para los humanos... casi nulas hoy en día, ¿no?

—Es una medida de prevención. Tal vez le interese saber que va a ser enviado a Nehru II en breve.

Anderson se quedó mirando perplejo al androide. El rostro insignificante de este último era tan inexpresivo que parecía imposible no atribuirlo a una satisfacción sádica ante el sobresalto de sorpresa que se llevó Anderson.

—Yo soy arqueólogo del instituto —protestó Anderson—. Mi trabajo es la investigación. De Nehru II no tengo ni idea.

—No obstante, usted está clasificado como Hombre Científico y el Gobierno Mundial le paga como tal. Al Gobierno le asiste el derecho legal de enviarle adonde le plazca. En cuanto a eso de que no conoce nada acerca del planeta Nehru II, trata de engañarme. Uno de sus antiguos maestros, el humano Dr. Arlblaster, como usted sabe, fue a establecerse allí hace algunos años.

Anderson suspiró. Había oído decir que esta clase de cosas le había sucedido a otros, y tocó madera. Los asuntos humanos iban quedando cada vez más bajo la autoridad de los Pronosticadores Automatizados Boffin.

—¿Y qué tiene que ver ahora Arlblaster conmigo? —preguntó.

—Usted va a ir a Nehru para averiguar qué le ha sucedido. Dirá que le hace una visita en recuerdo de los viejos tiempos. Ha sido elegido usted para este trabajo porque fue uno de sus discípulos predilectos.

Anderson sacó una cajetilla de mescahales, encendió uno y le ofreció otro insolentemente a su interlocutor.

—¿Se encuentra Frank Arlblaster en dificultades?

—Hay cierta clase de problemas en el Nehru II —concedió el Investigador cautamente—. Usted va a ir para averiguar qué es exactamente lo que ocurre.

—Bueno, como es natural, tendré que ir, si me lo ordenan. Pero todavía no comprendo por qué tienen que enviarme a *mí*. Si hay problemas, que envíen una nave robot de la policía.

El investigador sonrió. Muy a la manera humana.

—Hemos perdido ya dos naves-patrulla allí. Ésa es la razón por la que le enviamos a usted. Puede llamarlo una nueva línea de aproximación, señor Anderson.
¡Un Pulgarcito de metal, empleando la ironía humana!

El sendero describió una curva y empezó a descender por el verde valle. La polvorienta colonia de Sweettenham, única población de Nehru II, se hallaba enclavada en uno de los meandros de un río serpeante. En cuanto la proa del vehículo enfiló el valle, K. D. Anderson sintió un aumento de calor; la colonia se cobijaba en el valle como el agua en el hueco de la mano.

Justo cuando empezaba a sudar, apareció algo en el sendero cubierto de maleza que se extendía ante él. Frenó y se quedó mirando con asombro.

Un animal de pequeño tamaño se le había quedado mirando.

Medía unos dos pies y medio hasta el extremo de las paletillas; el pelaje de su cuerpo era espeso y velludo, sus cuatro patas eran toscas; su horrible y alargada calavera ostentaba dos cuernos, el primero de los cuales tenía más de un pie de largo. Después de mirar de hito en hito a Anderson, se internó en la floresta y desapareció.

—¡Eh! —voceó Anderson.

Abrió la portezuela de repente y saltó fuera, empuñó su revólver-paralizador y se internó en la espesura, tras él. Estaba seguro de que se trataba de una cría de rinoceronte lanudo.

El terreno era difícil, la maleza alta. La espesura se extendía por toda la ladera formando macizos boscosos. El animal iba a perderse en uno de estos macizos. Tan pronto como lo divisó, Anderson se internó en persecución suya. A ningún arqueólogo se le habría ocurrido hacer otra cosa: estas bestias se consideraban extinguidas ya, tanto en Nehru II como en Sol III.

Siguió corriendo. El rinoceronte lanudo —si es que era un rinoceronte lanudo— había tomado la dirección de la colonia Sweettenham. No veía rastro alguno de él ahora.

Al pie de la ladera se alzaban dos grandes rocas enhiestas de unos doce pies de altura. Desorientado, porque su presa había desaparecido, y caminando más despacio, Anderson se dirigió hacia las rocas. A medida que se aproximaba las iba clasificando casi inconscientemente: eran material de aluvión; transportadas hasta aquí en otro tiempo por los glaciares que descendían por el valle, ahora se iban desintegrando gradualmente.

En torno suyo reinaba un silencio que casi se escuchaba. Era éste un planeta casi vacío, primitivo, que giraba lentamente sobre su eje dando lugar a perezosos días de veintinueve horas. Días que amanecían casi siempre cubiertos de nubes. La colonia de Sweettenham, enclavada al pie de una cordillera, en las frescas latitudes del hemisferio sur, disfrutaba de un clima húmedo y suave. Incluso la gravedad, que era un 0,16 de la terrestre, contribuía a aumentar el sopor general.

Anderson dio la vuelta alrededor de las dos enormes rocas.

Un gran rostro feroz se plantó justo delante del suyo. Dos ojos como carbones le escudriñaron desde el fondo de sus cuencas; un garrote describió una curva en el aire, y el golpe hizo que le saltara el paralizador de la mano.

Anderson dio un paso atrás. Se puso en guardia, pero su adversario no dio muestras de seguir atacando, en vista de su éxito inicial. Y fue una suerte, porque bajo la camisa color canela que llevaba este hombre se dibujaban unos bíceps y unos hombros musculosos. Tenía la mandíbula agresiva, por no decir que era prognata. Un hombre de una pieza, pensó Anderson. Olvidó la cría de rinoceronte y adoptó una actitud conciliadora.

—No le perseguía a usted —dijo—. Estaba cazando un animal. Le habré sorprendido el verme aparecer de pronto con una pistola, ¿eh?

—¿Eh? —repitió el otro. No parecía sorprendido. Alargó su brazo velludo y agarró a Anderson por la muñeca—. Tú venir a Sweettenham —dijo.

—Precisamente es lo que me proponía hacer —convino Anderson airado, zafándose—. Pero he dejado el vehículo en lo alto de la cuesta con mi hermana dentro; así que, si me dejas, voy a decirle que venga.

—Ocuparte de ella más tarde. Tú venir a Sweettenham —dijo el tipo fortachón. Echó a andar pesadamente hacia las casas, la primera de las cuales apareció entre los arbustos a un centenar de yardas de ellos. Humillado, Anderson no tuvo más remedio que seguirle. No era prudente discutir con este individuo peligroso en un lugar deshabitado. Tras tomar mentalmente algún punto de referencia sobre el lugar donde había ido a parar la pistola, emprendió la marcha con la esperanza de que su recibimiento en la colonia fuera mejor de lo que auguraban los primeros indicios.

Pero no lo fue.

Sweettenham estaba constituida por dos filas de *bungalows* y cabañas que formaban dos herraduras, una dentro de otra. La fila exterior daba fachada al meandro del río que describía un semicírculo; la de dentro, más importante, daba a una gran plaza polvorienta, donde crecían unos cuantos árboles. El que había apresado a Anderson le llevó a la plaza y dio una voz de llamada.

Sólo le soltó el brazo cuando le rodearon quince o veinte hombres y mujeres, los cuales se pusieron a observarle con curiosidad, aunque sin hacer el menor comentario. Ninguno tenía la expresión inteligente. Todos tenían el cabello largo y en la mayoría de los casos caía sobre sus frentes deprimidas. Por lo general, el labio inferior era prominente. Algunos iban casi totalmente desnudos. Sus cuerpos despedían un olor penetrante y desagradable.

—Por lo que veo, no reciben ustedes muchas visitas a Nehru II últimamente —dijo Anderson inquieto.

Se sentía inmerso en una pesadilla. Su aparato espacial estaba a una milla, detrás de dos líneas de cerros, y en este momento deseaba fervientemente encontrarse a una milla, en su aparato. Lo que le alarmaba sobre todo no era tanto la hostilidad de estas

gentes como su misma presencia. El poblado de Sweettenham era el único que la Tierra tenía instalado en este planeta, por otra parte deshabitado; y se trataba de una colonia de intelectuales, sobre todo de intelectuales descontentos de la vida cada vez más automatizada de la Tierra. Esta multitud, lejos de parecer intelectuales, tenía pinta de simios.

—Dinos de dónde vienes —dijo un hombre de entre la multitud—. ¿De la Tierra?

—Soy terrestre... He nacido en la Tierra —dijo Anderson, y les contó la historia que traía preparada—: Ahora acabo de llegar del planeta Lenin; me he detenido aquí en mi camino de regreso a la Tierra. ¿Contesta eso a su pregunta?

—¿Siguen tan mal las cosas en la Tierra? —preguntó una mujer a Anderson. Era joven. Anderson reconoció que había una especie de belleza en su feo rostro—. ¿Segue aún la Guerra del Petróleo?

—Sí —admitió Anderson—. Y las Naciones Carentes han emprendido una guerra convencional contra la Europa Común. Pero nuestro último contraataque a Sudamérica está teniendo éxito, si son ciertas las telenoticias. Me imagino que todos ustedes tendrán un montón de preguntas que hacerme sobre nuestro planeta materno. Contestaré a todas ellas cuando me hayan presentado al hombre que he venido a ver a Nehru, el Dr. Frank Arlblaster. ¿Sería alguien tan amable de llevarme hasta su presencia?

Esto originó cierta discusión. Al menos era evidente que el nombre de Arlblaster les decía algo.

—El hombre que buscas no te verá aún —anunció alguien.

—Condúzcanme a su casa y yo me encargaré de eso. Soy un antiguo discípulo suyo. Se alegrará de verme.

Enzarzados en una cuestión de detalle que se había suscitado entre ellos, no le hicieron caso. El hombrón que le había atrapado —sus compañeros le llamaban Ell— gritaba con vehemencia:

—¡Es un Cro!

—¡Verdad! —exclamó otro—. Llevadle a Menderstone.

Era una bendición que hablaran el Inglés Universal. Sonaba precipitado y le daban un raro acento, pero se entendía perfectamente.

—¿Se refieren a Stanley A. Menderstone? —preguntó Anderson con repentina esperanza. Ciertamente, este hombre, crítico literario, formó parte del grupo original de Sweettenham que había venido a instalar un centro intelectual en lo más intrincado del planeta.

—Te llevaremos a él —dijo el amigo de Ell.

Por lo que Anderson veía, eran reacios a dar respuestas directas. Se preguntaba qué estaría haciendo su hermana Kay, y casi esperaba verla aparecer con el vehículo en cualquier momento.

Agarrando a Anderson por la muñeca —eran gentes posesivas—, el amigo de Ell se encaminó a buen paso a la última casa que había en un extremo de la herradura

interior. El resto de la multitud se retiró a la sombra, a prudente distancia. Muchos se sentaron en cuclillas, imponentes, satisfechos, expectantes, atentos a lo que pasaba. Un grupo de perros deambulaba por entre las cabañas; un pato subió contoneándose del río; las moscas revoloteaban sobre los excrementos cubiertos de polvo. En el fondo se alzaban las montañas coronadas de nubes.

El edificio de Menderstone no parecía muy acogedor. Era una construcción larga y baja, que databa de unos veinte años. Ahora el tens-hormigón estaba agrietado y sucio, el marco de acero de las ventanas se había oxidado, y sus mismos cristales estaban legañosos como los ojos de un beodo.

El amigo de Ell se acercó a la puerta y dio una patada. Luego volvió sobre sus pasos sin prisa, aunque sin demorarse tampoco, y se unió a sus camaradas, dejando a Anderson en el umbral. Se abrió la puerta.

Un hombre de aspecto fornido hizo su aparición, con un anticuado rifle en las manos que subrayaba su tremendo aire de autosuficiencia. Tenía la cara renegrida y picada como la quilla de un junco; estaba calvo, y su frente brillaba como si se la hubieran barnizado. Aunque tenía probablemente unos sesenta y tantos años, daba la impresión de haber tenido ese mismo aspecto desde hacía veinte.

Lo que más llamaba la atención eran los lentes que llevaba, sujetos con un alambre retorcido por detrás de las orejas. Anderson recordó el nombre de este anticuado instrumento: eran unas gafas.

—¡Di lo que tengas que decir! —exclamó el de las gafas, moviendo el rifle con impaciencia.

—Me llamo K. D. Anderson. Sus amigos me pidieron que viniera a verle.

—¿Mis qué? ¿Mis amigos? Si quiere usted hablar conmigo será mejor que mida sus palabras.

—Señor Menderstone, si es que se llama usted Menderstone; medir mis palabras en este momento es lo que menos me preocupa. Lo que más le agradecería es un poco de hospitalidad y de ayuda.

—Usted debe de ser de la Tierra; de lo contrario no le pediría eso a un perfecto extraño. ¡Alice!

Este nombre lo gritó hacia el interior de la casa. Apareció una mujer de rostro afilado; rostro que asomó por encima del hombro de Menderstone como un loro que escudriña desde su percha.

—Buenas tardes, señora —dijo Anderson, controlándose con determinación—. ¿Me permite pasar y hablar con ustedes un momento? Acabo de llegar ahora mismo a Nehru.

—¡Jesús! Son las primeras «buenas tardes» que he oído en años —exclamó la mujer que respondía al nombre de Alice—. ¡Será mejor que pase, poética criatura!

—¡Soy yo quien decide quién entra aquí! —estalló Menderstone, dándole un codazo a la mujer.

—Entonces ¿por qué no lo decides ya, en vez de estar ahí, vacilando en el

umbral? *Entre*, joven.

El cañón del rifle de Menderstone se apartó de mala gana para dejar paso a Anderson. Alice le condujo a una habitación espaciosa y revuelta, con una estufa en un rincón, una cama en otro y una mesa en medio.

Anderson echó una rápida mirada en torno suyo antes de centrar la atención en su anfitrión y anfitriona. Formaban una extraña pareja. Visto aquí, de cerca, Menderstone parecía menos corpulento que en el umbral, aunque ahora daba más impresión de poseer una imponente personalidad. En estos tiempos, las personalidades fuertes eran poco frecuentes en la Tierra; Anderson consideró que podría simpatizar con este hombre si lograba vencer su hostilidad.

Por el momento, Alice parecía más asequible. Bastante más joven que Menderstone, tenía el tipo bonito, y una cara que resultaba simpática y al mismo tiempo algo cómica. Con su ladeada cabeza de pájaro, examinaba a Anderson con curiosidad, por lo que éste se dirigió a ella. Fue una equivocación.

—Justamente iba a contarle a su marido que me he detenido aquí para ver a un antiguo amigo y profesor mío, el Dr. Frank Arlblaster...

Menderstone no le dejó terminar:

—Ahora que ha logrado meterse aquí dentro, señor K. D. Anderson, voy a ponerle al corriente para que sepa a qué atenerse. Alice no es mi mujer; *ergo*, yo no soy su marido. Vivimos juntos, eso es todo, puesto que en Sweettenham no hay nadie más conveniente con quien vivir. Tengo que añadir que nuestro arreglo se debe tanto a la conveniencia como a la pasión.

—El señor Anderson y yo te agradeceríamos que dejaras de cantar tus propias alabanzas por un momento —le dijo Alice con sarcasmo. Volviéndose a Anderson, le condujo a una silla y ella se sentó en otra—. ¿Cómo es que le han permitido venir aquí? Me parece que tiene usted muy poca idea de lo que pasa en Nehru II, ¿me equivoco? —preguntó.

—¿Quiénes son esos monos bamboleantes de ahí fuera? —preguntó Anderson—. ¿Qué les hace a ustedes ser tan irascibles? Yo creía que esto era una colonia de intelectuales exiliados.

—Éste quiere que hablemos de Kant, el cálculo y la cópula —comentó Menderstone.

Alice dijo:

—¿Esperaba usted que salieran a recibirle lumbreras en vez de monos?

—Me habría conformado con que fuesen seres humanos.

—¿Qué sabe usted de Arlblaster?

Anderson hizo un gesto de impaciencia.

—Ha sido usted muy amable al haberme invitado a pasar, señora... quiero decir, Alice; pero ¿podemos dejar la conversación para otro momento? Tengo la nave al otro lado del cerro con mi hermana Kay aguardando mi regreso. Quiero saber si puedo ir allá y volver sin que me lo impidan esos rufianes de ahí fuera.

Alice y Menderstone se miraron. Una corriente de entendimiento mutuo pareció cruzarse entre ambos. Tras una pausa, inesperadamente, Menderstone le tendió el rifle con la culata por delante.

—Tome esto —dijo—. Nadie le hará daño si le ven con un rifle en las manos. Esté preparado para utilizarlo. Vaya a su aparato y tráigase a su hermana.

—Un millón de gracias; pero tengo un revólver allá, cerca de la nave...

—Llévese mi rifle. Ellos lo conocen; lo respetan. Métase esto en la cabeza: se encuentra en el lugar más repugnante que hasta ahora haya imaginado. No permita que nada, *nada*, le desvíe de su trayecto al ir o al volver. Luego ya oirá lo que le tenemos que decir.

Anderson cogió el rifle, lo sopesó, y le pasó la mano. Era pesado y estaba ligeramente engrasado; no tenía ni una mota de polvo, a diferencia del resto de la casa. Por alguna oscura razón, su contacto le produjo desasosiego.

—¿No están ustedes dramatizando la situación aquí, Menderstone? Tenía usted que probar a vivir en la Tierra en estos tiempos... es como un campamento en pie de guerra. La tensión allí es real, no ficticia.

—No me diga que no sentía nada cuando venía para acá —dijo Menderstone—. ¡Estaba temblando!

—¿Qué sabe de Arlblaster? —preguntó Alice otra vez.

—Un montón de cosas. Arlblaster descubrió un cráneo prehistórico en Bretaña, Francia, allá por los años ochenta. Publicó una serie de teorías extrañas sobre ese cráneo. Según las tesis en boga, debería calcularsele unos noventa y cinco mil años, pero el RCD le daba sólo unos cientos de años. Esto desprestigió bastante a Arlblaster. Dejó la cátedra (yo fui uno de sus últimos discípulos) y en adelante llevó una vida solitaria. Naturalmente, cuando lo abandonó todo para trabajar en una teoría absurda que se le había ocurrido, el Gobierno le destituyó.

—¡Ah, el viejo filósofo! «Trabajar por el hombre universal, en vez de hacerlo por el bien común» —suspiró Menderstone—. Y usted considera que era un extravagante, ¿verdad?

—¡Desde luego que lo era! Y dado que estaba inscrito como Hombre Científico, recibía su paga del Gobierno Mundial —explicó—. Y, naturalmente, esperaban resultados de él.

—Naturalmente —asintió Menderstone—. Los resultados que ellos querían.

—La vida no es fácil en la Tierra, Menderstone, como lo es aquí. Allí el hombre tiene que rendir; si no, lo quitan de en medio. De todos modos, cuando a Arlblaster se le presentó la oportunidad de venirse a la colonia recién constituida de Sweettenham, la aprovechó y se vino. ¿Le han llegado a conocer ustedes? ¿Cómo está?

—Supongo que puede decirse que aún está vivo —dijo Menderstone.

—Pero ha cambiado desde que usted le conoció —dijo Alice, y ella y Menderstone se echaron a reír.

—Voy a recoger mi nave —dijo Anderson, a quien no le gustaba en absoluto ni la

pareja ni la situación—. Hasta luego.

Balanceando el rifle bajo su brazo derecho, salió a la plaza. El sol brillaba en ese momento, a través de un techo de nubes, con tanta fuerza que salpicaba la sombra de manchas rojas y grises. Tras esas manchas, delante de los ruinosos edificios de Sweettenham, las gentes del poblado se habían sentado en cuclillas o se habían quedado apoyadas con simiesca naturalidad, en medio del polvo pisoteado.

Sin quitarles el ojo de encima, salió y se encaminó hacia el monte. Nadie intentó seguirle. Un sendero trazado por el azar le condujo cuesta arriba; su escabrosidad subrayaba aún más el abandono general.

Cuando perdió de vista el poblado, Anderson se sintió dominado por la ansiedad. Echó a correr sendero arriba gritando:

—¡Kay, Kay!

No obtuvo respuesta. La luz pastosa parecía tragarse su voz.

Al coronar la cuesta, pasó por el lugar donde había visto el rinoceronte lanudo. Su vehículo estaba donde lo había dejado. Pero vació.

Corrió hacia él con el rifle preparado. Le dio la vuelta sin dejar de correr. Empezó otra vez a llamar a voces a su hermana. Pero tampoco obtuvo respuesta.

Reprimiendo el pánico que sentía, Anderson buscó por el suelo las huellas que pudiera haber dejado, pero no descubrió ninguna. Kay había desaparecido como un fantasma. Y no había ningún lugar en todo el planeta adonde recurrir, salvo Sweettenham.

Siguiendo un súbito impulso, echó a correr hacia las dos rocas, donde se había topado con el brutal Ell. Las rocas se alzaban solitarias y mudas. Recogió el revólver de donde había caído y dio media vuelta. Sudando, volvió con paso cansado al vehículo. Montó en él, lo puso en marcha y descendió hasta el poblado.

Al llegar de nuevo a la plaza, frenó, saltó a tierra, y se encaró con los tipos rechonchos acurrucados en las sombras.

—¿Dónde está mi hermana? —les gritó—. ¿A qué creen ustedes que están jugando?

Alguien respondió con una simple palabra que estalló como un graznido bajo el sol:

—¡Cro!

—¡Cro! —gritó otro, lanzando la palabra como si fuera una piedra.

Fuera de sí, Anderson apuntó con el rifle de Menderstone por encima de los bajos tejados y apretó el gatillo. El arma reculó acompañado de una ruidosa detonación. La gente que había a la vista se incorporó sobre sus pies planos y desapareció en el interior de sus chozas o en las calles traseras.

Anderson se dirigió a la casa de Menderstone, aporreó la puerta y entró sin más. Menderstone se estaba comiendo una manzana pelada, y no dejó de comer al ver entrar a su huésped.

—Han raptado a mi hermana —dijo Anderson—. ¿Dónde está la policía?

—El puesto de policía más próximo está en la Tierra —dijo Menderstone entre mordisco y mordisco—. Allí hay estados policíacos bajo control-robot que se extienden de polo a polo. «La policía de la Tierra vela por los hombres». Aquí en Nehru sólo tenemos la anarquía. Es horrible, pero es preferible a una robocracia. Mi consejo, Anderson, y se lo digo con toda seriedad, es que suba a su cohete espacial cuanto antes y regrese allá sin preocuparse demasiado de su hermana.

—¡Mire, Menderstone, no estoy de humor para escuchar tonterías! No voy a dejar esto así como así. ¿Quién manda en este lugar? ¿Dónde está el campamento de los intelectuales? ¿Quién es el que tiene la voz cantante en los asuntos locales? Quiero hablar con él.

—¿Que quién manda aquí? ¡Cómo echa de menos la férrea mano de sus amos los robots! ¿verdad?

Menderstone dejó a un lado la manzana y se le acercó. Su enorme rostro era duro y frío como una roca sumergida.

—Deme ese rifle —dijo, echando mano al cañón y quitándoselo de un tirón. Lo arrojó sobre la mesa—. ¡Y no me levante la voz, K. D. Anderson! Me revienta el régimen de la Tierra, y toda la chusma de mosquitas muertas como usted. Si necesita ayuda, procure pedirla de buenas maneras.

—No le estoy pidiendo ayuda... ¡salta a la vista que no se la puede prestar a sí mismo siquiera!

—Sería mejor que no le tirara demasiado de la lengua a Stanley —dijo Alice. Había entrado y se había quedado detrás de Menderstone, sacando su pico de loro por encima de su hombro para mirar a Anderson—. Puede que no le encuentre muy amable, pero siento decirle que, hoy por hoy, el campamento de intelectuales se reduce a él. Este almacén de basura era el Cuartel General. Pero todos los muchachos de valía se marcharon al monte, al otro lado del río, para unirse a su camarada Arlblaster.

—Aquello debe de ser más agradable y más sano. Comprendo perfectamente que no les hayan querido a ustedes dos con ellos —dijo Anderson con aspereza.

Menderstone soltó una carcajada.

—Está claro que no comprende nada.

—Explíquese entonces: adelante. Le escucho.

Menderstone volvió a coger su manzana, y se metió la mano libre en el bolsillo del pantalón.

—¿Se lo explicamos, Alice? ¿Podrías adivinar ya de qué lado va a estar? Yo diría que hay un elevado factor-N en su carácter, ¿no te parece?

—Podría ser un Cro. O un mono más bien. Demonio; sea lo que sea, resulta un alivio, después de tu pegajosa compañía, Stanley.

—¡No empieces a coquetear con él, tú, corneja! ¡Podría ser tu hijo!

—Lo que era bueno para Yocasta es bueno para mí —cacareó Alice. Y volviéndose a Anderson, dijo—: ¡No intente meterse en nuestras peleas! Haría bien

en acomodarse aquí para pasar la noche. Y piense que no son caníbales los de ahí fuera... Hagan lo que hagan, no se comerán a su hermana. Su razón habrán tenido para raptarla, así que si espera tranquilo, ellos se pondrán en contacto con usted. Además, son las siete y media, y es mejor que espere usted a mañana para emprender la búsqueda de Arlblaster.

Tras una nueva discusión, Anderson accedió a hacer lo que ella sugería. Menderstone sacó su labio inferior hacia afuera y no dijo nada. Era imposible saber a ciencia cierta qué le parecía la idea de tener un huésped.

No tardó en desvanecerse la escasa luz que quedaba del día. Después de descargar algunos bultos de su vehículo y meterlos en la casa, Anderson no tuvo ya nada que hacer. Trató de que Alice le hablara sobre la situación en Nehru II, pero no fue muy explícita; aunque era parlanchina por naturaleza, había algo que la contenía. Sólo después de la cena, cuando el sol se hubo ocultado totalmente, arrojó ella alguna luz sobre lo que ocurría, al comentar su llegada al planeta.

—Yo iba de operadora del cuadro de distribución y de auxiliar del operador-radio en una nave-patrulla —dijo—. De eso hace ya cinco años. Nuestra nave aterrizó en un valle que hay a dos millas de aquí, en dirección sur. Aún está allí; aunque dicen que este invierno pasado le cayó encima un alud de tierra y la sepultó. Una vez llegados a Sweettenham, nadie de la tripulación ha vuelto por ese lugar.

—Keith no tiene ganas de escuchar tu pasado —dijo Menderstone, empleando el nombre de pila de Anderson con ironía.

—¿Qué le pasó a la tripulación? —preguntó Anderson.

—Digamos que se vieron envueltos en la misma forma de vida en que se vio implicado su amigo Arlblaster. Acabaron por transformarse... todos menos yo. Y como no podía manejar la nave yo sola, me tuve que quedar aquí también.

—Fue una suerte para mí, querida —dijo Menderstone en tono grosero de falsa ternura—. Eres justamente mi media naranja ¡a qué sí!

Alice se levantó de un salto, con los ojos repentinamente arrasados en lágrimas.

—¡Calla... cerdo! ¡No hay quien te aguante! ¡No hace falta que me recuerdes en la clase de ramera que me has convertido! —tiró el tenedor, dio media vuelta y salió precipitadamente de la habitación.

—¡El eterno femenino! ¿Nos repartimos entre los dos lo que se ha dejado de la cena? —preguntó Menderstone echando mano al plato de Alice.

—Se ha quedado corta en lo que ha contado, a juzgar por lo poco que he visto aquí.

—¿Cree usted que a mí me gusta esta vida? ¿O que me gusta ella? ¿O usted, si vamos al caso? Siéntese, Anderson... La existencia es algo que hay que pasar lo mejor posible, ¿no? Me cansa usted con sus réplicas fáciles y gastadas.

Esta borrascosa atmósfera particular duró hasta la hora de acostarse. Un sordo silencio reinaba en los tres rincones, hasta que Menderstone encerró a Anderson en una parte retirada del largo edificio.

Anderson se había traído mantas, así que las extendió sobre la mohosa litera de campaña que le dieron. No inspeccionó las habitaciones contiguas a la suya pero vio que algunas puertas ostentaban nombres que le resultaban vagamente familiares; habían sido utilizadas en la época floreciente del grupo de intelectuales y ahora estaban desiertas.

Pese a lo cansado que estaba, en cuanto se echó empezó a sentirse inquieto por Kay y por la situación en general. ¿Y si su hermana había regresado, por cualquier motivo, a la nave? Mañana tenía que ir a ver. Se dio la vuelta con desasosiego.

Alguien le estaba mirando a través de la ventana.

Anderson saltó de la cama de un brinco y cogió el revólver; el corazón le latía con violencia. En el exterior, la oscuridad era casi total. Sólo llegó a ver una silueta bestial de relucientes ojos, pero inmediatamente desapareció.

Comprendió que había cometido una estupidez al seguir el consejo de Alice de *laissez-faire* y esperar a que los raptos de Kay se pusieran en contacto con él. Debió de estar loco para haberlo consentido: o tal vez era que se había adueñado de él esa lasitud general que reinaba en Nehru II. No sabía qué era lo que ocurría aquí, pero desde luego era lo bastante desagradable como para poner en peligro la vida de Kay, sin que viniera antes ningún emisario a parlamentar.

Alice había dicho que Arlblaster vivía al otro lado del río. Si era él la clave del misterio, como parecía serlo, entonces tenía que entrevistarse con Arlblaster cuanto antes. Completamente despierto, furioso, irritado consigo mismo, se dirigió a la ventana y la abrió.

Escudriñó la negrura.

No pudo ver a nadie. Cuando sus ojos se habituaron a la oscuridad, Anderson logró distinguir bastante bien las cosas a su alrededor. Un astro brillante que él identificó como Bose, la pequeña luna de Nehru II, prestaba cierta claridad. Pasó la pierna sobre el antepecho de la ventana, saltó al exterior y se quedó quieto y expectante.

Nada se movía. Aulló un perro. Atravesó la fila exterior de casas, pistola en mano, y llegó al borde del río. De pronto le asaltó la idea de que era una temeridad lo que estaba haciendo, pero apretó el paso.

Deteniéndose de cuando en cuando para cerciorarse de que no le seguían, continuó caminando por la orilla, sorteando los obstáculos que le salían al paso. Llegó a una especie de puente: era un árbol derribado de manera que había quedado tendido sobre el río, cruzándolo de orilla a orilla. Las aguas bañaban su parte oculta.

Anderson se guardó el arma y cruzó el rudimentario puente con los brazos extendidos para mantener el equilibrio.

En la otra parte habían hecho toscos intentos de cultivar la tierra. La desaliñada parcela terminaba donde el terreno se alzaba en una cuesta más pronunciada. No se veían casas. Se detuvo otra vez y escuchó.

Entonces logró distinguir un sonido débil, indescriptible, como de un coro. A

medida que avanzaba, el ruido se iba haciendo más claro, distinguiéndose poco a poco de los vagos murmullos de fondo que procedían de la tierra y del río. En lo más alto de la cuesta, pudo divisar vagamente un punto de luz.

El resplandor fue aumentando, lo mismo que el sonido. Al dar un rodeo a un macizo de arbustos espinosos, Anderson descubrió ante sí una depresión en la pendiente del valle. Estaban celebrando algo allí: ¿una ceremonia? Avanzó las pocas yardas que faltaban, se agachó y sacó otra vez su revólver con excitación.

Ya en el borde de la depresión, se echó al suelo y escrutó desde la altura.

Una hoguera ardía en medio de la hondonada circular. En torno a ella evolucionaban unas tres docenas de figuras, cercando a dos hombres que ocupaban el centro. Uno de ellos era un sirviente, y arrojaba al fuego unos polvos que provocaban llamaradas verdes y rojas; el otro desempeñaba el papel de sacerdote. Iba ataviado con una capa y un gorro puntiagudo. Todos los demás estaban desnudos.

El sacerdote cantaba y movía los brazos, y su alta figura despertaba en Anderson confusos recuerdos. Los danzantes —si es que podía llamarse danza a sus rítmicas oscilaciones— le respondían con gritos apagados. El efecto de conjunto, aunque carente de belleza, poseía un extraño patetismo.

Anderson lo contemplaba fascinado. Se sorprendió a sí mismo moviendo la cabeza al ritmo del cántico. Aquí no había señales de Kay, como casi había presentido ya. Sin embargo, debido a su barba de color zanahoria y a su prominente nariz, pudo identificar al sacerdote, pese a la luz vacilante de la hoguera. Era Frank Arlblaster.

O había sido Frank Arlblaster. Los detalles por los que más fácilmente le identifican a uno los amigos son la postura y la manera de andar. Las de Arlblaster habían cambiado. Parecía caminar con las rodillas encorvadas y el paso vacilante. Ya no mantenía su torso vertical. Sin embargo, su timbre alto de voz seguía siendo el mismo, a pesar de que gritaba en una lengua desconocida para Anderson.

Los danzantes oscilaban con ansiedad, dando palmadas, moviendo sus cabezas desmelenadas. Poco a poco fue comprendiendo Anderson lo que parecían. Evidentemente, eran los habitantes de Sweetenham; pero evidentemente, también, eran ejemplares de pre homo sapiens. Podía haberse tratado de un ritual de hombres de Neanderthal.

Una mezcla de repugnancia y orgullo mantenía a Anderson pegado al suelo. Sí, incuestionablemente, los semblantes de Ell y de sus amigos tenían rasgos neanderthaloides. Tras ocurrírsele esta idea, ya no la pudo desechar.

Permaneció tumbado, mudo de asombro, hasta que la danza cesó. Entonces se volvieron todos hacia el lugar donde él se encontraba oculto. Anderson sintió cómo se le ponían tensos los nervios a lo largo de la médula espinal. Arlblaster extendió el brazo y señaló hacia él. Luego, con voz sonora, gritó, a la vez que los demás gritaban a coro con él:

—*¡Aigh murg eg neggy oggy Kay bal doo!*

Las palabras iban dirigidas a Anderson.

Eran ininteligibles para él, aunque parecían penetrarle. Al lado de la tremenda presión que sentía en el cerebro, el hecho de que le hubieran descubierto carecía de importancia. Su ser entero temblaba ante la inminencia de una revelación horriblemente desastrosa.

Se sintió atrapado por un mágico enajenamiento. Literalmente, no era él mismo. Las palabras enigmáticas le sacudieron el alma. Se puso en pie de un salto, jadeando, y echó a correr. Nadie le persiguió.

Después, no recordó haber regresado a la casa de Menderstone, ni haber cruzado el rudimentario puente, ni haber saltado por la ventana. Estaba echado sobre la cama, jadeando, con el rostro hundido en la almohada.

Este estado, a su vez, fue seguido de un inmenso desasosiego. No podía dormir. Se le había disipado el sueño. Le temblaba todo el cuerpo. Las horas de oscuridad transcurrían lentas.

Por último, se incorporó. Una vaga claridad inundaba el mundo. Sacó una linterna de su caja de herramientas y se fue a inspeccionar las habitaciones vecinas. Un pasillo polvoriento conducía a ellas.

Alice había dicho que el edificio fue el Cuartel General de la primitiva camarilla de intelectuales de Sweettenham. Una de las salas era la biblioteca, en la que encontró un montón de tiras de película colgadas a secar y cubiertas de polvo. No se molestó en leer ninguno de los títulos. Sintió una vaga antipatía hacia todas esas filas silenciosas. Otra habitación resultó ser una pequeña sala de juntas. De las paredes colgaban unos cuantos mapas indescifrables e inútiles. Observó con indiferencia que a uno de los mapas se le habían caído al suelo casi todas las banderitas que había tenido prendidas.

Una tercera habitación era salón de esparcimiento. Aquí encontró una curiosa colección de juegos para gente sesuda. Había incluso un modelo de tren eléctrico que había estado muy de moda en la Tierra hacía un par de siglos. Por el torno que descubrió en un rincón, supuso que los raíles y el material rodante habían sido hechos aquí mismo.

Anderson observó las vías con atención. Se dio cuenta de que brillaban bajo la luz de su linterna. No tenían una mota de polvo. Les pasó dubitativamente el dedo por encima.

Un trozo de vía muerta se irguió como la cabeza de una serpiente. Al enrollarse se le enroscó en su muñeca, apretándole con fuerza. Anderson dio un tirón y dejó escapar un grito de sorpresa; la vía entera se levantó, bregando por alcanzarle.

Retrocedió y golpeó aquella cosa que se encrispaba sobre la mesa. La vía se retorció y se abalanzó sobre él, esparciendo vagones y locomotoras. Anderson disparó desesperadamente su revólver. La vía cayó sobre él, por encima de su *cabeza*, formando vueltas y enroscándose furiosamente en torno suyo.

Anderson cayó al suelo, soltó el arma y perdió la linterna al estrecharle con más

fuerza las finas tiras metálicas. Las vías se revolviéron furiosamente y le aprisionaron las piernas. Anderson gritó enloquecido.

Se hallaba forcejeando cuando Menderstone entró en la habitación, rifle en mano, con Alice tras él. Fue lo último que vio Anderson, antes de perder el conocimiento.

Cuando despertó vio que estaba en el cuarto de estar de Menderstone, tendido sobre una litera. Alice se hallaba sentada a su lado, y se volvió hacia él al ver que se había despertado. Menderstone no estaba en la habitación.

—¡Dios mío!... —gimió Anderson. Sentía su cerebro singularmente lúcido, como si acabara de pasar una fiebre.

—Ya era hora de que despertara. Voy a traerle un poco de sopa, si cree que podrá tomarla.

—Espere, Alice. Alice... —sus labios temblaron al pronunciar las palabras—. Ahora, soy el mismo otra vez. ¿Qué me ha pasado? Ayer... Yo no tengo una hermana que se llame Kay. ¡No tengo hermanos! ¡Soy hijo único!

Ella no se sorprendió. Anderson se incorporó y se quedó mirándola.

—Ya me lo figuraba yo; se lo dije a Stanley. Cuando sacó usted sus cosas del vehículo no había nada propiamente femenino.

—Mi cabeza. Me sentía tan convencido... Habría sido capaz de pintarla, de describirla... ¡Era real! Y sin embargo, de habérmelo discutido alguien... de haberme dicho usted abiertamente que no se lo creía, me habría dado cuenta de que era una... una ilusión.

Este sentimiento de frustración quedó anulado al venirle a la memoria otra constatación repentina.

Se dejó caer confundido, cerró los ojos, y murmuró:

—*Aigh murg eg neggy oggy Kay bat doo...* Eso es lo que me dijeron ellos en el monte: «No tienes ninguna hermana llamada Kay»... Eso es lo que significaba. Qué extraño es todo esto, Alice...

Su mano buscó la de ella y la encontró. La tenía fría como el hielo.

—Su inicial es la K, Keith —dijo ella con los labios pálidos—. Usted salió allá en busca de sí mismo.

El rostro que le miraba era feo y marchito; pero una especie de paciencia comprensiva eclipsaba esa fealdad.

—Estoy... creo que estoy loco —murmuró.

—¡Pues claro que lo está! —dijo Menderstone abriendo impetuosamente la puerta—. Suéltale la mano, Alice... éste es nuestro hogar bienamado, no uno de esos asientos baratos en una sala de espectáculos de la Tierra. Anderson, si no está loco, ¿por qué rodaba por el suelo echando espuma por la boca y disparando su condenado revólver a las seis de la madrugada?

Anderson se incorporó.

—¡Ya me vio enredado en esa endemoniada vía de tren cuando me encontró,

Menderstone! Un minuto más, y me habría estrangulado.

Menderstone parecía auténticamente perplejo. Era la primera vez que Anderson le veía sin su armadura de autosuficiencia.

—¿La vía del tren de la maqueta? —dijo—. Estaba en su sitio. Usted no la ha tocado.

—Ella es la que me ha tocado a mí —dijo Anderson con espanto—. Me... me atacó, me envolvió como un pulpo. Usted ha tenido que desenredarme y quitármela de encima para traerme aquí.

—Comprendo —dijo Menderstone con el rostro ceñudo.

Movió la cabeza pensativamente, se sentó abstraído, y luego hizo otro gesto de asentimiento a Alice:

—¿Sabes lo que eso significa, mujer? Que el factor-N de Anderson tiende a ser el dominante. Este joven no es de los nuestros, como ya me sospechaba yo desde un principio. No es Cro. Anderson, tiene usted que marcharse; ¡lo siento! A partir de ahora es usted uno de los hombres de Arlblaster. Jamás volverá a la Tierra.

—Al contrario, ya tengo los pies en tierra.

Menderstone negó con la cabeza.

—Usted no conoce su propio yo. Hablo en sentido estrictamente literal. ¡Está condenado a quedarse aquí a vivir la miserable Vida de un Mono! La Tierra ha perdido otra de sus insignificantes criaturas.

—¡Menderstone, rebosa usted odio por todas partes! ¡Odia este planeta! ¡Odia la Tierra!

Menderstone se levantó otra vez, dejó el rifle sobre la mesa y se encaró con Anderson con los puños cerrados.

—¿Y por eso soy un chiflado, eh, petimetre? ¡Te voy a dar una razón sólida y concreta por la que detesto lo que pasa en la Tierra! Lo que odio son los insaciables y devastadores manejos de la humanidad, a los que tiene la desfachatez de llamar «el dominio sobre la naturaleza». No ha hecho más que atracarse y superpoblar la Tierra, de modo que los únicos animales que quedan se encuentran en el mar, en los zoos o en las factorías alimenticias. Y ahora está agotando los combustibles fósiles en los que descansa la tan cacareada tecnología. ¡En eso consiste dominar la naturaleza! ¡Vamos, no son capaces ni de dominar su propio espíritu!

—Puede que la situación sea desesperada, pero el Gobierno Mundial está introduciendo poco a poco medidas económicas que...

—¡El Gobierno Mundial! ¿Se atreve a mencionar al Gobierno Mundial? ¡Un hato de computadoras y autómatas! ¿No es eso un reconocimiento de que el hombre es un depredador sin autodisciplina, el que tenga que entregar una parte del control a los robots?

¿Todo eso qué quiere decir? Pues que la civilización tiene miedo de sí misma, porque siempre trata de destruirse a sí misma ¿Y por qué iba a querer hacer una cosa así? Todos los hombres inteligentes de la historia se han preguntado por qué. Pero

ninguno encontró la respuesta hasta que su amigo Arlblaster dio con ella, porque todos la buscaban donde no estaba Y la respuesta sigue oculta aquí, donde nadie de la Tierra puede alcanzarla, porque ninguno de los que llegan puede regresar Yo sí podría regresar, pero no quiero, prefiero imaginármelos a todos cociéndose en su propia salsa, en ese lío que han armado ellos mismos.

—Yo voy a regresar —dijo Anderson— Voy a re coger a Arlblaster y voy a volver en cuanto termine usted su discurso.

Menderstone se rió.

—Le apuesto a usted a que no. ¡Pero no me interrumpa cuando hablo, K D Anderson Escuche la verdad ahora que puede, antes de que se le escape para siempre.

—¡Deja de bramar, Stanley! —dijo Alice.

—¡Calla tú, hembra! ¡Escuche! ¿Necesita pruebas de que quienes gobiernan la Tierra son unos déspotas atemorizados? Tienen en sus manos un propulsor interestelar, descubren una docena de planetas habitables dentro de los límites de alcance, ¿y qué hacen? Los dejan sin repoblar Como han leído la suficiente historia como para asustarse, piensan que si establecen colonias, esas colonias se levantarán un día contra ellos.

Sweettenham fue un hombre excepcional Nunca comprenderé cómo pudo conseguir los enchufes necesarios para traernos aquí Pero este pequeño poblado —demasiado pequeño para constituir una auténtica colonia— ha sido la excepción a una regla la de que el régimen es patológicamente antivitalista y lo irá siendo cada vez más, a medida que los robots se vayan haciendo cargo del Gobierno.

Anderson se levantó, apoyándose en la litera.

—¿Por qué no se calla ya, viejo misántropo? Me voy de aquí.

La reacción de Menderstone fue inesperada. Sonriendo, sacó el arma de Anderson.

—¡Cómo quiera, camarada! Aquí tiene su revólver. Cójalo, y andando.

Y lo dejó caer a sus pies. Anderson se agachó a recogerlo. El tambor fulguró con un brillo mortecino. De pronto le pareció... extraño, terrible. Se incorporó, desconcertado, y dejó el arma en el suelo. Dio un paso atrás con una sensación de hormigueo en la espina dorsal.

La simpatía y la compasión cruzaron por el rostro de Alice al ver su expresión. El propio Menderstone abandonó su actitud de dureza.

—No necesita revólver adonde va ahora —dijo—. ¡Siento que hayan salido así las cosas, Anderson! Los largos y lentos poderes de la evolución nos obligan a ser antagonistas. Me di cuenta en cuanto le vi.

—¡Lárguese!

Anderson experimentó un gran alivio al salir a la desmedrada luz del sol. La casa le había parecido una especie de trampa. Se detuvo con cansancio en medio de la plaza, encorvando ligeramente las rodillas y dejando que el calor penetrara en él. Pasaron otros, solos o en parejas. Dos niños de aspecto extrañamente adulto se le

quedaron mirando.

Anderson no experimentó al verlos ninguna clase de aversión, como habría ocurrido el día anterior. Al fin y al cabo, se dijo, estas gentes no estaban acostumbradas a ver extraños; era natural que se apiñasen en torno a él. Nadie había pretendido hacerle daño... incluso Ell estaba en su derecho, al obrar en defensa propia, cuando vio a un extraño junto a la roca con un revólver en la mano. Y cuando adivinaron su presencia en la montaña, la noche anterior, no le hicieron otro daño que el de revelarles una verdad: «No tienes ninguna hermana llamada Kay».

Echó a andar. Sabía que necesitaba aclarar muchas cosas; intuía que se encontraba implicado en un tenebroso proceso cuyos resultados aún estaban por venir.

Pero en este momento se sentía contento de existir tan sólo; de *ser* y no pensar.

De una manera vaga, la idea de que debía ir a ver a Arlblaster fue haciéndose más insistente.

Pero parecía que en su cerebro empezaban a germinar nuevas —¿o muy antiguas?— partes. Sentía más intensamente el paisaje que le rodeaba, y le inundaban las impresiones sensoriales. Incluso el polvo tenía un suave olor original.

Cruzó el puente del tronco sin esfuerzo y siguió el camino de la otra orilla, recreándose en la corriente de agua. Unas cuantas mujeres recogían verduras desganadamente en una parcela de hortalizas. Anderson se detuvo a preguntarle a una de ellas:

—¿Sabría decirme dónde puedo encontrar a Frank Arlblaster?

—Ese hombre duerme ahora. El sol se va y él despierta. Entonces tú le ves.

—Gracias —era sencillo, ¿no?

Siguió andando. Tenía tiempo de sobra para todo. Caminó durante un buen rato, invariablemente ascendiendo. Había un secreto en torno al tiempo —lo sentía en algún rincón oscuro de su cerebro—, algo respecto a no fragmentarlo en minutos y segundos. Andaba completamente solo por el río serpeante, lejos de la gente; ¿qué sabía el río sobre el tiempo?

Anderson advirtió el reloj que le ceñía la muñeca. ¿Qué tenía que ver el reloj con él, ni él con el reloj? El reloj era un distintivo de servidumbre a una cultura al servicio del tiempo. Movidó por una repentina aversión hacia él, se lo desabrochó y lo tiró al río.

Rompió en mil pedazos el reflejo de un cielo encapotado. Iba a llover. Luego se quedó clavado donde estaba, como si el haber arrojado el reloj le hubiera dejado desnudo e indefenso. Empezó a sentir frío. *Algo había cambiado...* El miedo le llegó como la melodía lejana de una flauta.

Miró en torno suyo desconcertado. Un ruido raro, indeterminado, inundó el aire; era un rumor sordo y áspero, punteado de estridentes estallidos, como de resquebrajamientos. No sabiendo de dónde provenía el creciente rumor, Anderson echó a correr en la misma dirección en que venía caminando, y luego se detuvo otra vez.

Al mirar hacia atrás, vio a las mujeres agachadas aún entre las hortalizas. Las veía diminutas y claras como el cristal, como si las observara a través de un catalejo cogido del revés. A juzgar por su indiferencia, no debían de oír nada. Anderson se volvió otra vez.

¡Algo bajaba por el valle!

Fuera lo que fuese, su frente barría el río y avanzaba por su cauce, allá en lo alto de los montes, bordeando el valle. Descendía de prisa, tronando y chirriando.

Centelleaba como el agua. Pero no era agua; su curva era demasiado definida, demasiado pronunciada. Era un glaciar.

Anderson cayó al suelo.

—¡Estoy loco, loco de remate! —exclamó, tapándose los ojos, luchando consigo mismo para aferrarse a la convicción de que todo esto no era sino una pura ilusión. Se repitió a sí mismo que un glaciar jamás avanza de esa manera tan impetuosa... pero mientras él trataba de tranquilizarse a sí mismo, el suelo retembló bajo su cuerpo.

Soltó un gruñido y se puso en pie. El muro de hielo avanzaba con rapidez y amenazaba precipitarse sobre él. Al desplazarse, se resquebrajaba y se derrumbaba disparando al aire una lluvia de partículas de hielo; pero siempre quedaba otro muro detrás. Se extendió por el valle, inexorable y gris, taladrando a su paso las laderas de los montes.

El ruido que producía era ahora tremendo. Los crujidos restallaban sobre su gigantesca cara como descargas eléctricas. El trueno reventaba en su frente.

Impulsado por el pánico, Anderson echó a correr, con las pieles azotándole las piernas.

El glaciar avanzaba demasiado rápidamente. Se desplazaba con tal fuerza que hacía trepidar todo su cuerpo. Estaba a punto de ser alcanzado.

Acordándose de la vieja fórmula, invocó al dios del glaciar.

Había una caverna en la ladera del valle. Corrió enloquecido en esa dirección, sintiendo al hielo quebrarse y chirriar a sus talones.

En un último y desesperado esfuerzo, se lanzó jadeante por la oscura y angosta abertura, y se abrió paso gateando hacia el fondo de la cueva.

Le faltó muy poco para no lograrlo. El rápido glaciar siguió su demoledora marcha, arrojando tierra al interior de la abertura. Durante un momento, la cueva se iluminó con un resplandor verde azulado. Luego se cerró, quedando sumida en una reverberante negrura.

Rumor de lluvia mezclado con el de sus propios sollozos. Esto fue lo primero de lo que tuvo conciencia. Luego se dio cuenta de que alguien le acariciaba el cabello y le susurraba cosas al oído para consolarle. Apoyándose sobre un codo, Anderson abrió los ojos.

La entrada de la cueva estaba despejada. Podía ver la yerba y un trecho del río, en el exterior. Llovía abundantemente. Su cabeza había estado descansando sobre el

regazo de Alice; era ella quien le acariciaba el pelo. Recordó el desagradable comentario que ella había hecho sobre Yocasta, pero este pensamiento quedó ahogado por una marea de recuerdos de otro género.

—El glaciar... ¿se ha ido? ¿Dónde está?

—Estás bien, Keith. No hay glaciares aquí. ¡Cálmate!

—Bajaba por el valle arrollándolo todo; venía en dirección a mí... Alice, ¿cómo has llegado hasta aquí?

Ella alargó la mano para bajarle la cabeza otra vez, pero Anderson la eludió.

—Cuando Stanley te echó, no pude soportar que te dejara ir así, solo, aunque te he seguido. Stanley se ha puesto furioso, por supuesto, pero yo sabía que corrías peligro. Mira, he traído tu revólver.

—¡No lo quiero!... Está embrujado...

—No digas eso, Keith. ¡No te conviertas en un Neanderthal!

—¿Qué? —se incorporó del todo y se quedó mirándola en la oscuridad—. ¿Qué demonios quieres decir?

—De sobra lo sabes. Lo comprendiste en seguida, ¿verdad?

—No entiendo una palabra de lo que ocurre aquí. Será mejor que empieces por explicármelo... y antes que nada, quiero que me digas qué era lo que parecía que estaba haciendo yo, cuando eché a correr hacia esta caverna.

—No te excites, Keith. Te contaré lo que sepa —puso su mano sobre la de él antes de proseguir—. Después de tirar tu reloj al río, te retorcaste y te pusiste a correr de un lado para otro... como tratando de esquivar algo... y luego te dirigiste hacia aquí.

—¿No oíste nada extraño? ¿No viste nada?

—No.

—¿No viste un glaciar?

—¡En Nehru no, imposible!

—¿Y no iba yo... vestido con pieles?

—¡Pues claro que no!

—Mi cabeza... Hubiera jurado que había un glaciar... Avanzaba demasiado de prisa...

El semblante de Alice estaba pálido; hizo un signo negativo con la cabeza.

—¡Oh, Keith, estás en peligro! Debes regresar a la Tierra inmediatamente. ¿No te das cuenta de que eso significa que tienes un substrato Neanderthal en tu cerebro? Es evidente que has vivido un recuerdo ancestral de ese substrato que acaba de despertar en ti. Y ha sido tan fuerte que te ha dominado por completo durante un rato. *Tienes* que marcharte.

Anderson se puso en pie, con los hombros encogidos para evitar rasparse el cráneo en la roca del techo. La lluvia arreciaba en el exterior. Sacudió la cabeza con impaciencia.

—Alice, Alice, empieza desde el principio, ¿quieres? Yo no sé nada, aparte de

que no puedo controlar ya mi propio cerebro.

—¿Lo has podido controlar alguna vez? ¿Puede acaso controlarlo una persona normal? ¿Qué son todas esas ciencias de la mente sino intentos de someter a control lo incontrolable? Incluso cuando estás dormido, lo único que deja de funcionar es el neo-córtex. Las capas inferiores, las más antiguas... ésas no duermen jamás. En esas profundidades no hay día ni noche.

—¿Y qué? ¿Qué tiene que ver el inconsciente con todo esto?

—«El inconsciente» es un término pseudo-científico que se emplea para encubrir lo que no se sabe. En tu cabeza hay un deficiente mental que no duerme jamás, cariño. Y de cuando en cuando te da un ligero toquecito; y son sus extravagantes pensamientos lo que captas cuando sueñas.

—Mira, Alice...

Ella se puso también de pie. Tenía el rostro contraído por la ansiedad.

—Querías una explicación, Keith. Ten la atención de escucharla. Déjame empezar por el otro extremo de la historia, a ver si te gusta más:

La raza Neanderthal es una especie humana que vivió en Europa hace unos ochenta mil y pico años, antes de la aparición del *homo sapiens*. Eran criaturas apacibles, unidas a la naturaleza, con escasas necesidades, y con cráneo aún mayor que el del *homo sapiens*. Era pacífica y acientífica en un sentido especial que más tarde comprenderás.

Luego apareció una especie distinta, los Cro —la raza Cro-Magnon, que es como tú la conoces—, que son los auténticos precursores del hombre occidental. Como eran belicosos, derrotaron a los Neanderthal en todos sus enfrentamientos. Mataron a los hombres y se aparearon con sus mujeres, a las cuales retuvieron como cautivas. Nosotros, los hombres modernos, provenimos de la raza bastarda que se derivó de todo eso. Y aquí es donde interviene la teoría de Arlblaster.

Los elementos nunca llegaron a mezclarse del todo. Por eso, aun hoy encontramos grupos sanguíneos diferentes y hasta antagónicos... y por eso hay conexiones nerviosas inadecuadas en el cerebro. Los cerebros Cro y Neanderthal jamás establecieron una plena comunicación entre sí. El Cro es dominante, pero subsiste una vena Neanderthal privada de fuerza, aparentemente atronada como un apéndice.

—¡Dios mío!, cómo echo de menos un cigarrillo de mescahale —dijo Anderson.

Se habían sentado otra vez, sin hacer caso de las ocasionales gotas que les caían en el cuello desde el techo de la cueva. Alice estaba junto a él; le brillaban los ojos en la oscuridad.

—¿Empiezas a verlo históricamente, Keith? El "hombre occidental, con esta doble herencia contrapuesta, ha sido siempre inquieto. (La noción freudiana del *id* designa con bastante aproximación el elemento Neanderthal que subsiste en nosotros. Arthur Koestler se ha acercado mucho también. Toda la civilización puede interpretarse como un esfuerzo del Cro por vencer a ese Neanderthal y por huir de la irracionalidad que representa... aunque, al mismo tiempo, ese estrato ajeno es un

inestimable manantial para todos los artistas, soñadores y creadores: porque es la fuente misma de la magia.

El Neanderthal poseía poderes mágicos. Vivió en los albores de la humanidad, en los albores de la razón, período en el que, y no es ninguna paradoja, lo sobrenatural y lo natural eran una sola cosa. Los Cro, nuestros antepasados, eran científicos, o potencialmente científicos... constructores de lanzas, más que recolectores de frutos. Tenían fe, puede que una fe vacilante al principio, en la causa y el efecto. Como sabes, la ciencia occidental viene a ser como una estructura edificada sobre nuestra aceptación del principio inamovible de causalidad.

Esta fe es enteramente ajena al Neanderthal. El solo conoce el hecho que acontece, y sobre él edifica su estructura de magia. Empleo el presente porque el Neanderthal aún es un factor fuerte en el hombre... y en Nehru II no sólo es fuerte, sino libre: se ha liberado por fin de su opresor, el Cro.

Anderson se rascó su mojado cráneo.

—Supongo que es cierto.

—Hay pruebas de sobra, aquí —dijo ella con amargura.

—Probablemente, esto explica por qué la civilización de la vieja Europa, el antiguo campo de batalla entre el Neanderthal y el Cro-Magnon, y las demás civilizaciones que de ella nacieron en Norteamérica, son lo más diverso y turbulento que se haya visto jamás. Pero esto nos conduce otra vez a Arlblaster, ¿no? Me imagino que lo que ha sucedido en Sweettenham está relacionado con su teoría. El cráneo que descubrió allá por el ochocientos era puramente Neanderthal, aunque en realidad tenía unos cientos de años. Evidentemente, pertenecía a una extraña regresión.

—¿Extraña hasta qué punto? Podrías pasear a un Neanderthal bien vestido por las calles de Nueva York, y nadie se volvería a mirarle. Stanley dice que lo hacéis a menudo.

—¡Olvidémonos de Stanley! Arlblaster siguió su teoría... Sí, me doy cuenta perfectamente. La proporción Neanderthal, probablemente, varía de una persona a otra. Hasta puedo dar un repaso mental a mis amigos, y decir cuál de ellos tiene mayor proporción.

—Exactamente —ella sonrió, más animada y tranquila, al verle sereno, mientras acariciaba a la vez su mano y su revólver—. Y como la situación de la política y la economía está de la manera que está, Arlblaster encontró aquí una forma de desarrollar su teoría y llevarla a la práctica... o sea, liberar al prisionero del cerebro. La Tierra había concedido al grupo de Sweettenham escasa cantidad de maquinaria y recursos, porque estaba decidida a impedir que llegara a representar un peligro, así que se vieron obligados a regresar a la naturaleza. Eso, y el reconocimiento intelectual, hicieron que el Neanderthal volviera a la superficie y se liberara.

—¿Quieres decir que todo el mundo se volvió Neanderthal?

—Aquí en Nehru, que en ciertos aspectos recuerda a la Tierra prehistórica, el

Neanderthal tiene mayor posibilidad de supervivencia que el Cro. Aunque no todos se transformaron, no. Stanley Menderstone no se transformó. Ni Sweettenham. Ni muchos otros intelectuales. Su factor-N, como lo llama Stanley, era o demasiado bajo o prácticamente inexistente.

—¿Qué le pasó a Sweettenham?

—Le mataron. Lo mismo que a otros Cro puros; a todos menos a Stanley, que es un tipo fuerte... como ya has visto. Al principio hubo un montón de dificultades, hasta que comprendieron claramente el problema y se dividieron en grupos.

—¿Y esas dos naves-patrulla que envió el Gobierno Mundial?

—Lo que sé es lo que le pasó a la que me trajo a mí. Un sesenta y cinco por ciento de la tripulación tenía el factor-N lo bastante elevado como para transformarse; a ello contribuyó su deseo de desertar. Los demás... murieron todos. Los mataron, para ser exactos. A todos menos a mí. Stanley me cuidó —rió con amargura—.

Si puede llamarse cuidar a eso. Estoy más que harta de Stanley y de Nehru II, Keith. Quiero que me lleves contigo a la Tierra.

Anderson la miró, hecho un mar de dudas aún.

—¿Y mi factor-N qué? Es evidente que ha despertado en mí. De ahí el glaciador, que ha sido una señal de alarma en mi cerebro mucho más grave que la ilusión anterior de que tenía una hermana. De ahí, supongo, mi reciente aversión hacia los objetos de fabricación Cro, tales como relojes, revólveres y... trenes de juguete. ¿Soy o no soy Cro, en nombre del cielo?

—Por la lucha que sostienes contigo mismo, yo diría que hay en ti un equilibrio. A lo mejor tú mismo puedes decidirlo. ¿Qué quieres ser?

La miró perplejo.

—Cro, naturalmente: mi yo normal... ¿A quién le gustaría convertirse en un vagabundo peludo y bamboleante de frente deprimida?

—Los adjetivos que empleas son frases hechas y no manifestaciones de un desprecio real... de hecho, son propaganda Cro. Al menos, eso es lo que diría un Neanderthal. Ambos puntos de vista son irreconciliables.

—¿Estás insinuando en serio que...? ¡Alice, si son infrahumanos!

—Para nosotros, sí. Pero ellos viven satisfechos y en comunión con las fuerzas de la Tierra, y poseen su magia. Pero, además, sus cerebros no son inferiores a los Cro.

—¿Para lo que les ha servido! Les derrotaron los Cro-Magnon.

—En cierto sentido, aún no han sido derrotados. Pero su magia necesita preparación, encantamientos... algo que no pueden hacer mientras se defienden de una lluvia de flechas. Pero si se les deja a su aire, pueden llegar a ser espíritus, animales...

—¿Rinocerontes lanudos, por ejemplo?

—Sí.

—¿Para tentarme a salir de mi nave! ¡Dios mío, Alice, será posible!... —se cogió la cabeza, dejando escapar un gemido. Luego alzó los ojos y preguntó—: ¿Por qué

intentas imponerme el punto de vista de ellos, si tú eres Cro?

—¿Pero no lo comprendes, querido? —sus ojos se agrandaron buscando los de él—. Para averiguar lo fuerte que es tu factor-N. Para saber si eres amigo o enemigo. Cuando pare esta lluvia *tendré* que regresar. Stanley me estará buscando, y no me extrañaría que Arlblaster te buscara a ti también; debe haber comprendido que has tenido tiempo de ordenar tus ideas. Así que quiero saber si puedo regresar contigo a la Tierra...

Anderson sacudió la cabeza, arrojando una gota de agua que rodaba en su frente, y trató de demorar la respuesta.

—En la Tierra no se está tan mal —dijo—. Menderstone tiene *tazón*, por supuesto; está organizada. No le iría bien a un individualista como él. No es como en Nehru... Sí, Alice, te llevaré a la Tierra, si quieres venir. No puedo dejarte aquí.

Alice se precipitó sobre él, estrechándole en sus brazos, besándole en la oreja, en la mejilla, en los labios.

—Soy una mujer llena de amor —susurró fervientemente—. Hasta el propio Stanley...

Se quedaron parados al oír un ruido en el exterior de la cueva, perceptible por encima de la lluvia. Anderson se volvió hacia donde ella miraba. La lluvia caía más suave ahora. Ante la leve cortina que formaba en la entrada apareció un rostro.

Los rasgos más señalados de este rostro eran una frente deprimida, dos ojos enormes y relucientes, una prominente nariz, y una barba larga, mojada, arenosa. Era Frank Arlblaster.

Levantó las manos.

—Ven a verme, hijo de la Tierra, como yo vengo a verte a ti: manso, paciente, todopoderoso...

Al aparecer del todo su figura en la boca de la cueva, Alice disparó el revólver. El estampido, en el reducido espacio de la cueva, fue ensordecedor. A una distancia de diez yardas era imposible fallar. Arlblaster se llevó las manos al pecho y cayó de bruces en el suelo mojado, dejando escapar un grito inarticulado.

Anderson se volvió contra Alice y le tiró el revólver de la mano.

—¡Es un asesinato, un asesinato! ¡No tenías por qué haber hecho eso! ¡No tenías por qué!...

Ella le dio un sonoro beso en la mejilla.

—¡Si eres Cro, es tan enemigo tuyo como mío! ¡El me habría matado! Es un Simio... —dejó escapar un largo suspiro, y se estremeció—. Y ahora vamos de prisa, tenemos que llegar a tu nave, antes de que la manada se nos eche encima.

—¡Me das asco! —intentó coger el revólver, pero no fue capaz de tocarlo.

—Keith, ya te compensaré durante el viaje de regreso. Te lo prometo. Yo... ¡estaba desesperada!

—¡Por favor, no digas nada! Vamos, apresurémonos.

Saltaron por encima del cuerpo de Arlblaster y salieron a la llovizna de fuera.

Cuando empezaban a descender por la ladera, oyeron un grito lastimero que provenía de la izquierda. Vieron a un grupo de Neanderthales, hombres y mujeres, parados sobre un promontorio, a unas doscientas yardas de distancia. Seguramente habían visto caer a Arlblaster y estaban reuniendo poco a poco a sus fuerzas. Al aparecer Alice y Anderson, algunos echaron a correr hacia ellos.

—¡Corre! —gritó Alice—. ¡Hacia el río! ¡Hay que nadar, si queremos salvarnos!

Juntos los dos, descendieron por la resbaladiza pendiente, por donde había discurrido el imaginario glaciar. Sin una pausa, sin intercambiar una palabra, se metieron entre los juncos y el barro, y se zambulleron completamente vestidos en las perezosas aguas. Al poco tiempo, los Neanderthales bajaron la ladera en persecución suya, pero al llegar al río se detuvieron.

Una vez en la otra orilla, Anderson ayudó a Alice a salir del agua. Alice cayó extenuada en la yerba.

—Ya no soy la joven de antes... Ahora estamos a salvo, Keith. A esos simios sólo les haría nadar un incendio en el bosque. Pero todavía podríamos tropezar con algún peligro, en este lado... Evitaremos el poblado. Aunque no nos persigan los monos, no quiero que nos enfrentemos con Stanley y su rifle... ¡Pobre Stanley! Ayúdame, dame la mano...

Siguieron andando, y Anderson guardó un silencio hosco. Se sentía trastornado por la muerte de Arlblaster; y tenía la sensación de que le estaban manejando.

Había dejado de llover y caminaban por entre las ramas goteantes de los arbustos. Dando un amplio rodeo, contornearon el poblado y echaron por un sendero que conducía a la nave de Anderson.

Alice refunfuñaba de cuando en cuando mientras andaba. Por último, Anderson se encaró con ella.

—No tienes por qué acompañarme, Alice. ¡Si prefieres, puedes volver con Stanley Menderstone!

—¡Al menos él tenía en cuenta los sentimientos de una mujer!

—Te advierto que en la Tierra no son tan remirados; allí las mujeres no andan tan escasas —se arrepintió de haberse expresado con tanta rudeza. Necesitaba estar solo para salir de la confusión en que se hallaba su cerebro.

Alice siguió caminando fatigada a su lado sin decir palabra. Hubo un relumbro de sol. Por fin vieron aparecer el casco negro de la nave entre los árboles.

—¡En la Tierra, tendrás que trabajar! —le espetó— La robocracia gobernará tu vida.

—Me casaré. Aún estoy de buen ver.

—Olvidas algo, cariño. Las mujeres necesitan ahora un certificado de trabajo para poderse casar. Verás lo bien que te sienta el nuevo régimen.

Anderson se sintió invadido por una oleada de odio. Recordaba el semblante sacerdotal de Arlblaster en el momento de morir. Cuando Alice quiso replicarle, Anderson le dio en el hombro. Una sombra de lucidez y de pánico cruzó por el rostro

de ella.

—¡Oh, Keith!... —dijo—. Tú...

Le falló la voz; su cara había experimentado un cambio. Anderson vio reflejada en ella la desesperación, un segundo antes de que echara a correr, huyendo hacia el poblado y gritando de manera incoherente.

Anderson la vio marcharse. Luego dio media vuelta y siguió avanzando furtivamente entre los árboles goteantes. Por fin... ¡libre! ¡Volvía a ser él mismo! Alice era una mujer Cro.

Ya no le pareció acogedora la nave. Cruzó chapoteando un charco y la tocó, pero retiró la mano rápidamente. Deformada por la curva del casco, su imagen le miraba con fijeza desde la pulida superficie metálica. No se reconocía a sí mismo en ella.

—Alguien encerrado ahí en la nave Cro —se dijo; y se marchó.

Sentía el cálido aliento del planeta en sus inocentes mejillas. Se quitó sus ropas mojadas y se alejó por la espesura, entre las innumerables plantas, en medio de un olor a tierra y a vegetación. Las manchas de luz y sombra se fueron deslizando sobre su piel como una indumentaria casi tangible, hasta que el follaje le abrazó y se sumergió enteramente en su nuevo paraíso.

El orgulloso autor seguía tendido en el suelo de la reducida habitación, entre las chapas metálicas con las que se había disfrazado para ocultarse entre los humots. Cuando el Décimo Dominante terminó de leer el relato —esa pobre narración escrita antes de alcanzar la sabiduría— se hizo el silencio entre el Dominante y el Jefe Indagador; no obstante, Anderson no sabía si se estarían comunicando por el canal UHF.

Consideró que era mejor hacer algo. Así que se incorporó y dijo:

—¿Por qué no me dejan en libertad?... ¿O por qué no dejan que vuelva al zoológico?... Bueno, al menos llévenme a una habitación que sea adecuada para mí.

Habló el Dominante, y dijo:

—Necesitamos hacerle unas preguntas sobre su relato. ¿Es verdadero o no es verdadero?

—Es pura invención. Malo o bueno, ahí está.

—Tiene cosas que son verdad... usted lo es. Y lo es o lo era Frank Arlblaster. Y lo es o lo era Stanley Menderstone. Pero hay otras cosas que son falsas. Usted no se quedó para siempre en Nehru II. Regresó a la Tierra.

—La historia es pura invención. ¡Olvídela! No tiene nada que ver con ustedes. Ni conmigo, ya. Ahora sólo escribo poesía... Esa historia la escribí sólo para distraerme.

—Nosotros no la comprendemos. Debe explicarla.

—¡Por Dios!... Mire, yo no me preocuparía de todo eso. La escribí durante el viaje de regreso de Nehru II a la Tierra con el único propósito de distraerme. ¡Cuando llegué aquí, me encontré con que los Amos Boff que habían sobrevivido estaban recogiendo los restos de civilización que quedaban en el mundo después de la

Semana Nuclear! El relato perdió inmediatamente todo interés.

—Nosotros sabemos todo lo referente a la Semana Nuclear. No sabemos nada sobre su historia. Insistimos en que queremos saber.

Anderson suspiró; no obstante, se dio cuenta de que había algo más, detrás de tanto interés, que él no alcanzaba a comprender.

—He sido un niño malo, Dominante, lo reconozco. Me he escapado del zoo. Devuélvame, déjeme regresar otra vez con mi mujer; por mi parte, no lo volveré a intentar. *Después*, ya hablaremos sobre mi historia.

El silencio duró solamente una fracción de segundo.

—Concedido —dijo el Dominante, con un espléndido dominio del idioma humano.

No se vivía mal en el zoológico. De acuerdo con las normas generales, la instalación era de grandes dimensiones, y las viviendas de los nuevos rascacielos, del tipo que solían hacer los humanos, no eran estrechas. Los liberales admitían que la Colmena había sido generosa en cuanto a espacio. Aquí vivían alrededor de unos veinte mil individuos, habitantes de la Costa Este que habían sobrevivido a la Semana Nuclear. La robocracia los había tomado bajo su custodia; ellos, a su vez, atendían a los animales salvajes que los autómatas capturaban. En contraste con los altos bloques de viviendas, se alzaban las jaulas de exóticos animales recogidos de los zoológicos desmantelados: leones, algunos leopardos, varias onzas, un ocelote, y camellos. Había pabellones de monos, de avestruces, de elefantes, de reptiles, y acuarios. Había corrales repletos de cerdos y ovejas y vacas. En los pabellones de pájaros tenían en cautividad aves exóticas e indígenas.

Keith Anderson estaba sentado en la terraza de su piso con su mujer, Sheila, tomando una taza de café sintético, y contemplaba los corrales de abajo no sin complacencia.

—Vaya, los robots se están comportando de una manera muy extraña —comentó Sheila—. Cuando desapareciste, tres de los más diminutos vinieron y lo registraron todo. Tu historia fue lo único que pareció interesarles. Creo que sacaron fotocopia.

—Ya recuerdo... estaba en la maleta, debajo de la cama. La había olvidado por completo hasta que ellos la mencionaron, ¡mi única pretensión de lograr fama literaria!

—Pero ese aspecto de la cuestión no les puede interesar a ellos. ¿Por qué estarán tan preocupados?

La miró divertido. En cierto modo, ella era todavía una extraña para Anderson, aunque adorable. En el caos al cual había regresado después de su viaje a Nehru, era cuestión de casarse con la muchacha que pudiera, mientras aún quedaba alguna: por cada dos hombres había una mujer. Y tuvo suerte en su elección a ciegas; puede que Sheila no fuera especialmente hermosa, pero era complaciente, inteligente y digna de toda confianza. No podía pedir más.

Dijo Anderson:

—¿Admitirás alguna vez la realidad en tu fuero interno, Sheila? Los nuevos autómatas son ahora la raza superior. Ellos tienen una docena de facultades por cada una de las nuestras. Son prácticamente indestructibles. Además, el ser de reducido tamaño es, evidentemente, una ventaja tan considerable para ellos como inconveniente sería para nosotros. Hemos oído rumores de que estaban en puertas de un descubrimiento nuevo y sorprendente... Por lo que le oí al Décimo Dominante, están a punto de penetrar en dimensiones nuevas y asombrosas que nosotros ni siquiera podremos vislumbrar jamás. Y no obstante...

—¡Y no obstante, necesitan tu historia! —rió ella de buen humor, cosa que le hizo reír también a él.

—¡Es cierto! ¡Necesitan esa bendita historia! Escucha: está demostrado que sus poderes de proyección y extrapolación son milagrosos. Pero son incapaces de *imaginar*; la imaginación podría ser incluso un obstáculo para ellos. Por eso el Dominante, que es capaz de abarcar más conocimientos de los que podríamos soñar tú y yo, está desconcertado ante esta obra de ficción. Necesita mi imaginación.

—No del todo, señor Anderson.

Anderson dio un brinco, con la taza aún en la mano, a la vez que su mujer dejaba escapar un grito.

Encaramado en la barandilla de la terraza, con su aspecto de enorme solidez, aunque de unas seis pulgadas de alto tan sólo, ¡se hallaba la achaparrada figura de un autómeta!

Furioso, Anderson le arrojó la taza, el único arma que tenía a mano. Fue a estrellarse contra la cuadrada maquinaria, se hizo añicos, y cayó. El artefacto no se molestó en aludir siquiera al incidente.

—Nosotros comprendemos la imaginación. Deseamos hacerle más preguntas sobre el fondo de su historia.

Anderson se sentó, cogió la mano de Sheila, y le hizo una seña anatómica que ningún autómeta podría haber efectuado.

—Queremos hacerle más preguntas acerca de su historia. ¿Por qué escribió que se quedó en Nehru, cuando en realidad volvió?

—¿Es usted el Jefe Indagador que me capturó en el Vertedero-D?

—Está hablando con el Décimo Dominante, al mando del Litoral Oriental. He tomado posesión temporal del Jefe Indagador por la conveniencia de hablar con usted.

—Una especie de disfraz mecánico, ¿eh?

—¿Por qué escribió que se quedó, cuando en realidad ha vuelto?

—Será mejor que le des respuestas directas, Keith —dijo Sheila.

Anderson se volvió a ella irritado:

—¿Cómo puedo yo darle una respuesta? ¡Era pura invención! Pensé que quedaba mejor si terminaba quedándose el personaje-Anderson en Nehru. Había una tensión

Cro-Magnon - Neanderthal en el relato, y yo me pinté algo más Neanderthal que Cro para darle un efecto dramático. ¡En realidad, no es más que un montón de estupideces!

—¿Por qué dice que son estupideces, cuando lo ha escrito usted? —preguntó el Dominante. A la sazón, se había instalado en el centro de la mesa donde estaba servido el café.

El hombre suspiró cansado:

—Porque me he hecho viejo. La historia es un montón de estupideces, por haber metido en ella la dichosa teoría Cro-Neanderthal; con ello di un poco rienda suelta a las vulgaridades de la juventud. Mi propósito era tratar de explicar lo que había pasado realmente en Nehru: cómo se había deshecho el campamento de los empollones y demás. Esta teoría es insostenible por completo. Me doy cuenta ahora, a la luz de lo que ha sucedido desde entonces. La Semana Nuclear y todo lo demás. Mire...

Se detuvo. Se detuvo a mitad de frase y se quedó mirando al pequeño y complicado artefacto que tenía ante sí. El artefacto le estaba hablando, pero él, siguiendo la rápida sucesión de sus propios pensamientos, no le oía. Alargó la mano y lo cogió. El autómata era pesado y despedía algo de calor; su propia voz le hacía vibrar de un modo casi imperceptible; imponía sólo un poco. El Dominante no le impidió que le cogiera, y Anderson lo miraba como si lo viera por primera vez.

—Repito, ¿en qué sentido modificaría su teoría ahora? —dijo el autómata.

Anderson volvió a la realidad.

—¿Por qué tengo que ayudarle? Para ustedes, el hombre es un animal más que tienen en el zoo, una especie inferior.

—No es así. Nosotros les respetamos como antepasados nuestros; no les hemos tratado jamás de otra manera.

—Puede ser. Tal vez nosotros consideramos a los animales de la misma forma, en cierto modo; aun en los tiempos más sombríos de superpoblación y de hambre, nos hemos esforzado por surtir nuestros zoológicos del mayor número de ejemplares. Así que le contaré mi actual teoría: ésta sí que es una teoría de verdad; lo de mi relato no merece llamarse teoría: era una tontería, una broma intelectual, un poco de ciencia-ficción. Ahora he vivido y he pensado y he amado y he sufrido y he charlado con otros hombres. De manera que si le cuento ahora mi teoría, verá que ha costado su esfuerzo; es una parte de la herencia de todos los hombres que hay en este zoológico.

—¿Es verdadera o falsa, esta vez?

—Usted es el jefe: *usted* es quien debe decidir. Efectivamente, hay dos partes distintas en el cerebro, la sección límbica y el neo-córtex que la envuelve: es la parte que transforma al primate en hombre. Ese aspecto de mi relato era cierto. Hay también una sección aún más vieja, pero no compliquemos la cosa. Hablando en términos vulgares, la sección límbica es aquélla en la que se sitúan las emociones, y el neo-córtex en donde se sitúa la inteligencia. ¿De acuerdo? En una crisis, el nuevo

cerebro puede quedar obnubilado, pasando entonces a predominar el viejo.

Ésa es la razón, en resumidas cuentas, por la que la humanidad no ha triunfado nunca. Somos una especie fracasada. Jamás hemos podido llegar a ser la especie que deberíamos haber sido.

—¡Pero, cariño, la cosa no es tan mala como tú la presentas!...

Anderson dio un apretón a la mano de Sheila.

—Las mujeres sois siempre optimistas —le guiñó un ojo sin que el Dominante se diera cuenta.

Dijo el Dominante:

—¿Qué aplicación tiene esto a lo ocurrido en Nehru II?

—Mi relato se aparta... no de los hechos, sino de la explicación correcta de los hechos. El impulso del grupo de Sweettenham a irse allá era sano. El y Arlblaster y los demás estaban convencidos de que, en un planeta alejado de los animales, el género humano podría llegar a dar la auténtica medida: podría llegar al *homo superior*, por llamarle así. Lo que yo he llamado factor-N es lo que les traicionó. La tensión era demasiado grande, y lo que hicieron fue retroceder, en vez de evolucionar.

—Pero usted piensa que una especie sólo puede liberarse de su naturaleza originaria separándose totalmente del ambiente donde tuvo lugar ese origen.

—En eso ha consistido todo el empeño humano por realizar exploraciones espaciales —dijo Sheila—: en tratar de alcanzar mundos donde fuera posible llegar a ser más humanos.

El Dominante saltó de las manos de Anderson y se puso a dar vueltas cerca del techo —una curiosa actitud de desasosiego.

—Pero el cerebro límbico... una parte tan pequeña del cerebro, ¡y tan profunda!

—Es la zona de los instintos.

—La zona de los instintos... Sí, así que la parte animal del hombre les llevó al desastre.

—¿Contesta eso a todas sus preguntas?

El autómatas descendió y se posó sobre la mesa.

—Una pregunta más. ¿Qué imagina usted que le sucedería ahora a la humanidad, después de la Semana Nuclear, si se la dejara sola en la Tierra?

Anderson tuvo que ocultarse el rostro entre las manos para disimular su triunfo.

—Me figuro que saldríamos adelante. Debajo del Vertedero-D, y de otros vertederos, quedan muchos artefactos. Los desenterraríamos y saldríamos adelante.

—Pero los recursos de la Tierra están casi agotados. Consecuencia de la acción de la humanidad, no de la acción de los autómatas.

El hombre sonrió.

—Puede que sufriéramos una regresión, entonces. Es una especie de planeta Neanderthal, ¿no? Las cosas andan mal para los animales, los hombres y los robots, ¿verdad? ¡Lo mismo que les ocurrió a los dinosaurios y a los hombres del Neanderthal!

—Ahora me voy —dijo el Décimo Dominante. Se cortó su voz. Desapareció.

Jadeando de ansiedad, Anderson agarró a su mujer.

—¡No digas una palabra! Entra. Ven y bésame. Reza, si te apetece hacerlo.

Todo lo que ella dijo al meterse en la cama, fue:

—Puede que acabes siendo escritor. ¡Qué talento tienes para inventar historias!

Esto ocurrió unos cinco días antes de que los humanos del gran zoológico notaran que los autómatas estaban desapareciendo. De pronto, se marcharon todos sin decir palabra. El continente entero, y seguramente el mundo también, había quedado casi vacío; y la humanidad comenzó a vagar por él con sus mal calzados pies. ¡Lo conseguiste tú, Keith Anderson! —exclamó Sheila.

—De ningún modo. Han sido ellos. Han tomado una buena decisión... Si acaso, les he espoleado un poco.

—Fuiste tú: el genio que ahora se dedica a la cría de cerdos.

—Da la casualidad de que a mí me gustan los cerdos —mientras hablaba, se incorporó, en medio de una docena de animales, de los que se habían hecho cargo él y Sheila.

—Así que toda la horda de autómatas ha desaparecido a través del invospectro, se ha ido Dios sabe dónde, y nos ha dejado el mundo para nosotros...

—Es un mundo diferente. Tratemos ahora de hacerlo más sensato que el anterior.

¿Era una piadosa esperanza? ¿Una especie de propósito de Año Nuevo? ¿Un nuevo proyecto de vida? No lo sabía, aunque todo su pensamiento estaba puesto en eso.

Mientras conducía los cerdos, que marchaban delante de ellos dos, dijo Anderson:

—Cuando el Dominante abordó el tema de nuestra herencia animal, me acordé a tiempo de que le había oído decir al Indagador: «Debemos librarnos de la herencia humana». ¡Puedes figurarte la situación! Habían arrumbado a los humots, todos de diseño excesivamente antropomorfo, y habían asumido formas más funcionales. Pero no tenían más remedio que considerarnos como antecesores suyos, y no podrían sustraerse jamás a un sinnúmero de conceptos humanos y naturalistas, por mucho que lo intentaran, mientras permanecieran en un ambiente natural. Ahora, en ese inimaginable universo de energía que ellos han logrado abrir al fin, pueden llegar a ser autómatas puros... ¡Algo que tampoco nos es posible concebir! De manera que han llegado a constituir una auténtica especie. Autómatas puros...

Cortaron la conversación para ocuparse de meter a los cerdos por la puerta, y allí se afanaron corriendo de un lado para otro, hasta que todos los animales estuvieron dentro, chillando y tratando de saltar unos por encima de otros. Anderson cerró de golpe la puerta exterior, y se quedó apoyado jadeando.

—¡Lo que yo quisiera saber es cómo sería un ser humano puro! —exclamó Sheila.

Anderson no tenía ninguna respuesta. Estaba pensando. ¡Naturalmente, necesitaban un perro! En el Vertedero-D había sabuesos en estado salvaje; podía

coger algún cachorro y domesticarlo.

Era una suerte que los inquilinos de la planta baja se hubieran ido. La mayoría de los humanos se habían marchado del zoológico en cuanto vieron la primera oportunidad, de manera que el gran bloque de viviendas había quedado casi deshabitado. Encerraron los cerdos en la entrada para que pasaran allí la noche y, cansados, subieron al piso.

Hoy estaban demasiado rendidos para pensar en el futuro.

El síndrome de Randy^[2]

Gordana estaba de pie en la sala de la Maternidad y se distraía mirando la cubisión mientras esperaba a Sonia Greenslade. Estaban explicando una clase práctica de la Universidad: tomas de pulgas trepando por las patas de una golondrina se alternaban con primeros planos del rostro cadavérico de un profesor metido de lleno en el tema de la parasitología. Gordana estaba convencida de que sería capaz de entenderle si lo intentara, y si no tuviera cosas más importantes en que pensar.

Cuando apareció Sonia, con la cara encendida de rubor, cogió a Gordana por el brazo y trató de llevársela a la fuerza.

—Un momento —dijo Gordana. Una fila de pulgas luchaba denodadamente tratando de ascender por una empañada hoja de cristal de laboratorio—. ¡Geotropismo negativo!

—¡Vámonos, querida! —suplicó Sonia. Tiró de Gordana hacia la amplia cinta móvil de la entrada del sanatorio, y hacía el efecto de un ratón tirando de un hámster de dorado color... pues estaba de cinco meses, frente al embarazo de nueve meses de la rubia Gordana—. Vámonos a casa... Si quieres, te quedas a ver la CB en mi casa. No puedo resistir aquí dentro ni un segundo más. A mí me enseñaron a tener pudor. ¡La de cosas que ese doctor le hace a una mujer sin pestañear siquiera!... ¡En esos momentos quisiera morirme!

Se le disiparon los subidos colores de las mejillas cuando iban por la cinta, de regreso a casa. Era el momento más sosegado del día, en este nivel: media mañana; la mayoría de los millones de habitantes que poblaban la ciudad se hallaban en este momento sumergidos en sus oficinas y talleres. No obstante, las calles móviles, con sus intersecciones giratorias, rebosaban de gente: los monoductos silbaban por arriba, y bajo sus pies podían sentir el trepidar de los carriles subviales de suministros. Las dos mujeres respiraron al entrar en el bloque 661.

—Será mejor que nos metamos en la cantina —sugirió Sonia al saltar rápidamente al vestíbulo—. John estuvo de guardia anoche, y ahora estará escribiendo. Se pondrá neurótico si le molestamos.

Gordana tenía ganas de estar sola; pero, dominada por la placidez que sentía últimamente, no dijo nada a su pequeña amiga y se dejó llevar a la diáfana cantina del segundo nivel. Se hundió gratamente en una butaca y acomodó el bulto de su vientre con un suspiro.

—Trabaja demasiado —dijo Sonia—. Tiene casi terminado el capítulo dieciocho.

—Qué bien.

Aunque los Greenslade vivían en el mismo piso que Gordana y Randy, Gordana pensaba que no se habrían hecho amigas de no haber coincidido en el embarazo. Randy era un tipo sencillo que trabajaba en un taller de montajes durante el día y veía la cubisión y acariciaba a su esposa por las noches; John era un erudito que trabajaba

empaquetando cereales de mesa toda la noche y durante el día escribía un libro sobre Las repercusiones de la Biblia en la civilización occidental desde 1611 a 2005. Gordana era una mujer corpulenta, contenta con su suerte; Sonia era menuda y nerviosa. Cuanto más habladora se ponía Sonia, más se refugiaba Gordana en su pequeño mundo dominado por su marido y, progresivamente, por el hijo que iba a nacer.

Las dos jóvenes estudiaron juntas el menú. El plato de esta semana era carne de roedor; el hombre de la mesa contigua estaba comiendo carne de chinchilla. Sonia pidió un castor. Gordana se contentó con una taza de cafémix.

«Adelante, come lo que quieras; me da igual».

Miró a su alrededor con nerviosismo. La voz le había sonado terriblemente fuerte; había sido un grito que le había inundado todo su ser; sin embargo, nadie pareció haber notado nada.

—Cafémix, nada más —subvocalizó. Afortunadamente, la voz calló; se había sumido en su sueño misterioso, pero ella sabía que no tardaría en despertar del todo, y quería estar a solas cuando esto sucediera.

—... Pero no debería quejarme tanto de John —decía Sonia—. Es que... bueno, es que trabaja demasiadas horas y luego no me deja dormir lo suficiente porque cuando escucha lo que ha escrito pone el volumen tan alto. Algunas partes son muy interesantes, especialmente ésa a la que ha llegado ahora sobre la Biblia y la evolución. John dice que aunque la Biblia se equivoca en lo que se refiere a la evolución y la sociedad, no hay razón para que el gobierno la suprimiera en 2005, y que no produce los efectos desastrosos que ellos pretenden... Dime, querida, ¿qué te han dicho en el sanatorio? ¿No te han dicho que has salido de cuenta?

—Sí, llevo diez días de retraso. Mi ginecólogo quiere provocarme el parto la semana que viene, pero no pienso consentirlo. Los hombres nunca tienen fe en la naturaleza. Quiero que mi hijo nazca cuando se le antoje y no antes.

Sonia ladeó la cabeza e hizo aletear sus párpados con admiración:

—Vaya, haces muy bien en mantener tus ideas, Gordana Hicks; me gustaría ser así de valiente. Pero, ¿y si te cogen la semana que viene y te *obligan*?

—No pienso volver la semana que viene, Sonia.

—¡Pero entonces, sin ti, me tocará venir sola!

—Te las arreglarás.

—No, no me las arreglaré. Me da tanta vergüenza. Y además, tener que estar sentada en esa habitación sofocante con todas las chicas sin bragas durante media hora; figúratelas sentadas todas de la misma manera —miró con inquietud al hombre de la mesa contigua para comprobar si había oído lo que acababa de decir—.

Me da la impresión que en esos sitios nos toman por una manada de vacas a punto de parir.

—Desde luego están demasiado llenos.

—¡Llenos! Se lo dije a una de las otras; le dije: «Llevan este sitio como si fuera

una fábrica de vacas a punto de parir», ¿y sabes qué me contestó? (era una mujerona de pelo alborotado y le olía el aliento a ajo), pues me dijo que sólo en esta ciudad nacen todas las semanas ¡millón y medio de niños! Conque figúrate...

Gordana se echó a reír con ese dulce tintineo que, según su marido, era capaz de abrir todas las puertas.

—¡Millón y medio de niños por semana! No, eso no es cierto.

—Bueno, a lo mejor era un millón y medio al año. De todas maneras te aseguro que es una cifra elevadísima; y me dijo también que las autoridades de la ciudad están desesperadas con el problema del espacio vital y la escasez de alimentos. ¿Te apetece comerte el resto de mi castorburguesa?

—La culpa la tienen los hombres —dijo Gordana de manera concluyente, poniéndose de pie—. Ellos son quienes nos colocan en esta situación; deberían organizar mejor el mundo. Pero en vez de eso, todo lo que hacen es hablar y hablar.

—¡Eso es precisamente lo que le digo a John! —convino Sonia, limpiándose la boca—. Dice que la influencia de la Biblia perdura todavía, con eso de «creced y multiplicaos». Pero los hombres siempre encuentran excusas... cuanto más contacto tengo con ellos, más les desprecio. Recuerdo que mi madre solía decir: «La familiaridad engendra el desprecio».

—Pero sin ella usted no engendraría nada —intervino el hombre de la mesa vecina, sonriendo groseramente por encima de su plato de carne.

Ofendidas, las dos mujeres abandonaron apresuradamente la cantina, aunque los andares de Gordana eran bastante pesados.

Gordana tenía el piso muy limpio y aseado; o, al menos, solía tenerlo hasta que le entraron los desmadejamientos el último mes. No es que hubiera mucho que limpiar. Ella y Randy ocupaban una habitación simple en la que hacían la vida; tenía diez pies de ancho por doce de largo, con una cama que hacían descender ingeniosamente del techo. Su única ventana, eternamente cerrada, estaba orientada al monoducto silbante; motivo por el cual la tenían casi siempre con la persiana bajada.

Se hallaban a seis niveles bajo el nivel de superficie. El edificio donde habitaban, un bajo inmueble de *avant garde* situado en las afueras, tenía treinta y dos plantas, veinticuatro de ellas por encima del nivel del suelo. Con un poco de suerte, y no demasiados hijos, esperaban poder subir con las progresivas ganancias de Randy y llegar a vivir en el piso veintiocho, cuando alcanzaran una edad madura, sólo para hundirse después en el subsuelo, estrato por estrato y año tras año, como un sedimento, a medida que fueran envejeciendo y ganaran menos dinero. Eso si no ocurría algo terrible, si no se desmoronaba la civilización o reventaba por sus múltiples grietas, como amenazaba ocurrir.

Después de dejar a Sonia en la puerta de su apartamento, donde entró de puntillas para ver si John estaba trabajando o durmiendo, Gordana pasó al suyo y se dio un masaje de tobillos. Con gesto indiferente, pulsó el registrador mural para oír las

noticias del día que acababa de emitir el canal.

No había ninguna novedad: el proyecto de allanar las Montañas Rocosas tropezaba con dificultades; la plaga de peces imitantes seguía abandonando las aguas cerca de Atlantic City y formaba una capa de un pie de espesor que cubría las aceras; el promedio de nacimientos se había duplicado durante los diez últimos años, y el de suicidios en los últimos cinco; Jackie «Knees» Norris, afamado astro de la CB, había sufrido un ataque y estaba inconsciente. En el extranjero, había una infinidad de cosas que andaban mal. Europa estaba a punto de estallar por los aires, Indonesia lo había hecho ya. Gordana apagó antes de que terminara el repertorio.

Se sintió invadida por una vaga sensación de claustrofobia. Tenía ganas de que Randy ganara bastante para poder vivir a la luz del día. Quería criar a su hijo a la luz.

«Entonces, ¿por qué no estudia Randy para conseguir un empleo mejor?».

—Geotropismo negativo —contestó ella en voz alta—. Luchamos por abrirnos camino hacia el sol como luchan las pulgas al trepar por las patas de las golondrinas.

El feto no hizo el menor esfuerzo por entender tal cosa; tal vez intuía que difícilmente llegaría a ver golondrinas ni pulgas de verdad. Efectivamente, el feto repitió la pregunta con su no-voz, que rugió por todo el ser de Gordana:

«¿Por qué no estudia Randy para conseguir un empleo mejor?».

—Procura llamarle Papá, no Randy; suena como si yo no estuviera casada con él para los próximos cinco años.

«¿Por qué no estudia para conseguir un empleo mejor?».

—Mi vida, estás a punto de venir a un mundo agobian temen te atestado. Ya no queda sitio para *nada*, ni siquiera para triunfar. Pero tu padre y yo somos felices así y no quiero que se atormente ¡Mira a ese John Greenslade! Se ha pasado cinco años estudiando los cursos universitarios de la CB, matándose con tanta asignatura de Historia y Religión y Literatura, ¿y adonde le ha llevado su título? A ninguna parte: todas las plazas están ocupadas Y ahora está volviendo loca a su mujer —y él acabará igual—, trabajando durante las horas de descanso y tratando de volcar todos esos conocimientos en un magnolibro que nadie le va a querer publicar. No, hijo; estamos muy bien así ¡Ya lo verás cuando vengas al mundo!

«¡Yo no quiero venir al mundo!».

—Puedes repetirlo las veces que quieras. Eso es lo primero que me dijiste hace tres meses Pero la naturaleza debe seguir su curso.

Irónicamente, la voz interior repitió esas mismas palabras:

«Sí, la naturaleza debe seguir su curso».

Se lo había oído decir a ella infinidad de veces, o lo había escuchado en el eco de sus pensamientos, tan pronto como le hizo saber que su inteligencia no se hallaba ya aletargada Pero Gordana no se había sentido nunca asustada. El embrión era una parte de sí misma. Su voz retumbante pero sin sonido —producida, según sospechaba ella, tanto en su propia cabeza como en el pequeño cráneo que se nutría del flujo de su misma sangre— le parecía igualmente parte de su propio ser, como el bulto de su

vientre.

Randy se había mostrado hostil cuando ella le habló de las primeras conversaciones. En realidad, aún no sabía a ciencia cierta qué pensaba Randy, pero se sintió aliviada al ver que parecía resignarse ante la situación: no quería problemas. Puede que aún no lo creyera del todo, más que nada porque él no oía esa monstruosa vocecita. Sin embargo, se había hecho a la idea, y parecía conformado con su suerte.

Pero cuando volvió Randy esa noche, le trajo una desagradable sorpresa. Ella se dio cuenta de que pasaba algo tan pronto como le vio entrar, aun antes de que la besara.

—Tenemos problemas, mi vida —dijo. Estaba pálido, encogido, derrotado. El hombre moderno prefabricado, pensó ella, pero sin otro sentimiento que el cariño... y esa noche la mirada afable de sus ojos estaba apagada.

—Me acaban de notificar que estoy despedido a partir de este fin de semana.

—¡Oh, cariño!, ¿por qué? No pueden hacerte eso, ¡no pueden! ¡Tú cumples muy bien en tu trabajo, estoy segura!

Tras las protestas que eran de esperar, la interrumpió y trató de explicarle:

—Es la Ley de Redistribución Laboral; van a cerrar la fábrica. Han despedido a todos.

—¡Pero no pueden hacer eso! —gimió ella—; ¡la gente sigue necesitando computadoras de muñeca!

—Claro que sí, pero nosotros las fabricamos para el bloque Centroeuropeo. Ahora hemos montado una fábrica en Praga, Checoslovaquia, que va a suministrarlas inmediatamente a todas partes, va a recortar los costes de distribución y va a dar empleo a medio millón de centroeuropeos.

—¿Y el millón de centroamericanos, qué?

—Mi vida, nuestros problemas de superpoblación no son nada comparados con los de Europa.

—¡Pero estamos en *guerra* con Checoslovaquia!

Randy suspiró. No es posible explicarles estas cosas a las mujeres.

—Pero se trata sólo de una guerra política —dijo—; es como nuestra guerra contenida con Mongolia, sólo que menos violenta. No olvides que los checos no sólo forman parte políticamente del BloqueCom, sino que económicamente pertenecen al EuroCom, además de pertenecer estratégicamente a la Natfuerza. No tenemos más remedio que ayudar a esos malditos checos o reventar.

—Tú has reventado ya —suspiró ella.

Randy se sentía disgustado:

—Me habría sido más fácil darte la noticia si hubieras podido sentarte en mis rodillas. ¿Cuándo vas a dar a luz, lo sabes ya? ¿Qué te han dicho en ese maldito sanatorio?

—Randy Hicks, quiero dar a luz cuando sea el momento y esté preparada y no antes.

—Eso está muy bien por lo que a ti se refiere; pero ¿qué crees que puede sentir un hombre? Quiero que recobres de nuevo tu figura, mi vida —se puso de rodillas junto a ella, y susurró—: Quiero que nos amemos otra vez, amor mío; quiero mostrarte todo lo que te quiero.

—¡Ah, no, ni hablar! —exclamó ella—. ¡Sólo llevamos casados diez meses! Sé que iba contra la ley, Randy, no soy tonta. Y no quiero que tengamos una carnada de chiquillos... Yo quiero ver la luz del día a través de mi ventana antes de morir... yo...

—¡La luz! ¡En lo único que piensas es en la luz!

«*¡Dile que no quiero nacer hasta que el mundo sea un lugar en el que merezca la pena vivir!*».

El sonido de esta voz en sus entrañas devolvió a Gordana a la realidad. Rió y dijo:

—Randy Junior dice que no quiere aparecer en el escenario del mundo hasta que este escenario no sea más color de rosa. Será mejor que procuremos buscarte una colocación, mi amor, en vez de discutir.

Los días que siguieron fueron agotadores para Gordana y Randy. Randy abandonaba su piso de habitación única todas las mañanas para ir en busca de trabajo. Como el transporte privado estaba prohibido desde hacía tiempo en las áreas interiores de la ciudad, se veía obligado a utilizar los atestados transportes urbanos, y a menudo tuvo que recorrer millas y millas en pos del rumor de un puesto vacante. Una vez cogió un empleo de hormigonero por tres días: su misión consistía en verter hormigón en las perforaciones que se habían excavado para los cimientos de un nuevo edificio gubernamental y que, después de traspasar la corteza terrestre, habían alcanzado la Discontinuidad Mohorovícica inferior, originando una erupción volcánica subterránea. Luego siguió su búsqueda más cansado que nunca.

Gordana se sentía sola. Fue a visitar una o dos veces a Sonia Greenslade, pero Sonia estaba demasiado preocupada por los problemas de John para atenderla debidamente: habían amenazado a John con despedirle de la planta de empaquetar si no mejoraba su trabajo. Al día siguiente en que debía presentarse en la Maternidad, Gordana prefirió salir, coger una robosfera y subir a la superficie.

Era un día espléndido, radiante de sol, con una nube en forma de pulga que se desplazaba hacia el sudoeste, por encima de la ciudad. Era tal como ella recordaba el verano; había olvidado la cortante brisa estival que soplaba entre los bloques y el frío de las sombras de los gigantescos edificios. Asimismo, había olvidado que estaba prohibido pasear por la superficie. Y también que cada uno disfrutaba de transporte gratis sólo en su correspondiente nivel-de-vida. Así que recurrió a su pequeño peculio personal para pagarse el trayecto hasta el primer parque verde.

El parque estaba protegido de las inclemencias del tiempo con paredes de vidrio y aire acondicionado. Estaba completamente embaldosado, y hervía de gente a estas horas de la tarde. Una antigua iglesia que se alzaba en el centro de una plaza invadida

por la multitud, había sido convertida en una mezcla de museo y centro de atracciones. Entró; pasó el torniquete y los columpios y las luces destellantes y las chicas del «Pruebe-Su-Heterosexualidad», y se internó por la oscura galería donde se exhibían trajes. La gente se agolpaba en todas las secciones, pero en el centro de la nave lateral quedaba un espacio en el que se podía estar durante un minuto sin recibir empujones. Gordana se quedó allí; efectivamente, no le dieron un solo empujón, pero, para sorpresa suya, comenzó a llorar.

Lloraba en silencio, pero era incapaz de parar. Y la gente empezó a agruparse en torno suyo, atraída por la escena. A los gamberros estaba uno acostumbrado, pero no a una persona que llorase en público. En poco tiempo se vio rodeada por una multitud. Los hombres empezaban a reírse de una manera molesta y a hacer observaciones. Dos extrañas criaturas de cabeza y patillas afeitadas, de quienes no podía decirse si eran adolescentes o adultos, comenzaron a parodiarla para divertirse. El de nariz verrugosa iba comentando los gestos de Gordana.

—Señores, una nueva lágrima se le está formando en el ojo izquierdo. Ésta sí que va a ser hermosa de verdad; lo digo yo, y conste que he visto lágrimas en mi vida. ¡Soy el Campeón de los Descubridores de Lágrimas! Sí, ya le va creciendo en el párpado; ya, ya la derrama, delicada y preciosa, como un precioso alumbramiento; está infanticipando, diría yo, sin marido, una muchacha alegre pasando tristes momentos; otra lágrima empieza ahora a tomar forma en el ojo derecho... ¡no, no; tiene lágrimas en los dos ojos! ¡Ah, qué ejecución! Ahora trata de atraparlas con el pañuelo; y ahora hace un ruido de...

—¡Ayúdame! —dijo Gordana al hijo aún sin nacer. Era la primera vez que se dirigía a él sin esperar a que le hablara primero.

«Te he traído aquí para que puedas hacer público los últimos acontecimientos».

—¿Eres tú quien me ha traído aquí? *«Puedo comunicarme contigo a distintos niveles de conciencia, y algunos de tus niveles bajos son muy aptos para la sugestión».*

—¡No quiero estar aquí... odio a toda esta gente! *«¡Y yo! ¿Te crees que voy a venir al mundo en medio de estos zombis? ¿Por quién me tomas? No saldré de aquí hasta que el mundo sea mucho mejor. No me moveré de aquí, ¿me oyes?».*

Y en ese momento le dio a Gordana un ataque de histerismo.

Finalmente, la sacaron de la antigua iglesia, la metieron en una ambulancia, le administraron un sedante que la dejó inconsciente y la bajaron a su correspondiente nivel-de-vida.

Cuando despertó, se encontraba en su propia habitación, en su propio lecho, con aspecto de mole bajo las ropas de la cama. Randy estaba sentado junto a ella, le daba palmaditas en la mano y se le veía terriblemente abatido. Ella creyó que debía de estar pensando en los días que hubo de dormir en el suelo, dado que ella ocupaba casi toda la cama; pero cuando él la vio con los ojos abiertos, dijo amargamente:

—Tu paseo nos ha costado noventa y ocho dólares en servicios públicos. Ahora

dime cómo vamos a pagarlos.

Luego, viendo que la había herido, trató de desagraviarla. Sentía mucho haberla molestado, pero creía que le había dejado. No encontraba trabajo, posiblemente tendrían que dejar el piso; ¿no era el panorama bastante negro? Al final, acabaron llorando los dos. Y, abrazados el uno al otro, se quedaron dormidos.

Pero sin saberlo, Gordana había resuelto ya el problema económico. Los tripulantes de la ambulancia que la había devuelto a casa habían dado el parte de su caso a la Maternidad, y al poco tiempo se presentó un reducido grupo de expertos... no sólo de ginecólogos, sino de sociólogos de la Universidad del Tercer Nivel, así como un periodista del *Información del Tercer Nivel*. Todos querían comprobar la declaración de Gordana de que su hijo no quería nacer en tanto el mundo no fuese mejor. Dado que vivían en una sociedad mercantilizada, a Randy no le fue difícil sacarles dinero si querían ver a su mujer. En poco tiempo, Gordana se convirtió en noticia, y se multiplicaron sus entrevistas. Empezaban a nadar en la abundancia, y Randy se compró una gorra de plato y volvió a sonreír.

—Para ti todo marcha a las mil maravillas —dijo Gordana una tarde al entrar él en la habitación, arrojando su sombrero a un rincón—. Yo estoy harta de contar siempre lo mismo una y otra vez, y de posar para las fotos de perfil. ¿Cuándo terminará todo esto?

—Cariño, siento decirlo, pero esto se va a acabar de un momento a otro. Hemos tenido nuestro momento. ¡Pero ya has dejado de ser noticia! Ya no eres un fenómeno, sino una de tantas.

Ella le tiró un cojín y dio una patada en el suelo:

—¡Yo no soy ningún fenómeno ni lo seré jamás, y tú sí que eres un asqueroso y un miserable por decirme una cosa así!

Randy saltó hacia ella y la abrazó, rodeando su cuerpo todo lo que sus brazos daban de sí.

—No he querido decir eso, amor mío, de veras; no era ése el sentido; tú sabes que te quiero, a pesar de que llevas ya diez meses embarazada. ¡Pero mira los periódicos!

Le tendió un par de ellos.

Traían la historia completa en primera página. Desde luego, Gordana no era un caso único. No había nacido un solo niño en todo el país, y había cientos de miles de embarazos que duraban ya casi diez meses. El histerismo de Gordana había desencadenado toda esta fantástica historia. El mundo de la medicina y el gobierno estaban desconcertados o, como decían los titulares, EL ESTADO, PENDIENTE DE LA HUELGA DE LA CIGÜEÑA. Un columnista achacaba el problema al BloqueCom; pero parecía poco probable, ya que se había denunciado una ola de no-nacimientos en todas las capitales del mundo.

Gordana leyó atentamente palabra por palabra. Luego se echó en la cama y miró a su marido a los ojos.

—Randy, aquí no dicen que haya ninguna mujer capaz de hablar con su hijo antes

de nacer como hago yo.

—Como te he dicho, cariño, eres única... Ésa es la palabra que buscaba: única.

—Sospecho que todas esas mujeres pueden hablar con sus hijos lo mismo que yo. Pero tú eres la única persona a la que se lo he dicho; y seguramente todas ellas sienten lo que yo siento. Es algo personal. Quiero que me prometas que no le vas a contar a nadie que puedo hablar con nuestro hijo. ¿Me lo prometes?

—Pues claro, cariño; pero ¿qué mal hay en ello? Eso no significa ningún perjuicio para ti ni para el niño.

—Es mi instinto femenino, Randy; por eso no quiero.

Me fío de él. La gente sólo trataría de aprovecharse. Así que prométeme que me guardarás el secreto.

—Claro, mi vida; prometido. Pero supongamos que, de todos los millones de mujeres que esperan, va una y divulga el secreto; a partir de ese momento, el secreto se acabó...

—¡Por eso es imprescindible que no digas una palabra!

—¡Pero el primer tipo. la primera chica que lo diga, va a ganar un montón de dinero, si sabe a quién se lo tiene que decir; eso seguro!

—¡Randy!

—¿Y por qué no?, podríamos trasladarnos a niveles superiores, a la luz del día y con todo lo demás lo que tú siempre has soñado.

—¡Randy, vete de mi vista! ¡Vete y no vuelvas! ¿No has hecho ya bastante dinero con mi desgracia sin tener que degradarnos? Vete y búscate un trabajo honrado, y no vuelvas hasta que lo hayas encontrado.

Randy estaba bebiendo en un bar donde servían un shlivowitz bastante fuerte importado de Yugoslavia para salvar la economía de este país, que a la sazón atravesaba una crisis. El hombre que tenía sentado junto a él escuchaba lo que iba contando y no paraba de servirle más shlivowitz; se llamaba Paddy van Dyck y trabajaba como Novelista de Psicología Urbana en el semanario *Mío*; le estaba diciendo:

—Pero aclaremos este punto, señor Hicks, ¿dice que *usted* no ha llegado nunca a oírle hablar?

—¿Quién lo tiene dentro, ella o yo? Es como una especie de telepatía o de teléfono... un sistema de teléfono, diría yo, a través del riego sanguíneo, por el cual hablan entre sí; yo estoy completamente fuera de esto; ya no me quiere; me ha dicho que me vaya y que me busque trabajo; no me quiere ya.

—Sí; eso me contaba usted antes, señor Hicks.

Van Dyck se sacó del bolsillo un montón de billetes, lo que tuvo la virtud de devolverle a Randy la sobriedad.

—Eso por una entrevista inmediata en exclusiva. Nadie podrá ver a su esposa para entrevistarla durante los próximos siete días. ¿Entendido?

—¡Cristo! Claro que sí. Me ha convencido. Déjeme contarlos.

—Vamos a su piso inmediatamente.

Pero al llegar a las viviendas, Randy sintió que desfallecía su valor. Recordó la promesa que le había hecho hacía tan poco a Gordana. En el pasillo se cruzaron con Sonia Greenslade, que le saludó con un gesto de desaprobación: se estaba poniendo gruesa muy rápidamente. Pero Van Dyck no le consintió la menor vacilación, y Randy no tuvo más remedio que abrir la puerta y entrar.

Había un hombre sentado en el borde de la cama, junto a Gordana.

—¡Vaya! Conque has ido más de prisa que yo, ¿eh? —exclamó Randy.

Su esposa le miró con una sonrisa radiante y le tendió una mano hinchada.

—¡Pasa, cariño! ¿Dónde has *estado*? Me lo he pensado bien y he cambiado de opinión sobre nuestro pequeño secreto. Te presento al señor Maurice Tenberg de la CB Trabaja en «Entrevistas», y va a prepararme una exclusiva para todo el mes que viene.

—Por una considerable suma de dinero, señor Hicks —dijo Tenberg levantándose y tendiéndole la mano—. Su esposa es una mujer muy perspicaz para los negocios.

Movido por un impulso puramente reflejo, Randy extendió la mano. Estaba atiborrada de los billetes de Van Dyck. Pero desaparecieron de repente. Sobresaltado, miró por encima del hombro, y tuvo tiempo de ver cómo se marchaba Van Dyck. Se había dado cuenta de que había perdido la baza.

La zarabanda que se creó en el pasillo con los aparatos de la cubisión era una molestia para los ocupantes de los pisos; sobre todo para quienes, como Sonia y John Greenslade, vivían en la misma planta que los Hicks. Al sortear los cables, evitar los troles y monitores y equipos eléctricos, podían ver la habitación de los Hicks, la cual había perdido la personalidad de sus propietarios y se había convertido en un estudio. La cama de Gordana había sido sustituida por un canapé de fantasía, y la cocina y el fregadero habían quedado ocultos tras un cortinaje del Departamento de Escenografía.

La propia Gordana estaba exageradamente acicalada y ataviada con un flamante camisón. Era la estrella de turno de un programa de una hora que se emitía en el período más importante de la red nacional. Un cuadro de personalidades famosas había discutido previamente acerca de «la sequía de niños», como había sido designada, y ahora Maurice Tenberg entrevistaba a Gordana.

Con gran sutileza, destacó los aspectos humanos y los aspectos sensacionalistas del caso: la mujer que amaba a su hijo a pesar de su anomalía, el hecho insólito de que en las últimas seis semanas no había venido al mundo ningún niño; y ahora, este nuevo acontecimiento extraordinario por el que la madre podía comunicarse subvocalmente con su hijo. Por último, se volvió para dirigirse a las tres cámaras de 3-D:

—Y ahora vamos a realizar algo absolutamente sin precedentes. Vamos a tratar de comunicarnos con un ser humano que aún se encuentra en el seno materno. Voy a

hacerle a Randy hijo unas preguntas, que le serán transmitidas por Gordana. Ella le hablará en voz alta, pero yo quisiera subrayar que lo hace sólo por conveniencia suya, no de él. Randy comparte su corriente sanguínea, por lo que parece que tiene acceso a todos los procesos mentales que acontecen en el cerebro de ella.

Tenberg se volvió ahora hacia Gordana y, dirigiéndose a su vientre, preguntó:

—¿Puedes decirnos en qué clase de mundo te desenvuelves ahí dentro?

Gordana repitió la pregunta en voz baja. Hubo un largo silencio, y luego dijo:

—Dice que vive en un gran universo. Dice que se siente como si fuera mil peces.

—No es una respuesta muy clara. Pídale que sea más preciso. ¿Percibe la diferencia entre el día y la noche?

Gordana se lo preguntó, y sintió crecer la respuesta del niño como una ola que corría a precipitarse en los litorales de su entendimiento. Antes de que le llegara a la conciencia se sentía inundada por ella.

El feto no podía vocalizar pensamientos, como tampoco ella podía. Pero sin palabras, le transmitió un resumen sensorial y gráfico de su universo, una hirviente mezcla del entorno en que habitaba. Oscuros edificios procedentes de mil ensueños, rostros sofocados, árboles, utensilios caseros, paisajes que se dilataban inmensamente como océanos evanescentes, una antigua iglesia, y centenares de personas invadiéndola a ella.

Éste era el mundo de su hijo, el que había extraído de ella, un mundo reflejo... flotando en su celda inmóvil, carente de toda noción de espacio. Todo, aun la visión del desierto más dilatado o del más alto edificio, tenía para él el extraño efecto de un simple plano, como la imagen borrosa del receptor de cubisión cuando se funde el tubo. Pero si el mundo del embrión carecía de espacio, en cambio poseía dimensión temporal.

En su primaria vida de ensoñación, el embrión se había movido con entera libertad por las reconditeces de la mente materna y *había ido más allá del tiempo*, hasta las regiones inalcanzables para la conciencia de la madre. ¡Carecía de espacio, sí, pero tenía, como él mismo declaraba, un universo inmenso!

Inundada por un torrente de imágenes que la sumieron en un estado de anonadamiento, Gordana vio —conoció— a su madre, a su abuela, a su bisabuela... todas estaban allí a un mismo tiempo, toda su ascendencia femenina, y retrocedió más y más, a la experiencia más vívidamente recordada de una vida humana, a través de una serie de rostros que la miraban sonrientes, rostros singularmente parecidos, risueños, que se desvanecían poco a poco tras una leve vacilación; hasta que, finalmente, fueron dando paso a rostros abyectos, sumidos en un pasado remoto, con ojos aún llenos de dulzura, pero que no eran ya humanos, sino pequeños, astutos, amedrentados.

Y, por encima de esos rostros maternos, desfilaba una vertiginosa sucesión de luces y sombras, a la vez que sentía ella en su interior los puntos cardinales de toda existencia, no como algo abstracto, sino de una manera tangible: el nacimiento y el

amor y el hambre y la reproducción y el calor y el frío y la muerte. Era mamífero otra vez; dejó de ser una diminuta unidad engranada en la despiadada máquina cuyos oscuros días se desplegaban sobre un fondo de plástico y ladrillo: se sentía como ser vivo, como mamífero inteligente que corría del frío al calor en medio del palpitante reino animal, caudal viviente de un pasado remotísimo de sangre y de luz. Trató de gritar, sobrecogida ante la inmensidad y el terror de lo que sentía... abrió la boca, pero sólo pudo emitir un apagado ruido animal.

Naturalmente, tuvo un gran efecto televisivo. Acudió un médico apresuradamente a la escena y la reanimó; Tenberg, sin perder un segundo, volvió a la carga con sus preguntas:

—Ha sido él quien le ha producido el *shock*, ¿verdad, Gordana? ¿Qué le ha mostrado su hijo?

Con los ojos cerrados, contestó:

—El mundo de las entrañas. He visto el mundo de las entrañas. Es un universo. Tiene razón: él goza de una clase de libertad que nosotros no hemos conocido jamás. ¿Por qué ha de abandonar todo eso para venir a vivir a este piso estrecho y miserable?

—Su marido dice que pronto podrán cambiarse a un piso superior —dijo Tenberg con resuelta alegría. No podía decirse que Gordana respondiera a este tono.

—Puede vagar... por todas partes. Yo soy una ignorante; sin embargo, él es capaz de descubrir en mí una especie de sabiduría que nuestra civilización de plástico y de ladrillo ha arrinconado... Es, ¡Dios mío!, es una persona completa como no he conocido otra en mi vida. Ha visto...

Comprendiendo que Gordana estaba a punto de echarse a llorar, Tenberg la cogió por la muñeca y le dijo con firmeza:

—Vamos, Gordana, estamos divagando; interroguemos otra vez a su hijo. Pregúntele cuándo va a nacer.

Obedientemente, recobró la serenidad y repitió la pregunta. Por la forma de contestar, comprendió que Randy estaba también agotado por el esfuerzo de esta entrevista. Fue una respuesta débil y neutra; Gordana la fue repitiendo en voz alta a medida que su hijo subvocalizaba.

—Dice que él y todos los niños que se encuentran en su misma situación han decidido no venir a este mundo. Éste es nuestro mundo; lo hemos hecho nosotros y somos nosotros quienes debemos habitarlo. Ellos no lo quieren. Les parece demasiado desagradable... No entiendo... ¡ah, sí!, quiere que pasemos este mensaje a todos los niños: que controlen su nutrición para no crecer más y no incapacitar a sus madres. En adelante, van a formar una subraza parasitaria...

Su voz tembló, y enmudeció al darse cuenta de lo que acababa de decir. Y éstas fueron las graves declaraciones que todo el mundo, en casi todas las regiones de la tierra, comentó a la mañana siguiente. De este modo, como observaría un sagaz comentarista, «la sequía de niños» dejó de ser una anécdota divertida para convertirse en una conspiración nacional —dado que Randy había logrado comunicarse con

todos los demás niños a punto de nacer, a través de sus madres espectadoras—, que amenazaba con el desastre mundial.

En casa de los Hicks cundió el pánico, y el realizador del programa quiso acallar a Gordana. Pero ésta tenía algo más que transmitir al mundo de parte de su hijo. Con los ojos cerrados, alzó la mano imperiosamente para pedir silencio, y dijo:

—Dice que para él y para todos los fetos, su vida es la única vida que conciben, la única completa, la única libre de aislamientos. El nacimiento del ser humano es la muerte del feto. Las religiones humanas que hablaban de una vida en el más allá no hacían más que reflejar un pálido recuerdo de la previda del feto. Hasta ahora, la especie humana sobrevive únicamente gracias al feticidio. Los seres humanos son cadáveres de fetos ambulantes. En adelante, sólo habrá fetos...

Las crisis financieras, políticas, nacionales, ecuménicas, educativas, sociales, económicas y morales que sacudían el mundo perdieron importancia después de estas declaraciones. Si los fetos llevaban a cabo lo que decían, la especie humana estaba llamada a desaparecer: literalmente, el traidor se había introducido en casa.

Los sanatorios de maternidad emprendieron una serie de intervenciones de urgencia. Los hombres no podían tolerar que les derrotaran unos niños por nacer. En todas partes, los cirujanos empezaron a practicar cesáreas. Y en todas partes, los resultados eran idénticos: los niños morían. Frecuentemente, también, las madres morían con ellos. Pocos días después, casi todos los países declararon ilegales estas operaciones.

Gordana estaba al margen de esta ola de pánico. Era demasiado famosa para que la involucraran. Había sido nombrada Presidenta de la Asociación de Embarazadas a Perpetuidad, y recibía regalos y dinero y consejos. Sin embargo, seguía deprimida.

—¡Hola, cariño, dale un beso a Papá! —exclamó Randy cuando llegó a su pisito una semana después de la trascendental entrevista. La tomó en brazos, y dijo—: Ahora escucha, Gordy, ¡vamos a subir a la superficie tú y yo, y vamos a ver tu nuevo piso! Ya está todo arreglado... bueno, no del todo; pero ya podemos tomar posesión; luego lo decoraremos y nos mudaremos en cuanto podamos.

—¡Randy, mi vida, qué bueno eres conmigo! —dijo ella con tristeza.

—Es natural... ¿quién no lo sería contigo? Pero ¿no vas a preguntarme en qué planta está? ¡Vamos a estar a catorce plantas por encima de la superficie! Qué, ¿te gusta? ¡Y vamos a tener dos habitaciones! ¿Qué dices a eso, eh, cariño?

—Es maravilloso, Randy.

—¡Sonríe al decir eso!

Fueron a ver el piso. Los anteriores inquilinos habían muerto recientemente —es decir, había fallecido la anciana señora, y su marido se había sometido a la eutanasia— y todo estaba revuelto. Pero la vista desde las ventanas era preciosa, y por ellas entraba la verdadera luz del sol. No obstante, Gordana seguía deprimida. Era como si la vida fuese una carga demasiado pesada para ella.

Entre los papeleos y los retrasos de los decoradores, transcurrió un mes antes de que Randy y Gordana Hicks se trasladaran a su nuevo piso. El último día que pasaron en el antiguo, Gordana fue a despedirse con lágrimas en los ojos de Sonia Greenslade, cuyo embarazo estaba tan avanzado que ya se comunicaban ella y su hijo. Llegado el momento, sintió un inesperado pesar de tener que dejar lo que le había rodeado hasta ahora.

—¿Te sientes feliz aquí, Gordy? —preguntó Randy; llevaban ya una semana instalados en la nueva casa.

—Sí —dijo ella. Estaba sentada en un sofá nuevo que, llegada la noche, se convertía en cama; se acabó el catre aquel que había que izar al techo. Randy estaba sentado en el antepecho de la ventana y contemplaba la ciudad rebosante de gente. De momento, ni tenía trabajo ni lo buscaba; por una vez en la vida nadaban en la abundancia, y era él quien más se aprovechaba de la situación no trabajando y comiendo y bebiendo cuanto le venía en gana.

—Me da la sensación de que no eres muy feliz.

—Lo soy. Lo que pasa es que... es que siento como si nos hubiéramos vendido; nosotros y el niño.

—Pero lo hemos hecho a buen precio, ¿no?

Este cinismo le hizo dar a ella un respingo. Se levantó pesadamente y le miró con firmeza.

—Voy a bajar al tercer nivel a ver a Sonia —dijo—. En este nivel no tenemos amigos.

—¡Di de una vez que te aburres conmigo!

—Randy, yo sólo he dicho que quiero ver a Sonia.

—Bueno, ve; no te enrolles ahora... aunque difícil te iba a resultar, en ese estado. Por Dios, Gordy, ¿cuánto tiempo me vas a estar haciendo la vida imposible con ese estado montañoso?

Gordana se encaró con él.

—El tiempo que el niño quiera. Esa cuestión no depende de ti.

Randy se apartó de la ventana.

—¿Sabes lo que pienso? ¡Pues que tú y ese feto mantenéis una relación inmoral! Seguramente, podría divorciarme alegando... —se detuvo, le cogió los brazos y ocultó el dolor de su rostro en el hombro de ella—. Lo siento, cariño; no volveré a estallar así; te quiero, lo sabes muy bien; pero ¿cuánto tiempo vais a traer de cabeza al mundo las mujeres?

Sonia se alegró al ver de nuevo a su antigua vecina. La hizo pasar y se sentaron dificultosamente en un ángulo de la reducida habitación, la una junto a la otra, mientras John Greenslade, en otro rincón, luchaba con la Biblia y la Civilización Occidental. Era un individuo bajito y andrajoso, no mucho más alto que su mujer, y bastante más delgado. Llevaba unos pantalones viejos y una camiseta, y escrutaba, a través de sus lentillas, la fotograbadora que tenía delante, en la que iba impresionando

alguna que otra frase de vez en cuando, y a cada momento se rascaba la cabeza, murmuraba algunas palabras y entresacaba citas de las montañas de magno-libros que tenía apilados a su alrededor. No prestaba la menor atención a las mujeres.

—El mío va a ser niño o sea, es un niño, quiero decir. Un niño feto —murmuró Sonia agitando sus largas pestañas—. No le he hecho vestiditos, ni le hemos preparado cuna ni nada; es una manera de ahorrar, ¿no te parece? Sus pensamientos me llegan con toda claridad; habla muy bien... ¡figúrate!, y todavía no tiene los ocho meses. Es maravilloso, ¿verdad?

—No sé. Últimamente me paso todo el tiempo deprimida.

—Bueno, ¡ya se te pasará! Mírame a mí; yo no estoy deprimida ni mucho menos, y eso que soy mucho más bajita que tú y me cuesta bastante llevar auestas a mi pequeño Johnny. Parece que me oprime aquí, en esta parte de la pelvis. Cuando sea un poco más comunicativo le pediré que cambie un poco de postura. Es que me dan calambres, sabes, y no puedo dormir y siento desasosiego, pero no estoy ni pizca de deprimida. Y fíjate, mi pequeño Johnny parece que ya se interesa por lo que está escribiendo John. Cuando John lee algo en voz alta, *siento* dentro de mí que Johnny se lo sorbe entero. Estoy convencida de que no son figuraciones mías: siento que se empapa de todo. ¡Va a ser un pequeño sabio!

Gordana inició lo que amenazaba convertirse en un monólogo:

—Randy hijo ya no me habla tanto como antes. Tengo la culpable sensación de que he perdido su confianza al consentir que le entrevistaran delante de todo el mundo. Pero él sigue viviendo su vida aquí dentro. A veces... no sé explicarlo, pero a veces me da la sensación de que va a cogerme y manejarme como si fuera su automóvil.

—En cierto modo, *somos* sus automóviles; ¡pobrecitos míos!

—¡Sonia, yo no soy ningún automóvil!

—No, yo no digo que lo seamos tú y yo, por supuesto. Pero la mujer..., en fin, estamos acostumbradas a que se nos considere una propiedad, ¿no? Desde luego lo somos de los hombres; así que, ¿por qué no vamos a serlo de los niños?

—¿No te parece que lees la Biblia demasiado?

—Como John dice siempre, ese viejo libro tiene mucha miga.

—¡A ver si las benditas señoras bajan un poco la voz! —gritó John desparramando los libros de consulta.

Transcurrieron días y semanas y meses. No nació vivo niño alguno. Los fetos del mundo se habían unido. Preferían su estado de vida prenatal, intensa y segura, a los azares de la existencia humana. Las inmensas sumas de dinero que hasta ahora habían dedicado las naciones a la defensa se canalizaron progresivamente hacia la investigación del problema del nacimiento. Una parte de este dinero se destinó a contratar los servicios de un afamado psiquiatra, el Dr. Herbert Herbinvove, hombre de inmensa placidez y ojos sagaces, que tenía un lunar peludo en la mejilla y unos

modales tan suaves que le daban cierto aire de sonámbulo. Se le contrató para ver qué podía averiguar a través de Gordana, y por este motivo venía a entrevistarla diariamente durante una hora.

En estas sesiones, Herbinvove persuadía a Gordana para que le contara cosas sobre su pasado y sobre la vida de ensoñación que llevaba su hijo. Tomaba copiosas notas, asentía discretamente, entornaba los ojos, y luego se marchaba sonriente cada mañana a las once y media.

Cuando ya llevaba así varias semanas, sin ningún resultado aparente, Gordana le preguntó:

—¿Aún no ha sacado ninguna conclusión, Herbert?

Herbinvove pestañeó levemente.

—Sí, por muy extraño que parezca. Mis deducciones se basan en la conclusión a que he llegado de que es usted mujer.

—¡No me diga!

—Pues sí le digo, mi querida señora. Es algo que la humanidad jamás ría tomado seriamente en consideración: me refiero a la feminidad de las mujeres. ¿Cómo empezó su feto a comunicarse con usted? Porque eso es lo que han hecho siempre los fetos con sus madres; ésa es la razón por la que, para la mayoría de las mujeres, los meses del embarazo representan un período de ensoñación. Este hecho se ha puesto más de manifiesto debido a la crisis que sufrimos, pero las mujeres han estado siempre en contacto con las realidades de la vida que el pequeño Randy le ha explicado a usted. El hombre está exento de todo esto, y tiene que fabricarse el mundo exterior, sin demasiada colaboración por parte de la mujer. Es, como se suele decir, el mundo del hombre. Durante estos últimos siglos, el mundo exterior ha ido paulatinamente dejando de parecerse a esa realidad que las mujeres conocen subconscientemente. Y al hacerse excesivamente radical el antagonismo entre las dos actitudes en conflicto, el feto se ha visto arrojado a un estado de conciencia vigil... con los resultados que ahora estamos presenciando.

Gordana se sintió repentinamente presa de un acceso de risa. ¡Era absurda esa sarta de estupideces que decía! Como si supiera él lo que significa ser mujer, para venir a decírselo a ella.

—¿Y lo que..., lo que —se dominó la risa—, lo que usted está diciendo se parece más a la realidad o al mundo exterior?

—¡Señora Hicks, su risa es propia de una persona trastornada. El hombre se ha adaptado al mundo, pero la mujer no. La mujer se ha quedado en el reducido mundo-realidad. Toma usted este asunto demasiado a la ligera. A menos que usted y todas las mujeres que se encuentran como usted no recobren el sentido y se libren de ese bulto, no va a haber realidad alguna a la que adaptarse, porque el género humano se extinguirá.

—¿Cómo se atreve a llamar bulto a mi hijo? Es una persona y existe para sí mismo y no para una cosa abstracta como el género humano. ¡Ése si es un concepto

fabricado por los hombres!

Herbinvove asintió tan lentamente que parecía mecerse en un sueño.

—Usted me confirma sobradamente mi diagnóstico.

Se quedaron los dos en silencio durante un momento, y luego Gordana preguntó:

—Herbert, ¿ha leído usted alguna vez la Biblia?

—¿La Biblia? Como tratado de cosmología, hace tiempo que está superado, y como manual de etiqueta está completamente pasado de moda. No, no la he leído. ¿Por qué me lo pregunta?

—Una amiga mía me ha contado que allí se dice «Creced y multiplicaos». Y yo me pregunto si fue una mujer quien lo escribió —y se echó a reír. La voz interior de su hijo le cortó la risa.

«Madre, ¿cómo son los hombres? ¿Por qué son distintos de las mujeres?».

Había olvidado, como solía ocurrirle a menudo, que sus conversaciones llegaban también a Randy Junior, tan pronto como se registraban en la mente de ella.

—Esa cuestión carece de importancia, mi vida. Anda, duerme —dijo ella.

—¿Qué le ha preguntado? —quiso saber Herbinvove, con aspecto más relajado que nunca.

—No importa —murmuró ella. Randy siguió repitiendo sus preguntas. Volvió a repetirlas cuando Herbinvove se hubo marchado, y las siguió repitiendo toda la tarde, como si no pudiera creer que hubiese cosas inexplicables para su omnipresente anfitriona. Solamente se calló al llegar Sonia de visita, avanzada ya la tarde.

Sonia traía el semblante desaliñado y lloroso. Se aferró a Gordana y la miró con ojos desorbitados.

—¿Está aquí tu marido?

—No. Está fuera, como de costumbre.

—Escucha, Gordana, ¡mi pobre pequeñín parece que está empezando a desvariar! Primero quería saber un montón de cosas a las que yo no le podía contestar, así que le pedí a John que le contestara él; luego Johnny se interesó por la obra que está escribiendo John; ya sabes cómo son los dos. Yo no podía satisfacerle en eso. Y esta mañana, ¿qué crees tú que ha hecho?, me ha ordenado que pusiera en marcha la fotograbadora, aprovechando que mi marido se había echado a dormir un rato; luego se apoderó de mi mente, así como te lo digo, ¡y me ha hecho grabar la cosa más absurda!

Alzó la mano mostrando una cinta a Gordana. Gordana fue a cogerla, pero ella la apartó.

—Si la oyes vas a creer que mi pequeñín está chiflado. Todo esto lo ha sacado él del cerebro de mi marido, pero lo ha revuelto de tal manera, que vas a creer que se ha vuelto loco. Bueno, la verdad es que yo también creo que lo está...

Y mientras ella prorrumpía en lamentaciones, Gordana le cogió la cinta y la colocó en la reproductora mural.

La voz de Sonia inundó la habitación; era, en efecto, la voz de Sonia, pero casi

irreconocible al pronunciar aquellas frases disparatadas:

—Aquí no podía, sembrar no podía, hablar no podía, era la magre de las tres magres, mescalina, femenina, deuteronomio, y por sus botas los conoceréis. Y vinieron agua, y las tinieblas cubrieron la faz de la tierra, de suerte que la tierra se ocultó y no pudo mirarse en el Yo, como ya profetizaron en tiempos de los profetas menores, sobre todo los nacidos de, los pañales del Falso Rey Hal, Hal Rey Falso, y naturalmente la Reina Bess Buena. Y aunque tuviese ella alma de mujer, tenía cuerpo de hombre, y se ocultaba en su retrete donde nadie podía verla. ¡Ay de la mujer que cometa deuteronomio!

El tratado anterior es más corto que los que tú te has puesto, ¡oh excelente Thuck!; no obstante, verdaderamente entre tú y yo y esta magamuerte, haremos que no desaparezca la estirpe real, ni la tierra de los ambisaurios que devoran a los políticos que viajan en trineo por el hielo, ni el sol de la mañana ni la luna de junio, y mientras se sequen los ríos, este pacto se mantendrá entre nosotros en el transcurso de las dinastías; tú, tú, y los tuyos y tus beneficiarios y todos cuantos sean herederos, es decir tu madre, tu suegra, hija, siervas, burra, vaca, hermana, aya, ahijada o cualquiera otra hembra deuterónoma, designada más abajo como los Editores, no podrán elaborar Licor en este local, ni permitirán que nada fermente ni se corrompa, salvo en el tercer domingo de Sexagésima, Boadecia o Cleopatra, hasta la tercera y cuarta degeneración, por los siglos de los siglos, amén.

Hubo un silencio prolongado en la habitación, hasta que Sonia dijo con tenue vocecita:

—¿Has visto? No tiene sentido de ninguna clase...

—A mí me parece que tiene mucho... —Gordana interrumpió la frase. El feto que llevaba dentro emitió un ruido como de risa, y dijo:

«*¡Ahora ya crearás en Santa Claustrofobia!*».

Gordana se apresuró a añadir:

—Lo siento, Sonia, pero ahora debes salir de aquí en seguida, antes de que se le contagie a Randy Junior la locura, también. Está empezando a decir las mismas tonterías.

Y sin más contemplaciones, empujó a su pequeña y abombada amiga, y la sacó de la habitación; luego se apoyó en la puerta jadeando.

—Te propones asustarnos, ¿no es verdad? —dijo en voz alta.

«*¿Sufres geotropismo negativo? ¿Recuerdas las pulgas trepando eternamente hacia arriba? Ya sabes lo que hacían*».

—¡Molestar a las golondrinas! Pero tú no serás una pulga, serás un hombre.

«*Las pulgas trepaban hacia arriba en busca de la luz. ¡Hágase la luz, hágase la luz!*».

Quejándose blandamente, Gordana se arrastró hasta el lecho, se dejó caer en él y comenzó mansamente a dar a luz.

Randy Hicks, Herbert Herbinvove, Maurice Tenberg, el Alcalde de la ciudad, el Director de la Maternidad, un ginecólogo y su ayudante, tres enfermeras y un limpiabotas curioso que pasaba casualmente por allí, se habían reunido alrededor de la cama de Gordana, y contemplaban admirados a la madre y al hijo, sumidos en un sueño profundo.

—Ella está bien —murmuró Herbinvove a Randy; aun de pie, el psiquiatra se hallaba más relajado que la mayoría de los hombres cuando están sentados—. Todo marcha como yo había previsto. No olvide que yo iba a ver a su amiga Sorda Greenslade todas las mañanas de once y media a doce y media, y he podido comprobar lo que sentían estos fetos. Les gustaba su mundo reducido, pero empezaba a no bastarles. ¿Recuerda que su hijo decía que para que nacieran los seres humanos debían morir los fetos?

Randy asintió en silencio.

—Ahora imagínese lo que sentiría un ser humano si su vida se dilatara hasta una duración de doscientos años; anhelaría la muerte y lo que nuestros supersticiosos antepasados llamaban la Luz del Más Allá. Eso mismo sentía el pequeño Randy. Hasta que le ha llegado el momento de superar las fuerzas concentradas contra él y decidirse a venir al mundo.

Randy se sacudió el embobamiento. Sintió deseos de arrodillarse y *abrazar* a su esposa dormida pero se sentía coartado por la presencia de las enfermeras, que se reirían de él.

—Un momento, doctor, ¿qué quiere decir con eso de que ha tenido que superar las fuerzas concentradas contra él? ¿Qué fuerzas? Fue idea suya no venir al mundo.

Sólo una vaca dormida en un prado de jugosa yerba podía haber hecho un gesto negativo de cabeza tan delicado como el que hizo Herbinvove.

—No, no, me temo que no. Las cosas no ocurrieron como quizá pudo parecerles a ustedes los profanos. Le diré lo que esta noche voy a comunicar al mundo por medio de la CB, y es que a los fetos no se les dio opción alguna en el asunto. El mundo estaba en crisis, atravesaba media docena de crisis... y de repente, las mujeres cayeron en una especie de neurosis masiva. Puede decirse, incluso, que la tensión mundial había paralizado a la mujeres como Gordana, que había detenido las contracciones uterinas, y por tanto no podían realizar su función. En el mundo de los insectos existen ejemplos —como algunas especies de moscas— de seres capaces de reprimir el embarazo hasta el momento apropiado. Así que, en rigor, este caso no carece en absoluto de precedentes. Eran las mujeres las que no querían dar a luz... no tuvo nada que ver con los niños.

—Pero usted ha oído lo que mi pequeño... lo que Randy hijo decía.

—Perdón, señor Hicks, yo no. Yo no le he oído una sola palabra. Y usted tampoco. Ni nadie. Sólo tenemos el testimonio de las renuentes madres de que sus hijos hablaban. Es una tontería. Eso de la telepatía es una estupidez, ¡bobadas! Esa

idea no era sino un producto de la neurosis masiva de las mujeres. Ahora que parece que el mundo vuelve a su cauce, las mujeres empiezan a dar a luz otra vez. ¡Y yo le garantizo que mañana no habrá un solo parto retrasado!

Randy sintió deseos de rascarse la cabeza, pero el torbellino de pensamientos se lo impedía.

—¡Uf! —exclamó.

—Exactamente. He hecho un diagnóstico completo. —La yerba del prado llegaba hasta los corvejones de la vaca—. De hecho, le diré algo más...

Pero Randy había oído ya demasiado. Rompiendo el magnetismo de la mirada y los dogmatismos de Herbinvore, apartó a las enfermeras y se echó al lado de Gordana. Ella se despertó lentamente y le rodeó con el brazo. El niño abrió sus ojos azules y contempló a su padre con una mirada despierta e inteligente.

Imperturbable, el psiquiatra prosiguió, para bien de los presentes:

—Le diré algo más. Cuando terminé de completar mi diagnóstico, sometí a la señora Greenslade a una ligera hipnosis con el fin de persuadirla para que escribiera la tontería que escribió. Esto fue suficiente para asustar a las mujeres y devolverlas el sentido común... Presiento que cuando se escriba la historia completa de este caso en tiempo venideros, se conocerá con el nombre de «Síndrome de Herbinvore»...

Desde la cama el niño clavó en él sus ojos inteligentes.

—¡Tonterías! —dijo.

La hipótesis de la Reina Victoria o La guerra contra los Victorianos, año 2000^[3]

La noticia llegó a Nueva York con el tiempo justo para salir en las ediciones de la tarde. Ningún editor la pudo publicar extensamente, pero ahí estaba, bien visible, en primera página:

GRAN NÚMERO DE MUERTOS EN LA CATÁSTROFE
DE PALACIO

y

LA REINA REGRESA A CASA

y

¿ATACAN LOS ENEMIGOS DE GRAN BRETAÑA?

Douglas Tredeager Utrecht compró un par de periódicos mientras pugnaba por abrirse paso hasta el Sanatorio de Alienación Avanzada de Lexington, donde en la actualidad desempeñaba la función de Consejero Jefe. Los periódicos no le informaban de todo lo que a él le habría gustado saber, como solía ocurrir generalmente con las noticias. Concretamente, no citaban a su amigo inglés Bob Hoggart.

Todo lo que decían era que, a primeras horas de la tarde, una tremenda explosión —obra, posiblemente, de alguna potencia extranjera— había destruido los jardines del real parque de Windsor, Berkshire, Inglaterra, destrozando al mismo tiempo gran parte del palacio de Windsor. Afortunadamente, la Reina no estaba residiendo allí. Cincuenta y siete personas, que seguramente habían fallecido, se daban por desaparecidas, y el número de muertes iba aumentando. Estaban movilizándolo al Ejército, y el Gabinete Británico se había reunido para discutir la situación.

Utrecht no tuvo tiempo para preocuparse de este asunto, aunque le afectaba sobremanera. Tan pronto como entró en el Sanatorio de Alienación Avanzada se vio abordado por el Dr. Froding.

—¡Ah, Utrecht, ya estás aquí! Hay novedades sobre Burton, tu caso de disociación aguda. ¡Ha atacado a la enfermera! Es algo inexplicable en un paciente tan tranquilo... Tendría explicación si lo considerásemos ánima-hostilidad, pero no concuerda en absoluto con su comportamiento anterior. ¿Quieres venir a verle?

Utrecht iba siempre de mala gana a ver a Burton. Le alarmaba descubrir la atracción que ejercía el mundo fantástico de su paciente psicópata sobre él. Pero Froding no era sólo un especialista del ánima; era, además, un hombre enérgico. Utrecht asintió y le siguió por el corredor, alzando su rostro de reno taciturno como si

olfateara la culpa y el peligro.

Burton estaba acurrucado en un rincón de su cuarto, en una actitud muy típica. Era un hombre pálido, delgado, con barba. Al parecer se hallaba en uno de esos días en que su atención estaba concentrada en el mundo real; sus ademanes eran elegantes y denotaban esa dejadez que tan frecuentemente caracteriza a los cortesanos, aunque en este caso, pensó Utrech, era más bien como si el hombre hiciera señas desde muy lejos y diera tenues voces de auxilio. ¿No nos ocurre eso a todos?, pensó.

—Nos sentimos muy complacidos en recibir a su majestad —dijo Burton, indicando la silla, fija en el suelo, para que se sentase en ella Utrech. —¿Cómo se encuentra hoy la Emperatriz?

—Actualmente se halla fuera —dijo Utrech. Hizo una seña a Froding, y éste asintió y desapareció.

—Ah, está ausente, ¿eh? Conque ausente. Otra vez de viaje, supongo. La Emperatriz es una mujer hermosa, majestad, pero debemos reconocer que todos sus viajes obedecen a una especie de necesidad obsesiva.

—Por supuesto, Herr Freud; pero, si nos es posible, quisiera más bien pasar a discutir su caso. En particular, quisiera saber por qué ha agredido a la enfermera.

Burton adoptó un aire de conspirador:

—Esta Viena nuestra, majestad, está hoy en día repleta de revolucionarios. Debéis estar enterado. Croatas, magiares, bohemios... Una infinidad. Esa enfermera quería llegar hasta vos por mediación mía. Está al servicio de unos asesinos servios.

Estaba convencido de que era Sigmund Freud, aunque con su baja estatura y su barbita color cobre parecía más bien el poeta Victoriano Algemon Charles Swinburne. Y estaba convencido, también, de que Utrech era el emperador Francisco José de Austria. Este estado de confusión mental se alternaba con períodos de una catatonia casi completa. Año tras año, las enfermedades mentales se hacían más complejas, descendiendo en espiral hasta una inconsciencia uterina total, a medida que la población, cada vez más densa, irradiaba altas dosis de interferencias psíquicas por doquier.

Aunque el caso de Burton era sólo uno entre mil, su repulsión-fascinación era única para Utrech y se hallaba en conexión directa, si bien a un nivel sub-racional, con la misión para la que había enviado a Bob Hoggart a Londres, Inglaterra. Había pasado muchas noches junto a Burton, siguiéndole la corriente, escuchando anécdotas de la vida vienesa en el siglo XIX.

El resultado fue que Utrech acabó conociendo perfectamente Viena. Sin el menor esfuerzo, era capaz de oír el traqueteo de las carrozas por las calles, podía visitar la ópera o los pequeños cafés, era capaz de percibir las tendencias encontradas que circulaban por la capital de los Habsburgo procedentes de todos los rincones de Europa. Y, de manera particular, era capaz de entrar en las casas, en los hogares. Había una casa que le entusiasmaba, en la que había visto a una hermosa joven con un abanico de plumas de pavo real; las paredes eran lisas y de color claro, y las

habitaciones despejadas, vestidas con un mobiliario de barniz oscuro. Pero conocía también las recargadas casas de los amigos de Freud; se había abierto paso hasta sofás mullidos, desbaratando ocasionalmente un tapete turco de alguna mesa, rozando al pasar macetas con palmas y helecho. Se había sentado a hojear oscuros volúmenes, demasiado pesados para sostenerlos en las manos, en los que venían grabados, en acero, de escenas típicas de los Alpes bávaros o paisajes del Egipto de Khedive. Había visto a Johannes Brahms en una recepción, escuchó recitales del Abbé Liszt y vales de Johann Strauss. Conoció —creyó conocer— a Isabel de Austria, la hermosa y desdichada esposa de Francisco José, y más de una vez llegó a identificarla él mismo con su propia y desdichada esposa Karen. Se sentía completamente a gusto en ese lejano mundo Victoriano... muchísimo más a gusto de lo que debería estarlo un alienista internacionalmente famoso del año 2000.

Esta tarde, mientras Burton hablaba de traiciones y conspiraciones en la corte, la atención de Francisco José comenzó a divagar. Una alucinación mucho mayor que ésta aguardaba su diagnóstico. Sabía que él, sus colegas, su postrada esposa, el mundo bullicioso, se hallaban ante un desastre inminente. Pero seguía dispensando automáticamente palabras tranquilizadoras mientras desempeñaba el papel de Emperador.

Al dejar finalmente a Burton, se cruzó en el pasillo con Froding.

—¿Le encuentras alterado?

—No logro entender a ese buen hombre —dijo Utrecht. Luego volvió en sí. No era el Emperador, así que no debía hablar como tal—. Esto... ahora está tranquilo, probablemente a punto de entrar en una fase de retraimiento. Su pulso es normal. Cuida que se le vigile por el Alerta «A» esta noche.

Se separó de Froding con cierta sequedad y se metió apresuradamente en su despacho. Quedaban cuatro minutos para el próximo boletín de noticias. Encendió el aparato 3V que tenía en la mesa, abrió su computadora de muñeca y le dio los datos que traía el periódico sobre el palacio de Windsor. Después añadió a la pequeña computadora: «Más detalles cuando se dé la emisión de noticias. Entretanto, Burton. Ha atacado a su enfermera, Phyllis. En su personalidad de Freud, pretende que es una revolucionaria. La revolución es, al parecer, su pensamiento constante estos días. Asimismo, pretende que hay una conspiración antisemita contra él en la Universidad. Complejo multi-psicótico de persecución. Síntomas de deterioro progresivo de su condición mental».

Tras desconectar un momento, Utrecht se tragó una píldora sedante. Las facultades mentales de la gente se deterioraban a medida que se deterioraba el entorno. A Burton le habían escamoteado la presidencia de una absurda sociedad que él mismo había fundado, y eso bastó para hacerle perder la razón. Utrecht dejó de pensar en él.

Haciendo caso omiso de los anuncios que aparecían en la pantalla del 3V, ojeó los rutinarios informes del sanatorio para aquel día apilados sobre la mesa. Bajo las nuevas escalas Dimpsey de Presión Cerebral, las cifras de todos los internos eran

superiores a las del día anterior al menos en un 0,5. Habían ido subiendo de manera desalentadora desde hacía un par de años; pero hasta ahora, éste había sido el salto más grande. Una vez más se había preparado el Nivel de Normalidad Mundial. Sin embargo, tendría que elevarse de nuevo, con carácter oficial, antes que cundiera la alarma. Según la media normal para principios de los años noventa, el mundo estafa chiflado, y según la de los setenta, era un inmenso manicomio. Había individuos con cargos importantes en la Banca, el ejército y aun en las empresas principales cuyo desequilibrio en una o varias (generalmente en varias) de las tres mil doscientas seis formas señaladas por el método Dimpsey, era un hecho reconocido.

La sociedad trataba por todos los medios de avenirse a su propia locura: había más de un tipo de paranoia que se consideraba una cualidad indispensable para prosperar en muchas organizaciones empresariales.

La untuosa voz que salía de la pantalla de 3V preguntó:

—¿Ha tenido alguna vez la impresión de que este atareado mundo resulta excesivo para usted? ¿No le han dado ganas de gritar en medio de la multitud? ¿Le han entrado deseos de asesinar a todos los vecinos de su apartamento? Inyéctese una Draculina, y de repente, ¡está solo!... Inyéctese una Draculina... Recuerde, cuando asfixiado por el exceso de gente, inyéctese una Draculina... y de repente, ¡se sentirá completamente solo! —la catatonía inducida mediante drogas valía su peso en oro, en estos tiempos.

Luchando bajo el peso de todas sus responsabilidades, ya fueran reconocidas o secretas, Utrech admitió el poder de fascinación de esa untuosa voz de sirena. Estaba abrumado por la cantidad de papeles que se veía obligado a desempeñar. Parte de la morbosa atracción que sentía por el caso Burton residía en el hecho de que le agradaba el papel de Francisco José, casado con la hermosa Isabel. ¡Era la parte más sosegada de su existencia!

Calló la voz untuosa y aparecieron las noticias en la pantalla. Utrech pulsó su computadora de muñeca para registrarlas. Se vio confrontado desde la 3V con una imagen del Palacio de Windsor tal como era antes de la explosión. Contempló fijamente, sin parpadeo, las imágenes siguientes del desastre. Nada quedó de la residencia de los anacrónicos soberanos británicos, aparte de la torre redonda. La demolición fue de lo más asombrosa y completa. No quedaron ni cascotes ni polvo. Allí donde se había alzado el edificio y parte del pueblo no se veía más que un terreno completamente allanado.

El comentarista dijo:

—El histórico palacio se encontraba en la periferia de la que ahora se ha convertido en una extensa zona de destrucción. Jamás se habían aniquilado de un solo golpe tantos vestigios del inapreciable patrimonio cultural británico. El histórico Colegio de Eton, que durante siglos fue semillero de futuros aristócratas, ha sido destruido casi en su totalidad. La capilla de la Reina Victoria, famoso personaje histórico del siglo diecinueve, que se hallaba situada en Frogmore, al sudoeste del

palacio y a una milla de distancia, ha sido completamente barrida.

¡Bob Hoggart! ¡Te he enviado a la muerte!, se dijo Utrecht. Apagó, porque no tenía ganas de oír la inútil discusión sobre cuál podía ser la nación enemiga que había destruido el Palacio: *él* sabía qué era lo que había provocado la terrible destrucción.

—Hoggart —le dijo a la computadora de muñeca—. Tienes datos sobre sus probables movimientos en el momento de la destrucción de Windsor. ¿Qué información puedes aportar?

El aparatito dijo:

—A Hoggart se le envió para trabajar en el Mausoleo Real, y como pantalla de su principal actividad, para inspeccionar el cementerio de las proximidades del mausoleo, en el que están enterrados personajes secundarios de la realeza. Puede que Hoggart estuviera en el Mausoleo Real en el momento de la destrucción. Predicción de probabilidades de muerte basada en datos parciales: cincuenta y seis punto cero nueve por ciento.

Ocultando el rostro entre sus manos, Utrecht exclamó:

—Así que Bob ha muerto... por mi culpa... mi maldita culpa... Soy un asesino... ¡peor que un asesino! Hoggart no era más que un modesto restaurador de capillas, aunque un hombre bien valiente. Y yo le he manejado subconscientemente, le he encargado una misión en la que indefectiblemente encontraría la muerte. ¿Por qué? ¿Por qué? ¿Por qué odio en realidad a un hombre por el que creí sentir afecto? ¿Se deberá a alguna tendencia homosexual inconsciente que debía suprimir? —se levantó. —¡Reacciona, Douglas! Te estás hundiendo en una depresión algolángnica, acentuada por ese síndrome recurrente de culpabilidad que tienes. Hoggart era un valiente, sí; y le ordenaste que fuera a Windsor; pero tú a tu vez obedecías órdenes del IEDF. Nadie tiene la culpa. Éstos son tiempos desesperados. Hoggart murió por el mundo como probablemente nos ocurrirá a todos. Además, quizá no haya muerto después de todo. Debo informar al IEDF. Inmediatamente.

Al menos una cosa estaba clara, al menos una cosa resaltaba en tonos aterradores e inequívocos: el universo se encontraba más cerca del desastre que nunca.

La temible Reina Victoria había atacado y puede que lo intentara otra vez.

En el año 2000, los Estados Unidos se hallaban acribillados de minúsculas sociedades semisecretas. Cada uno de sus cuatrocientos millones de habitantes pertenecía, cuando menos, a una de ellas. Había sociedades enormes, como la Liga Antiprocreación; pequeñas, como la de los Hijos de la Encarnación de Alfred Bester; raras, como la del Pueblo Ypslanti Devorador-de-Pezuñas-Equinas; religiosas, como la Iglesia de la Dignidad Humana y la Multandad Vociferante; siniestras, como la de la Sonrisa Imposible; semi-científicas, como la de los Creyentes de Freud En Su Locura, fundada por el perturbado Burton; redentoras del mundo, como la de Cúmplase ¡Oh! la Unidad Fraterna.

En la última categoría estaba el Instituto de Estudios Decimonónicos de

Filadelfia. Tras la fachada imperturbable y señorial del IEDF trabajaba un consejo secreto, un consejo formado tan sólo por una docena de hombres seleccionados entre las más altas e influyentes esferas de la sociedad cosmopolita. Y Douglas Tredeager Utrect era el miembro más humilde de este consejo, pero tenía el mismo objetivo que ellos: desenmascarar y, de ser posible, aniquilar a la verdadera Reina Victoria.

Los miembros del consejo tenían su propio medio de comunicación. Utrect abandonó el Sanatorio de Alienación Avanzada y se dirigió a la cabina telefónica más próxima, sumergiéndose en el gentío de la calle avanzando a empujones y a ciegas. Llevaba refuerzos en los codos, pero aun así, el tránsito por las aceras se le hacía insoportable. El número de personas sin trabajo en la ciudad de Nueva York era tan grande, y el espacio de sus superpoblados apartamentos y habitaciones tan reducido, que a la mitad de cada familia se le hacía la vida más tolerable deambulando por las calles.

Para mayor contrariedad, Utrect se encontró la cabina ocupada por un matrimonio; la mujer sostenía en brazos a un niño de dieciocho meses, al cual le estaba dando el pecho. Perteneían a la Compañía Telefónica y tenían justificante de residencia legal. No obstante, dado que era una hora en la que Utrect tenía derecho a hacer una llamada, se vieron obligados a permanecer fuera mientras él utilizaba el aparato.

Marcó tres números equivocados antes de oír la voz de Disraeli al otro lado de la línea. El video permaneció a oscuras. En cualquier caso, estaba tapado con un pañal sucio. Disraeli era un nombre cifrado del IEDF. Utrect no sabía cuál era su verdadero nombre. A veces sospechaba que se trataba del Presidente de los Estados Unidos.

—Aquí Florence Nightingale —dijo identificándose, y no añadió una palabra más. Lo tenía ya todo impreso en su computadora de muñeca, la cual emitió un chillido que duró cero coma seis segundos.

Hubo un momento de silencio. Del extremo de Disraeli vino otro chillido. Utrect colgó y se marchó inmediatamente, dejando que la familia tomara nuevamente posesión de la cabina.

Con el fin de llegar rápidamente a su casa, llamó a un *rickshaw*. Hacía diez años que se había prohibido la circulación de automóviles por el centro de la ciudad, los *rickshaw* proporcionaban trabajo a mayor número de gentes. Claro que era obligatorio ser protestante y caucásico para conseguir la codiciada licencia de conductor de *rickshaw*.

Tenía la suerte de disfrutar de un lujoso piso. El y su esposa Karen poseían un apartamento de tres habitaciones en el piso veinticinco del Edificio Hiram Bucklefeather suficientemente alto como para evitar en lo posible los olores y ruidos de las calles. Además, el ascensor solía funcionar. Lo único que había fallado era la calefacción central, pero esto no habría representado ningún inconveniente durante los suaves días de otoño, de no haber tenido a Karen postrada con cianosis.

Utrect la encontró sentada leyendo, arrebujada en un viejo abrigo de pieles.

—¡Cariño, cuánto te quiero! —exclamó ella débilmente alzando los ojos, pero marcando la página con un dedo azulenco— Cuánto te he echado de menos.

—Y yo a ti —dijo él Fue a lavarse las manos al lavabo, pero habían cortado el agua.

—¿Has tenido mucho trabajo, mi vida? —Al menos, fingía interesarse.

—Desde luego. —Karen se había sumido otra vez en su lectura... Utrech pudo ver el título porque ella, tan resueltamente intelectual como el día en que se casaron, sostenía el libro de forma que él pudiera verlo: *Vectores simbólicos en los estímulos de neurastenia emocional*. Utrech hizo ademán de besar el lacio cabello de su cráneo.

—¿Es bueno el libro?

—¡Mmm! Interesantísimo —la invalidez había minado su capacidad para discernir entre lo verdadero y lo falso. Tal vez lo único real en nosotros son nuestras ficciones, pensó Utrech. Acarició el hombro de Karen; ella sonrió sin alzar los ojos.

Cathie estaba en la cocina-dormitorio preparando indolentemente un trozo de carne de lo más anémica para cenar. Cathie era tan insustancial como Karen, pero poseía una tenacidad, un alma masculina, acentuada por el color atezado de su piel y por un ligero bozo. A veces manifestaba cierto sentido del humor. Utrech le acarició el trasero; era la rutina.

Ella sonrió:

—La carne, estos días, huele que apesta a estilbestrol.

—Yo creía que el estilbestrol no tenía ningún olor.

—A lo mejor es el estilbestrol el que huele a carne.

No le había ido mal, pensó al encerrarse en el baño. No les había ido mal. Con sus dos hijos, Caspar y Nero, formaban una familia de cinco miembros, el número mínimo, en relación a la superficie, que exigían las normas de inquilinato. Karen y Cathie habían mantenido relaciones lesbianas desde sus tiempos de estudiantes, por lo que era completamente natural que luego se hubiera venido Cathie a vivir con ellos. Para hacerle justicia, hay que decir que se integró totalmente. Supuso una gran ventaja para todos. Además, dejaba que Utrech le explorara su cuerpecillo prieto, de cuando en cuando.

Utrech desechó estos entrañables pensamientos y centró toda su atención en la computadora de muñeca, que, tras ralentizar el grito emitido por Disraeli, retransmitió un mensaje comprensible:

«Carece de importancia saber si Hoggart logró cumplir su misión en el mausoleo de Windsor o no. Su repentina destrucción es la prueba más concluyente de que él y nosotros, con nuestra hipótesis de la Reina Victoria, seguíamos una pista acertada.

Ahora actuamos en condiciones de Absoluta Emergencia. Mensajeros secretos de IEDF están informando ya al Pentágono de Washington y a nuestros aliados del Kremlin. Ahora que la entidad llamada Reina Victoria se ha dado a conocer de semejante forma, no dudará en falsear el orden natural otra vez. El hecho de que no haya atacado hasta ahora parece indicar que no es omnisciente, por lo que aún nos

queda una posibilidad. Pero evidentemente, el IEDF está perdido si ella ha descubierto nuestro secreto. Debe usted estar preparado para entrar en acción, en cuanto den la orden Washington y Moscú. Permanezca en casa y espere órdenes. Corto».

Cuando desconectó, Utrech estaba temblando. Volvió a conectar, programando su computador para que emitiese un nuevo episodio de la interminable historia pornográfica que llevaba escuchando durante años, era un gran estabilizador, pero en ese momento sonó un golpe en la puerta del cuarto de baño, y se vio obligado a cortar.

Estaba solo. El estado que proporciona la Draculina, pensó con amargo humor. Solo y acosado. Miró el agrietado techo con aprensión. Esa terrible entidad que llamaban Reina Victoria podía descargar sus ataques aquí, en cualquier momento.

Sus hijos regresaron del trabajo; primero Caspar, flaco, pajizo, descolorido salvo en las mejillas corroídas por el acné. Incluso sus dientes parecían grises. Era un muchacho reservado y nervioso. Después entró Nero, dos años más joven, igual de pálido que su hermano, con las espinillas y los granos de adolescente emergiendo como fúnebres montículos en el paisaje de su cara. Era tan hablador como su hermano era callado. Utrech, taciturno, les ignoró. Tenía que pensar. Finalmente se metió en la ducha y se sentó en los fríos azulejos. Quizás allí no le vería la Reina Victoria. La tarde se le alargaba interminablemente. Estaba esperando algo y no sabía qué; se le ocurrió que quizás esperaba el fin del mundo.

La condenada vida del edificio palpitaba a su alrededor. Utrech se preguntaba por qué casi todos los inquilinos del Edificio Hiram Bucklefeather tenían una voz tan desagradable. Podía oírles gritar, renegar y sufrir a través de los tabiques. Cathie y Karen jugaban a las cartas. Al menos el apartamento de Utrech conservaba cierta tranquilidad.

Los hijos de Utrech, con sus cabezas juntas, estaban entregados a su nuevo pasatiempo. Se habían apuntado a la Sociedad para el Deletrio de Shakespeare. Sus suscripciones les daban derecho a un equipo. Habían montado un complicado educador de ratas. En este educador vivían dos ratas que habían atrapado en el pasillo. Les habían implantado electrodos en los centros de placer del cerebro. Les desesperaba el deseo de placer, y ellas mismas se conectaban la corriente; las felices criaturas se aplicaban ellas mismas hasta siete descargas por segundo, y sus garras sonrosadas manipulaban los conmutadores con delirante placer.

Pero sólo les llegaba la corriente si componían correctamente la palabra SHAKESPEARE. Las ratas tenían que elegir cada una de las once letras entre seis grabadas sobre las caras de un prisma hexagonal. Las letras elegidas se proyectaban en una pequeña pantalla que había en el exterior del educador. Las ratas sabían hacerlo, pero en su ansiedad por recibir las descargas a veces componían mal la palabra, sobre todo la terminación. Caspar y Nero se reían mucho cuando aparecían errores en la pantalla.

THAMEZPEGPE
SHAKESPUNKY
SRAKISDOARI

Los Utrech se comieron sus respectivos filetes de *estilbestrol*. Como había agua, Karen fregó, pero sin quitarse el abrigo. Utrech había pensado dar una vuelta cuando disminuyera un poco la muchedumbre de peatones, pese a las órdenes del IEDF, pero ya era demasiado tarde. Los atracadores andaban por ahí, poblando la noche de peligros incluso para ellos mismos. Cada ocho días, según decían las estadísticas, la ciudad de Nueva York necesitaba un nuevo hospital, nada más que para dar acogida a las víctimas de los asaltos nocturnos.

MHAKERPEGRE
SHAKESPEAVL

Utrech tenía ganas de gritar. Las ratas le despertaban su latente claustrofobia. Sin embargo, le distraían la mente a pesar suyo; dejaba de pensar al mirar las palabras incoherentes que iban apareciendo en la pantalla. Como en otras ocasiones volvió a preguntarse: ¿y si no es el hombre el que manda sobre las condenadas ratas? ¿Y si fueran las ratas las que mandan sobre los hombres? Se calculaba que en la Sociedad Para el Deletereo de Shakespeare había ya de tres a cuatro millones de Socios. ¿Y si las ratas estaban trabajando secretamente para volver locos a los hombres, emitiendo esos mensajes incoherentes que ellos se veían obligados a captar y tratar de encontrarles algún significado? Y cuando los hombres enloquecieran, las ratas pasarían a dominarlo todo. Lo estaban dominando ya, gracias a su propia explosión demográfica, transmisora de enfermedades y a la vez resistente a ellas. Por el momento, las ratas tenían menos ilusiones que los chicos. Caspar y Nero poseían un educador de ratas; por tanto, creían que estaban amaestrando ratas.

SIMKYSPMNVE
SHAKESPEARE

El nombre del Bardo se quedó iluminado en la pantalla al recibir los roedores su descarga-recompensa; se entregaron a un arrebató de placer, chillando de gusto, rodando de espaldas y mostrando sus muslos diminutos y blancos cuando la corriente les llegaba plenamente. Utrech no quiso desviar sus pensamientos cuando Cathie y los chicos se acercaron a mirar. Aun cuando estas ratas estuvieran bajo vigilancia del hombre, éste no intervenía una vez iniciado el experimento. Debía parecerles que el alimento que aparecía en sus comederos surgía por ley natural, del mismo modo que brotaba de la tierra por una ley natural para el hombre. ¿Y si la relación del hombre

con la Reina Victoria era semejante a la de las ratas con el hombre? ¿Podrían los hombres planear algún método para llevarla a la locura y hacerla perder el control de su experimento?

CLUKYZPEGPY

El placer era breve y el dolor prolongado, en este valle de lágrimas del roedor. Ahora, las criaturas tenían que hacer borrón y cuenta nueva. Siempre se les olvidaba, tras un acceso de placer.

DRALBUCEEVE

Toda la familia dormía en la misma habitación desde que Utrech había sorprendido a los chicos haciendo cosas indebidas. Sus dos hamacas colgaban ahora encima de la cama donde dormían las mujeres. Utrech tenía su litera plegable junto a la puerta, pegada al fogón. Normalmente, como no dormía bien, se metía en el cuarto de estar. Esta noche comprendió que no podría pegar ojo.

Soñó que estaba en el Sanatorio de Alienación Avanzada. Iba a ver a Burton, apartando las palmas de los tiestos para llegar hasta el paciente. Sentado al lado de Burton había un hombre de edad; Burton se lo presentó como su superior, el profesor Krafft-Ebbing de la Universidad de Viena.

—Encantado —murmuró Utrech.

—Clukyzpegpy —dijo el profesor—. Y dralbuceeve.

¡Decirle semejante cosa a un Emperador!

Utrech soltó un gruñido y despertó. ¡Qué sueño tan raro! A lo peor se estaba volviendo loco; sabía que su presión Dimpsey empezaba a rebasar la curva de normalidad. De súbito se le ocurrió que toda esa teoría de una entidad hostil de otra dimensión denominada Reina Victoria podía ser una fantasía general en la que confabulaban los demás miembros del IEDEF. Una orgía de temor-materno. Una orgía múltiple de temor-materno, producida por los aspectos de culpabilidad materna que conllevaba el exceso de población. Siguió echado, tratando de separar la fantasía de la realidad, aunque convencido de que ningún hombre lo había conseguido hasta la fecha. Bueno, puede que Jesús sí; pero si la hipótesis de la Reina Victoria era correcta, entonces Jesús no había existido. Todo era confuso. Una cosa estaba clara: la inevitable cadena de acontecimientos. Si la hipótesis era correcta, a nadie se le pudo haber ocurrido a principios de siglo, cuando la curva de normalidad era más baja. La superpoblación había provocado una neurosis universal; sólo bajo tales condiciones podían los hombres manipular con algún resultado tan insostenible teoría.

La respiración irregular de su esposa le llegaba unas veces pesada y ruidosa, y

otras desfallecida y apagada. Pobre mujer, pensó; nunca se había sentido completamente bien; sin embargo, no se encontraba del todo mal. Del mismo modo, si bien nunca la había querido de todo corazón, tampoco había dejado de quererla del todo.

Aunque se sentía cansado, las alarmantes variaciones de su respiración no le dejaban coger el sueño. Se levantó, se envolvió en una manta y se refugió en la habitación contigua. Las ratas seguían trabajando. Se detuvo a mirarlas.

SLALEUPEAKE
SLAKEBUDDVS

A veces intentaba explicarse cómo funcionaban sus pequeños cerebros enfermos. La Sociedad para el Deletreo de Shakespeare publicaba una revista mensual repleta de columnas con los diversos errores en la composición del nombre del Bardo, enviados por los lectores; Utrech les echó una ojeada buscando en ellos posibles mensajes secretos dirigidos a él. A veces, los roedores del educador actuaban aparentemente relajados, como si comprendieran que la deseada palabra aparecería al cabo de un tiempo determinado. Otras, componían una sarta de estupideces, como si no quisieran esforzarse, o como si trataran de curarse del hábito del placer.

DOAKERUGAPE
FISMERAMNIS

Eso es, así, pobres desdichadas, pensó. El éxito de la Sociedad para el Deletreo de Shakespeare había dado lugar a numerosas imitaciones: La Deletreadora Americana, La Carrera del Tesoro de Ratas, la del Deletreo de Orientación Anal, e incluso la Sociedad Deletreadora de Desinstitucionaliarismo. Las ratas operaban en todas las partes, tratando infructuosamente de comunicarse con el hombre. Los educadores de lujo tenían chimpancés en vez de ratas.

SHAPESCUNRI
SISEYSPEGRE

Utrech se preguntó, cansado, si a Disraeli se le ocurriría enviarle señales a través de la diminuta pantalla.

DISPRUPEARS

Las exóticas palabras siguieron parpadeando por encima de su cabeza. Se durmió,

con el cráneo apoyado sobre sus brazos cruzados, y los brazos descansando sobre la mesa.

Burton era Freud otra vez, no ya el presidente destituido de la Sociedad de Creyentes de Freud En Su Locura, sino el arrogante archidiagnosticador de flaquezas secretas. Utrech estaba sentado con él, fumando y vestido de smoking, en un sofá de tapicería escarlata. No sabía si era o no Francisco José. Había cortinas de terciopelo por todas partes, y un ambiente dulzarrón y cerrado de burdel de alta categoría. Un trío interpretaba una música meliflua; una mujer de busto inmenso hizo su aparición y se puso a cantar un poema de Grillparzer. Era Viena otra vez, en los ficticios tiempos del siglo XX.

Burton/Freud dijo:

—¿Está usted enfermo, Dr. Utrech? No me explico qué hace usted en esta iglesia.

—No es una iglesia —se levantó para comprobar su afirmación, y comenzó a escudriñar por detrás de las gruesas cortinas. Detrás de cada una de ellas había parejas desnudas copulando, aunque el acto resultaba extrañamente confuso, y no como Utrech se lo representaba. Cada acto le hacía decrecer; fue haciéndose cada vez más pequeño.

—Usted se va reduciendo de tamaño porque cree que son sus padres —dijo Burton/Freud con altivez.

—Tonterías —dijo Utrech en voz alta, cuando ya medía sólo un pie—. Eso únicamente podría ser así en caso de que su teoría del psicoanálisis fuera cierta.

—Si no lo es, ¿por qué ama usted en secreto a Isabel de Austria?

—Ella ha muerto, fue apuñalada por un asesino demente en Ginebra. No me irá a decir ahora que yo deseaba apuñalar a mi madre ni ninguna tontería de ese estilo.

—Lo ha dicho usted... ¡no yo!

—Sus teorías no sirven más que para confundir las cosas.

Se inició una discusión. Ahora su altura no rebasaba la puntera del zapato de Freud. Quería ocultarse tras uno de los pilares para comprobar si no estaría cambiando también de sexo.

—Eso del subconsciente no existe —afirmó.

Freud le miró ahora a través de sus lentes de pinza de rosados reflejos, exactamente como las que solía llevar el padre de Utrech. Efectivamente, sin la menor sorpresa por su parte, pudo comprobar que Freud, sentado a horcajadas sobre una cerda gigantesca y sonriente, *era* su padre. Lejos de sentirse confundido, insistió con más fuerza aún en su argumento.

—No tenemos ningún subconsciente. Nuestro subconsciente es el siglo XIX, y usted nuestro guardián ante sus puertas. El siglo XIX finalizó en 1901 con la muerte de la Reina Victoria. Y por supuesto, no existió, como tampoco han existido esas épocas pasadas en las que nos han hecho creer. Son recuerdos injertados, que se apoyan en testimonios falsos. El mundo fue inventado por la Reina en 1901... que es como nos hizo denominar ese período de tiempo.

Dado que había conseguido decir la verdad en su sueño, empezó a aumentar de tamaño otra vez. Pero la peluda criatura que tenía ante sí dijo:

—Si el siglo XIX es vuestro subconsciente, ¿qué es lo que actúa de subconsciente en los Victorianos?

Utrecht miró a su alrededor, entre las palmas de los tiestos, y susurró:

—Igual que nosotros hemos tenido que inventar la ciencia mental, ustedes han tenido que inventar el pasado prehistórico: ¡ése es su subconsciente, con sus enormes monstruos arrolladores!

Y Burton asintió y dijo:

—Tiene mucha razón, desde luego. Todo eso no es más que una sarta de mentiras.

Pero Utrecht se había dado cuenta de que las palmas de los tiestos brotaban de las espesas alfombras, y que detrás de las cortinas acechaban enormes seres indescriptibles. Las colgaduras de terciopelo se abultaban ominosamente. Un gran stegosaurus, más voluminoso de lo que él habría podido imaginar, surgió bamboleándose pesadamente de detrás del sofá. Utrecht echó a correr para ponerse a salvo, oyendo tras de sí su áspera respiración. Luego, todo se desvaneció, quedando solo el ruido de la respiración, con aquel síntoma doloroso de la anemia: eran las irregulares exhalaciones de su esposa, en la habitación vecina. Utrecht se recostó en su silla, tranquilo, después de la reveladora pesadilla, pensando que ellos (la Reina Victoria) no habían actuado con la suficiente sagacidad. Las teorías mentales del año 2000 se originaron al tratar de dar sentido a las absurdas contradicciones del cerebro humano. De hecho, sólo la hipótesis de la Reina Victoria explicaba las contradicciones. Eran las cicatrices que quedaron al ponerse en marcha la estructura enteramente artificial del mundo en ese momento que forzosamente se designó como 1901. El género humano no era lo que parecía; era una nidada de ratas que manejaba fingidos recuerdos en un gigantesco educador experimental.

SHAKESPEGRL

SHAKERPEAVE

Y—como las ratas, presentía también que se hallaba cerca de la verdadera solución. ¡Sí! ¡Sí, por Dios! Se puso en pie, casi con remordimientos, sonriendo, asiendo la manta contra su pecho. Evidentemente, la teoría analítica podía, siguiendo las claves de la mente cicatrizada, llegar a descubrir la solución correcta, una vez descubierta la barrera de 1901. ¡Y él la veía! ¡Y había comprendido! Eran todos cavernícolas, hombres de la edad de piedra, seres primitivos que trataban de aprender —¿el qué?— por deseos de la terrible mujer que dirigía este experimento particular. ¿Acaso toda teoría mental no pone el énfasis en el lado primitivo de la mente? Bueno, ¡pues ellos *eran* primitivos! Tan primitivos y desplazados como un stegosaurus en un salón-fumador.

SHAKESPERLA

Shakesperlas antes que el cerdo, pensó. Debía contarle sus descubrimientos al IEDF antes de que *Ella* le eliminara del experimento. Ahora que él *había comprendido*, la Reina trataría de matarle, como había hecho con Hoggart.

Ahí estaba otra vez... Se dirigió a la puerta del piso. Había percibido un leve ruido. Había alguien afuera en el pasillo, escuchando, aguardando. La mente de Utrect se representó infinidad de cosas horribles. Tal vez estaba el stegosaurus apostado a la espera.

—¿Douglas? —los dinosaurios no hablan.

—¿Quién es? —se susurraban el uno al otro a través de la rendija:

—Soy yo, Bob, ¡Bob Hoggart!

Temblando, Utrect abrió la puerta. Echó una mirada fugaz al mal iluminado corredor en cuyos rincones dormitaban gentes sin hogar, y luego dejó pasar a Hoggart. Tenía un aspecto cansado y sucio. Entró tambaleándose hasta la mesa y se sentó; tenía los hombros hundidos. El hábil restaurador parecía un fugitivo de la justicia.

SHAMIND

Utrect les quitó la corriente a las ratas.

—¡No debías haber venido aquí! —dijo—. Ella destruirá ahora este edificio... ¡y puede que toda Nueva York!

Hoggart percibió la hostilidad y el miedo reflejados en el semblante de Utrect.

—¡Tenía que venir, Florence Nightingale! Cogí un reactor que venía de Londres. Tenía que traer la noticia personalmente.

—Creíamos que habías muerto. El IEDF cree que estás muerto.

—Poco ha faltado. Lo que he visto... ¡Dame algo de beber, en nombre de Dios! ¿Qué es ese ruido?

—¡Tranquilo! Es la respiración de mi mujer. No la despiertes. Padece una deficiencia de hemoglobina, además de otras afecciones que no ha sido posible diagnosticar todavía. Una de esas enfermedades nuevas que no hay manera de definir con claridad.

—No te he pedido un historial. ¿Y la bebida? —Hoggart había perdido su flema inglesa. Parecía cabalmente un hombre marcado por la muerte.

—¿Qué has visto?

—¡Qué importa eso ahora! Dame de beber.

Mientras bebía el alcohol-con-agua que Utrect le había servido, dijo:

—¿Te has enterado de que ha hecho saltar por los aires el mausoleo y medio palacio de Windsor? Se ha dejado llevar por el pánico... lo que prueba que es

humana; en sus emociones al menos. Su intención era liquidarme a mí, naturalmente.

—Y la tumba, ¿qué encontraste?

—Por suerte, uno de los guardianes me conocía casualmente de una vez que estuve restaurando un edificio en el que trabajaba él. Así que me dejó en paz. Conseguí abrir la tumba de la Reina Victoria, como habíamos planeado.

—¡Bien! ¿Y qué?

—¡Lo que habíamos pensado!

—¿Vacía?

—¡Vacía! Nada. Así que ya tenemos la prueba de que la Reina, tal como la historia (nuestra fingida historia) nos la muestra, no existe.

—Otra de sus tretas, ¿eh? Como el Hombre de Piltown, el efecto Doppler y esa otra sarta de tonterías que llamamos Relatividad. ¡Todo fraudes evidentes! Es lista, pero no tanto. Bueno, Bob, quiero que te vayas ahora. Tengo miedo de que este piso salte por los aires en cualquier momento como Windsor. Debo pensar en mi mujer.

—De acuerdo. Ya sabes adonde debemos ir, ¿verdad? —se puso en pie y estiró los hombros.

—Llamaré a Disraeli y esperaré instrucciones. Otra cosa, ¿cómo has escapado de la explosión de Windsor?

—Realmente no lo sé. Tal vez por alguna diferencia de escala de tiempo entre su mundo y el nuestro. En cuanto vi la tumba vacía, eché a correr, me metí en mi coche y salí disparado. La explosión ocurrió casi exactamente una hora después de abrir yo la tumba. En ese momento yo ya estaba muy lejos del área. Es extraña esa falta de puntualidad suya; desde entonces no hago más que esperar otra explosión.

Utrecht se sintió presa de una terrible ansiedad. Sus dedos temblaban convulsivamente al tratar de desconectar su computadora de muñeca, en la que acababa de grabar la conversación. Para evitar que destruyera este edificio, con Karen y todas las demás personas inocentes que en él había, tenían que abandonarlo los dos, Hoggart y él. Agarró sus ropas, se vistió en silencio y se despidió de su mujer con un gesto mudo. Ella dormía con la boca abierta; su respiración era ahora muy débil. No tardó en atravesar el pestilente corredor, tirando de Hoggart, y salir a la oscuridad de la noche. Eran las dos y media de la madrugada; la hora en que la resistencia humana es menor. Instintivamente, buscó en el cielo la monstruosa figura real.

En los desfiladeros de las calles sonaban extraños gritos y llamadas. Todas las sombras parecían moverse. La miseria y su consiguiente enfermedad moral se habían adueñado de todo; la ciudad era algo así como un subconsciente enfermo. Cualquiera que fuese el magno experimento de la Reina, pensó Utrecht, se había ido al traste. Los cavernícolas intentaban hacer de esta noble ciudad su territorio.

Su enfermedad (¿se trataría, precisamente, de una enfermedad producida por la nostalgia?) impregnaba el aire corrompido.

Caminando hombro con hombro, con los estiletes preparados, Utrecht y Hoggart llegaron a la próxima cabina de teléfonos sin un incidente.

—¡Emergencia nocturna! —exclamó Utrect, abriendo la puerta. Los miembros de la reducida familia dormían enfundados en esas bolsas hamacas que utilizan los indios, asidos por detrás a la altura de la paletilla, con los brazos colgando a ambos lados; parecían tres grandes crisálidas. Salieron, soñolientos, con un gesto de protesta. El niño, al sacarlo sus padres al frío de la acera, empezó a berrear.

Hoggart preparó el parte de la computadora mientras Utrect marcaba el número de Disraeli. Cuando sonó la voz gutural de su superior —otra vez sin recibir visión—, Hoggart pulsó el aparatito, el cual dejó escapar un chillido. Tras una pausa para descifrarlo, sonó otro grito del otro extremo de la línea. La computadora lo descifró. Tenían que explicar la situación. Después de hacerlo así, recibieron otro chillido. La cuestión merecía la más alta prioridad. Les recogerían enseguida a la puerta de la cabina.

—¿Podemos volver a entrar, señor? ¡El niño está malo!

Utrect comprendió lo que sentía el hombre.

Mientras se metían para adentro, Utrect les preguntó:

—¿Cuándo les van a dar una casa de verdad?

—Dicen que un año de éstos. Pero la compañía ha accedido a instalar calefacción en la cabina, así que no vamos a estar tan mal.

Todos tenemos algo que agradecer, pensó Utrect. Hasta que se dé por terminado el experimento...

Hoggart y él se quedaron de pie en la acera, con las espaldas pegadas. Una sombra oscura hizo su aparición en lo alto. Les bajaron un bulto que contenía dos máscaras. Se las pusieron rápidamente. Comenzaron a descender cascadas de gas, que oscurecieron la calle. Luego descendió un girador y se apresuraron a subir a bordo, inmunes a los ataques de los atracadores, para quienes el girador habría sido un valioso botín. Se elevó sin perder un segundo.

Los labios del Dr. Randolph Froding eran de una delicada palidez sonrosada. Al reírse, se le formaban pequeñas burbujas, y salpicaba de gotitas diminutas el cristal de la pantalla de televisión.

—Esta parte de mi experimento que viene ahora es muy interesante; ya verá usted, Controlador —dijo, y dirigió una mirada alegre a Prestige Normandi, Controlador del Sanatorio de Alienación Avanzada, un hombre calvo y gordo que últimamente se esforzaba por conseguir un aspecto más ascético. A Normandi no le caía simpático el Dr. Froding porque se pasaba la vida tratando de conseguir el puesto de controlador. Miró por el rabillo del ojo cuando en la pantalla espía de Froding apareció el girador que transportaba a Hoggart y al Consejero Jefe Utrect sobre la sórdida arteria del Hudson.

—No puedo seguirles ya más, Froding —dijo, dirigiéndose a su computadora de muñeca—. Tengo otras cosas que hacer. Además, no veo que haya demostrado su teoría.

Froding le tiró de la manga con irritación.

—Espere y observe lo que viene a continuación, Controlador. Ahora verá cómo es Dimpsey Utrect en realidad. —Sacudió un pañuelo de papel contra la pantalla con gesto orgulloso, como diciendo: «¡A tu disposición, despáchate a tu gusto!».

Normandi se resignó a seguir mirando; Froding era un hombre enérgico.

A través del 3V vieron al girador tomar tierra en un campo de aterrizaje desierto; un cuerpo de guardia salió al encuentro de Utrect y Hoggart y les escoltó hasta un almacén. La pantalla se oscureció por un momento; luego la cámara espía de Froding reanudó la toma, mostrando a Utrect y Hoggart, que en ese momento subían en el montacargas y se metían en una estancia estrechamente custodiada, en donde había un hombre gordo sentado ante una mesa de despacho.

—Soy Disraeli —dijo el hombre gordo.

Froding le dio un codazo al Controlador.

—¡Ahora viene lo interesante, Controlador! ¿Ve ese nuevo personaje? A ver si observa algo extraño en él. Atienda a lo que viene ahora, y comprenderá adonde quiero ir a parar.

En la pantalla, Disraeli estrechó las manos de Hoggart y Utrect. Iba vestido de uniforme con distintivo de general. Condujo a los recién llegados a una habitación contigua, donde había diez hombres, en actitud rígida, alrededor de una mesa.

Tras una inclinación de cabeza, Disraeli dijo:

—Éstos son los restantes miembros de nuestro consejo secreto. Les presento a Dickens, Thackeray, Gordon, Palmerston, Gladstone, Livingstone, Landseer, Ruskin, Raglán, y el Príncipe Alberto, de quien todos recibimos órdenes.

Mientras Utrect y Hoggart recorrían la mesa marcialmente, estrechando manos y haciendo el signo secreto, el distante y maquiavélico Dr. Froding rió entre dientes, salpicando otra vez la pantalla.

—Por fin le voy a probar, Controlador, lo que vengo diciendo hace años en Lexington: Utrect es decididamente un caso Dimpsey.

—A mí me parece completamente normal —asqueroso Froding; estaba clarísimo que andaba tras el puesto de Utrect además del suyo.

—¡Pero observe a los demás, al Príncipe Alberto, a Disraeli y a los otros! No son personas reales. ¿Usted lo sabía, no es cierto? Utrect cree que son de verdad, pero de hecho no son más que maniqués; maniqués mecánicos, y Utrect les habla como si fueran personas de verdad. Eso prueba su enajenación, ¿no?

Cogido de sorpresa, Normandi dijo:

—... Esto... Tengo que marcharme, Froding —horrorizado, tras vislumbrar lo que bullía en la mente de Froding, Normandi pidió disculpas y casi salió corriendo de la habitación.

Al ver que el Controlador se marchaba apresuradamente, hizo un gesto negativo con la cabeza:

—Pobre muchacho, él también; él también se encuentra al borde. No tardará

mucho. Y todo esto, como es natural, no se debe más que al exceso de población, por supuesto, al deterioro general del ambiente. Está deteriorando también la parte psíquica del hombre.

Él tenía su propio método de salvaguardar su salud mental. Ésta era la razón por la que se había hecho miembro de los Caballeros del Magnífico Microcosmos. Como por ser soltero se le había concedido sólo esta habitación simple y debía compartir el aseo con el especialista de la puerta de al lado, había instalado circuitos de 3V interior, que le permitían dilatar enormemente los ángulos de perspectiva. Echándose hacia atrás, Froding podía ver una franja de tres pantallas perpetuamente conectadas, cada una de las cuales mostraba diversas partes de la habitación en la que se hallaba sentado. Una de ellas ofrecía una perspectiva de la habitación tomada desde la parte superior del horno automático, que abarcaba el frente de Froding, la gastada alfombra y la pared posterior donde colgaba un cuadro gris que había pintado un enfermo de ánimo-hostilidad. Otra mostraba una perspectiva de la habitación tomada en sentido longitudinal, desde detrás de la puerta, con la alfombra, parte de la mesa, parte de la cama plegable, y el rincón de la pequeña biblioteca personal de Froding que, junto con el voluminoso diario personal de sus propios sueños, estaba alojada en cestos de mandarinas apilados unos sobre otros. La tercera ofrecía una perspectiva desde uno de los rincones, con la alfombra, el comfortable sillón, y la parte posterior de la cabeza de Froding sentado en su butaca, más las tres pantallas en las que él contemplaba la tres perspectivas de su habitación en las que aparecía él contemplando las tres pantallas de su habitación en las que contemplaba este grandioso microcosmos.

Entretanto, en el cuartel general del IEDF, Utrech había reconocido al Príncipe Alberto: era el Gobernador de la ciudad de Nueva York.

—Tenemos un breve informe sobre sus actividades en Inglaterra, Hoggart —dijo Alberto—. Una pregunta. ¿Cómo ha tardado tanto en llegar hasta aquí? Sabía lo importante que era que nos pusiera al corriente.

Hoggart asintió.

—Me marché del mausoleo antes de la destrucción, como ya le he contado a Nightingale y a Disraeli. Pensé que debía reservarme la información que ahora le voy a dar hasta el momento de poder hablar con alguien de máxima autoridad como usted, señor. Una vez destruidos el Mausoleo y el palacio de Windsor, pensé que podía considerarme a salvo durante una hora o dos, así que volví.

—¿Volvió al área devastada?

El inglés inclinó la cabeza.

—Sí, volví al área devastada. Tenía curiosidad por saber si la Reina (supongo que debemos seguir llamándola así) había querido destruirme a mí o hacer desaparecer la prueba. Fue muy fácil atravesar el cordón de policías y militares; aún no se había formado del todo y la catástrofe abarcaba varias millas a la redonda. Por fin llegué al

lugar donde consideraba que había estado el Mausoleo. Efectivamente, allí estaba la fosa de la cripta.

—¿Y qué tenía de raro la fosa? —preguntó Dickens, inclinándose hacia adelante.

—Que no era una fosa corriente. En realidad, no me dio tiempo a examinarla detenidamente, pero... bueno, el mirarla le confunde a uno. Es como si te asomaras a un espacio... bueno, a un espacio que tuviera más dimensiones que el nuestro; y eso es lo que sospecho yo que es: un acceso... un acceso al mundo de la Reina Victoria.

Hubo un asentimiento general. Palmerston dijo con voz de inglés irritado:

—Le creeremos. Cada uno de nosotros tiene un ombligo que indica nuestro origen insignificante. La fosa de la que usted habla puede ser el ombligo de la Tierra. Era de esperar encontrarlo en un sitio así, dada la mentalidad de esa mujer. Será mejor que inspeccionemos esa fosa cuanto antes. Naturalmente, ya habrán montado guardia en torno a ella.

—¿Pueden encargarse ustedes de los guardias? —preguntó Disraeli.

—Por supuesto —dijo Palmerston.

—¿Y si dejáramos caer una descarga de metralla por el agujero?

Consultaron entre sí. La opinión general fue que, dado que ellos y posiblemente el mundo entero estaban condenados, podían arrojar unas cuantas bombas H.

—¡No! —exclamó Utrecht—. ¡Por favor, señores, consideren la situación! Debemos aceptar toda la verdad. Por fin ha dejado de ser un secreto. Nuestro mundo, tal como creíamos conocerlo, es falso, falso casi de un extremo a otro. Lo que nosotros aceptamos como un factor natural no es sino una decepción, una burla de alguien, o de alguna civilización, que posee una habilidad tecnológica casi inconcebible. ¿Imaginan ustedes la tremenda complejidad de la mente que ha sido capaz de inventar la historia de la humanidad, por nombrar sólo una cosa? ¿Los Padres Fundadores? ¿Los períodos glaciares? ¿La Guerra de los Treinta Años? ¿Carlomagno? ¿La Grecia Antigua? ¿Los Albigenses? ¿El Imperio Romano? ¿Abraham Lincoln? ¿La Guerra Civil? Todo un tejido de mentiras... urdidas, tal vez, por un montón de computadoras poli-programadas. Bien. Pero ahora debemos preguntarnos: ¿por qué? ¿Para qué se han tomado todas esas molestias? ¡Desde luego, no para divertirse! Para algún experimento. De algún modo, les estamos prestando un servicio. Si pudiéramos averiguar qué clase de servicio, entonces podríamos adoptar una posición más ventajosa para negociar con... la Reina Victoria.

Hubo un momento de silencio.

—Tiene razón —dijo Dickens.

—Pero no tenemos tiempo —dijo Disraeli—. Necesitamos actuar. Voto por las bombas.

—No, Disraeli —dijo el príncipe Alberto—. Florence Nightingale tiene razón. Podemos perderlo todo si nos precipitamos. Victoria, o los Victorianos, podría aniquilarnos si quisiera. Debemos negociar si es posible, como dice Nightingale. La cuestión está en saber qué tenemos nosotros que ellos necesiten.

Inmediatamente empezaron todos a discutir. Por último, Ruskin, que tenía el rostro de un conocidísimo estadista ruso, dijo:

—Sabemos cuál es la respuesta a eso. Tenemos el escudo antigraavitatorio, que es el último avance tecnológico - ruso-americano. El mes que viene lo vamos a activar con gran publicidad. Con él protegeremos a la Tierra de la perniciosa acción del flujo lunar. Ese escudo es la conquista más brillante de nuestra tecnología terrestre. Sería de un valor inestimable incluso para los Victorianos.

Esto provocó un rumor general de asentimiento.

Sólo Utrech parecía poco convencido. Evidentemente, quien había montado un planeta para llevar a cabo determinados experimentos tendría ya dominados totalmente los efectos gravitatorios. Con cierta vacilación, dijo:

—Creo que los psicoanalistas como yo podemos aducir pruebas fehacientes de que el experimento de los Victorianos está, de hecho, a punto de concluir. Al fin y al cabo, los experimentos suelen realizarse o financiarse durante un tiempo limitado. Y nuestro tiempo casi está tocando a su fin.

—Muy bien —dijo Ruskin—. Entonces nuestra pantalla antigraavitatoria es la culminación del experimento. Nos atenderemos a eso, y parlamentaremos con los Victorianos.

Finalmente, los miembros del consejo del IEDF parecieron decidirse por este plan. Disraeli, Utrech y Hoggart volarían a Gran Bretaña, se verían allí con Palmerston, y se pondrían en acción. Los tres tomaron un bocado rápidamente, mientras el resto de los miembros del consejo proseguía la discusión. Hoggart se dio una ducha y tomó una Draculina.

—Creo que tiene usted razón en abogar por una táctica más suave con Victoria —dijo Disraeli a Utrech—. Yo mismo soy un militar radical, pero me hago cargo de las cosas. No podemos esperar matarla. Ella se encuentra a salvo en su propia dimensión.

—Yo no siento ninguna animosidad hacia Victoria —dijo Utrech—. Aún estamos con vida, ¿no? Puede que no sea su intención matarnos.

—Has cambiado de parecer, ¿verdad? —dijo Hoggart.

—Puede ser. Aún estamos vivos tú y yo, Bob. Puede que el objeto del experimento sea ver si podemos averiguar la verdad por nosotros mismos. Si verdaderamente somos una raza cavernícola, puede que hayamos probado ahora que merecemos la ayuda de Victoria. Y tal vez se muestre ella bondadosa y amable.

Los otros dos se echaron a reír, pero Utrech dijo:

—Me gustaría conocerla. Y tengo una idea para que podamos ponernos en contacto con ella... idea que me han sugerido unas ratas. Permítame que le trace un boceto, Disraeli; luego nos lo pueden completar y trazar definitivamente sus ingenieros en un par de horas.

Disraeli le miró con extrañeza.

—¿Ratas? ¿Saca usted sus ideas de las ratas?

—Y muchas —y entonces comenzó a temblar otra vez. ¿Podía, verdaderamente,

mostrarse amable Victoria, siendo así que les tenía a todos encerrados en un inmenso educador, o se trataba sólo de una esperanza suya de que lo fuera por su bien y por el de Karen?

Mientras Disraeli estudiaba el dibujo que había hecho Utrech, Hoggart le dijo a éste al oído confidencialmente:

—Este Disraeli y todos los demás miembros del consejo tienen algo raro... ¿tú no les notas nada raro?

—¿Raro? ¿En qué sentido?

—¿Te parecen personas reales? Quiero decir que, ¿no podrían ser maniqués animados? —miró a Utrech visiblemente aterrado.

Utrech echó hacia atrás la cabeza y soltó una carcajada.

—¡Vamos, Bob! ¡Estás sugiriendo que la Reina Victoria puede tener algún poder sobre nuestras mentes y es capaz de engañarnos por completo... hasta el extremo, por ejemplo, de que pese a haber llegado a Inglaterra, no hayamos salido de los Estados Unidos! Conque esta gente son muñecos y todo esto no es sino una especie de situación paranoide sin fundamento objetivo de ninguna clase, ¿eh? ¡Eso es una absoluta estupidez!

«No es cierto. Ha sido un fantasma de mi cerebro abrumado y saturado de trabajo, y no tiene el menor fundamento. Los directivos de mi equipo no se espían unos a otros».

Todo esto se decía a sí mismo Prestige Normandi, Controlador del Sanatorio de Alienación Avanzada, mientras se alejaba de la habitación de Froding, atravesaba el pasillo atestado de gente, y se dirigía a su despacho. No quería creer que Froding había instalado un sistema de espionaje para seguir a Utrech: iba en contra de toda ética.

Pero, ¿qué es la ética? Sólo prescindiendo poco a poco de ella y de otros principios podía vivir la gente en áreas tan densamente pobladas como el Nueva York Central; había que ceder por alguna parte; sus padres, más bien exigentes, que habían vivido allá por los años sesenta, hubieran encontrado inhabitable la ciudad. Bajo la tremenda presión psíquica de la población, ¿cómo extrañarse de que surgiera alguna rara alucinación de cuando en cuando?

Un caso típico: la mujer que venía en dirección suya por el corredor. Con ese aire majestuoso, esas ropas anticuadas y formidables... Normandi tuvo la clara sensación de que se trataba de alguna antigua soberana, de la Reina Victoria o la Emperatriz Isabel de Austria. No conocía muy bien la historia. Pasó junto a él, le pareció que le dirigía una mirada significativa, y luego desapareció.

Impresionado, pensó: «Verdaderamente, podía haber sido real. Tal vez no sea más que una enfermera que sale del trabajo y va a una de esas sociedades raras...». Normandi no miraba con buenos ojos todas esas sociedades, convencido de que tendían a fomentar toda suerte de fantasías y neurosis, y él mismo era Presidente de la

Sociedad para la Supresión de las Sociedades. Con todo, la real aparición le había impresionado lo bastante como para detenerse en la celda de Burton; Burton sabría qué pensar, el incidente estaba dentro de su campo.

Pero se sentía demasiado cansado para una representación de Freud. Ya con la mano en el pomo de la puerta, se detuvo, dio media vuelta y se sumergió entre el gentío que andaba siempre a empujones por el pasillo, hasta que llegó a su pequeño refugio particular.

Una vez a salvo allí, se sentó ante su mesa y dejó descansar los ojos unos minutos. Froding estaba intrigando contra Utrech. Naturalmente, Utrech estaría espiando también a alguien. Era realmente lamentable a qué estado de cosas habían llegado. Con profunda tristeza, abrió un cajón secreto de su mesa, conectó la corriente y pulsó los conmutadores. Luego se inclinó hacia adelante, haciéndose sombra sobre los ojos, y se dispuso a contemplar al desagradable Froding en el momento en que éste espiaba a Utrech.

Utrech y Hoggart se hallaban en un estado semiletárgico, con los ojos protegidos contra la luz biliosa del interior del avión, al proyectarse sobre el Atlántico, en dirección a Inglaterra.

El equipo de comunicación que especificó Utrech había sido montado y guardado en la escotilla de carga. Hasta que no tomaron tierra en Londonport, a primeras horas de una tarde lluviosa, no recibieron la noticia. Cogieron a Utrech por los hombros, Disraeli le pasó un mensaje del cuartel submarino de IEDF.

Decía: «Lamentamos informar que el Edificio Hiram Bucklefeather, en el trescientos de la calle Quince, ha sido arrasado esta mañana a las siete treinta. Todos sus inquilinos, que se calcula sobrepasaban los cinco mil, han perecido instantáneamente. Se sabe con certeza que ha sido obra de la entidad conocida como la Reina Victoria».

—¿Es su casa? —preguntó Disraeli.

—Sí.

Pensó en Karen, con su cianosis y su trágica respiración. Pensó en los dos pobres niños, muertos el uno junto al otro. Pensó en Cathie, la mujer paciente. Incluso recordó a las dos ratas, esclavizadas por su deletreo. Pero sobre todo, pensó en Karen, tan emperrada en parecer una intelectual y tan incapaz de llegar a ser nada, porque la vida que bullía a su alrededor la había consumido su psique misma. Nunca se ocupó debidamente de ella. Cerró los ojos demasiado tarde para contener una lágrima. Su esposa, su mujer.

Adorable Isabel de Austria, inútilmente asesinada en un muelle desierto junto a su dama de compañía... fue un cuadro incoherente el que se dibujó ante él ofuscando su dolor. Todas las cosas amables morían.

Mientras corrían por las mojadas pista, Hoggart dijo temblorosamente:

—¡Era a *mí* a quien quería eliminar, la muy perra! ¡Es una perra! ¡Una condenada

perra, Douglas! ¡Fíjate... fíjate qué imagen maternal se ha confeccionado para realizar el experimento! Reina de Inglaterra, sesenta años gloriosos. Emperatriz de la India. Y hasta le impuso su nombre a la época. La Época Victoriana. ¡Dios Todopoderoso! Comenzó el experimento simulando su propio funeral, ¡sólo para reírse! ¡Es una perra cósmica! Te juro... —le ahogaba su propia irritación.

Encontraron a Palmerston esperándoles en un coche militar. Se adelantó a estrecharle la mano a Utrech; sabía lo ocurrido.

—Le acompaño profundamente en el sentimiento.

—¿Por qué ha...? No puedo entenderlo... ¿por qué ha destruido el edificio cinco horas después de habernos marchado nosotros de allí? —preguntó Utrech con desolación, mientras salían a toda velocidad del aeropuerto, con el equipo instalado en la parte de atrás del coche.

—He encontrado una explicación para eso —dijo Hoggart—. En Windsor no consiguió acabar conmigo porque se retrasó una hora, ¿cierto? Aquí en Inglaterra rige el horario de verano... los relojes llevan una hora de adelanto. En Nueva York nos hemos librado por cinco horas de diferencia. ¡Así que no es omnisciente! Se guía por la hora de Greenwich. De haberse guiado por la hora local, nos habría cogido las dos veces.

—Ingenioso —admitió Disraelí—. Pero sí ella puede vernos, ¿cómo pudo cometer un error así?

—Ya he dicho que me parece que debe de haber dimensiones distintas a las nuestras en ese agujero que vamos a inspeccionar. Evidentemente, el *tiempo* está algo desfasado, lo mismo que el espacio, con respecto del nuestro; y eso contribuye a que no sea tan efectiva y precisa como lo sería de otro modo. Puede ser otra ventaja para nosotros.

—Vamos a necesitar todas las ventajas posibles —dijo Palmerston.

Solo, en su pequeño despacho, el Controlador Prestige Normandi seguía sentado con una mano como visera para sus ojos y soportando las multitudinarias lamentaciones del mundo, aunque sin apartar un instante la mirada de su minúscula pantalla secreta, en la que se veía al Dr. Froding en su habitación siguiendo las hazañas de Utrech en su pequeña pantalla. Extremado abarrotamiento psíquico, pensó el Controlador; y todas las peripecias por las que ahora pasaba Utrech, ¿eran reales o, como pretendía Froding, se trataba de un episodio paranoide sin realidad objetiva, representado por maniqués? Froding se hallaba hundido en su butaca, inmóvil, observando; Normandi hacía lo mismo.

Llamaron a la puerta.

Tras deslizar rápidamente la pantalla pirata y ocultarla en el cajón secreto de su escritorio, Normandi ordenó con voz fuerte que pasaran.

Entró Froding y cerró la puerta tras de sí.

Preso de un temblor repentino, Normandi le agarró por el cuello:

—¡Soy un caso Dimpsey! ¡No, usted no está aquí realmente, Froding; no es más que una alucinación paranoica! ¡Tengo que marcharme a descansar unos días! Sé positivamente que en este momento usted se encuentra en su habitación cómodamente sentado en su butaca y espiando a Utrech.

Hinchándose un par de pulgadas, Froding dio una patada en el suelo.

—¡No me gusta que me tomen por una alucinación paranoica, Controlador! Lo que hay sentado en mi butaca es un maniquí; me ha desplazado y no se marcha cuando se lo pido. ¡De modo que he conseguido hacerle confesar que espía a sus colaboradores! Pero esto no acaba aquí, téngalo por seguro.

—Seamos razonables, Froding. Vamos a tomar un calmante —Normandi se dirigió apresuradamente a un armario secreto, y sacó unas cuantas píldoras y una jarra de agua clorada—. Somos personas razonables. Así que discutamos la situación razonablemente. En el fondo de todo esto, lo que se ventila es la vieja cuestión de cuál es la realidad, ¿no? Tal como yo lo veo, el progresivo perfeccionamiento de los medios de comunicación ha ido alejando paradójicamente a los hombres de la realidad. Estamos tan cerca unos de los otros que tratamos de separarnos interponiendo entre nosotros circuitos electrónicos. Sólo los mensajes psíquicos son capaces de traspasarlos, pero preferimos no reconocer esas cosas todavía. ¿Puedo creer en la realidad de las cosas que hace Utrech cuando se halla separado de mí por tantísimos sistemas artístico-científicos? El problema está en que la mente identifica los objetos televisados, incluso los más perfectos, con los fantasmas de nuestra visión interior... ¡un momento! ¡Debo escribir un trabajo sobre el tema! —cogió el lasergrafo y garabateó unas líneas en su pantalla de anotaciones—. De esta manera, la historia contemporánea, que nosotros constatamos merced a todos estos medios artístico-científicos, se convierte en vehículo de la fantasía, del mismo modo que la historia pasada, que nos llega filtrada a través del tiempo pasado. ¿Qué es lo real? Dígamelo usted, Froding, ¿qué es lo real?

—Eso me recuerda una cosa —dijo Froding con frialdad—. Venía a decirle que Burton/Freud se ha fugado hace unos minutos.

—¡No podemos dejarle que ande suelto por ahí! ¡Es nuestro paciente principal, nos produce una fortuna en el programa semanal «Descubra la Mente»!

—Presiento que es mejor que esté en libertad. En Lexington no podemos hacer nada por él.

—Pero estará más seguro encerrado aquí.

Froding alzó una ceja con profunda ironía:

—¿Usted cree?

—¿Cómo se ha escapado?

—Su enfermera Phyllis, otra vez; pobre Phyllis. Se ha arrojado sobre ella, la ha maniatado, y ha salido de su celda disfrazado de mujer; dicen que de Reina Victoria.

Involuntariamente, Normandi dejó escapar de su garganta un gruñido de agonía:

—La he visto... le he visto. Me he cruzado con ella... con él, en el pasillo. Y él...

ella, me ha lanzado una mirada significativa, como dicen los novelistas... ¿Qué vamos a hacer?

—Usted es el Controlador... —pero no por mucho tiempo, pensó Froding. Los acontecimientos se iban desarrollando satisfactoriamente a su favor. Utrech estaba prácticamente derrotado; Normandi estaba a punto de quedar eliminado también. Todo lo que tenía que hacer ahora era librarse de ese condenado maniquí que estaba sentado en su butaca.

Indiferente al torbellino de distorsión psíquica que giraba en torno suyo, el maniquí seguía cómodamente sentado en la butaca del Dr. Froding contemplando la pantalla de 3V.

En ella vio el gran coche militar de Palmerston que moderaba la marcha al llegar a las proximidades de Windsor. El pálido rostro de Utrech contemplaba las barreras militares y los puestos de ametralladoras.

En el interior de Utrech fermentaba una sorda irritación al pensar en lo que le había ocurrido a su mujer.

Todo el odio de su inestable naturaleza parecía emerger a la superficie. ¡Pensar que había aventurado la posibilidad de que tal vez la Reina Victoria fuera amable! ¡Que se había opuesto al proyecto de bombardearla! Ahora le gustaría ser él quien le arrojara las bombas.

Gradualmente, su exaltación fue derivando hacia algo bastante más escalofriante. Recordó cómo Burton, el pobre loco, se había ido hundiendo en sus sueños decimonónicos. Sólo en Nueva York conocía miles de casos similares. Y todas las pequeñas sociedades secretas de las que estaba plagada América... podían interpretarse como una regresión al primitivismo, como si la gente estuviera recobrándose de una larga hipnosis. Recordó lo que habían comentado antes: el gran experimento estaba tocando a su fin. Las distintas ilusiones se iban disipando, se iban haciendo más inconsistentes y transparentes. De ahí la propagación de la locura... de la cual, se daba cuenta amargamente, estaba muy lejos de sentirse inmune. Había disfrutado en exceso representando el papel del Emperador Francisco José; ahora, la Isabel de carne y hueso había sido inesperadamente asesinada.

Pero, ¿qué finalidad tenía todo esto? Programado para durar sólo un siglo, y faltando unas pocas semanas para su conclusión, este horrible experimento de Victoria vendría a demostrar... ¿el *qué*?

No podía creer que toda la humanidad había sido colocada en esta Tierra provisional con el solo fin de crear el escudo antigravitatorio ruso-americano. Si era el montaje de ese escudo protector lo que necesitaba, Victoria podía haberse valido de una jaula ambiental más sencilla y barata que ésta. No, el quid de todo esto debía de ser algo que explicara la enorme complejidad de las prolíficas razas terrestres, con toda su variada gradación de conquistas y diversidad de psicologías.

Caminaban pesadamente por el terreno mojado y devastado de Windsor,

acompañados por dos ayudantes que cargaban con el equipo de transmisiones. Utrect se detuvo en seco. ¡Tenía la respuesta!

Le traspasó el cuerpo como un dolor de muelas. Pensó en las ratas otra vez. Ya en los años cincuenta del siglo veinte, el hombre había realizado sencillos experimentos demográficos con las ratas. A aquellas ratas se les había provisto de alimento, agua, luz solar, material de construcción, y un ambiente que, inicialmente al menos, había sido ideal. Luego se las había dejado, sin interferencia alguna del exterior, con el fin de que se reprodujeran y sufrieran las enfermedades derivadas de la subsiguiente superpoblación.

Y ahora se estaba repitiendo el experimento... ¡a escala humana!

Era la explosión demográfica —explosión demográfica que la humanidad jamás había logrado controlar—, lo que se estaba estudiando. Y ahora concluía porque Victoria tenía todos los datos que necesitaba. Calculó que el gas letal interestelar envolvería a la Tierra el día de Año Nuevo de 2001, para el que faltaban pocas semanas. El proyecto X concluiría con éxito.

A menos que...

Los ayudantes estaban montando el equipo transmisor de forma que brillara en el interior del agujero. Los soldados estaban instalando un generador. A una distancia respetable, los tanques formaban un círculo con sus trompas encaradas hacia el centro. Sobre cada tanque se perfilaba una figura militar, con los prismáticos enfocados hacia el grupo central. Un helicóptero sobrevolaba el lugar con cámaras de 3V que recogían la escena. La lluvia caía tenazmente formando burbujas en el suelo pulverizado.

Utrect sabía lo que ocurría con las ratas al final de un experimento. No llegaban a alcanzar jamás una edad avanzada. Se las envenenaba o se las asfixiaba con gas. Sabía, también, de dónde las sacaban. Tuvo una visión de la verdadera humanidad: era un pueblo de seres primitivos, en un planeta primitivo, que corrían a ocultarse en sus cavernas cuando los... los Victorianos, la super-raza, los gigantes, los despiadados, los dioses y diosas, les perseguían, les cogían entre chillidos, les acondicionaban y les dejaban caer dentro de un inmenso educador. Para que se reprodujeran y sufrieran allí. Como Karen había sufrido.

En ese momento, Disraeli y Palmerston dieron la señal. Las luces comenzaron a destellar en las caras del transmisor. El mensaje se propagó, luminoso, por el interior del agujero; una frase se fue cambiando en otra, una y otra vez, a medida que giraba el prisma de las letras.

YOLARECONOZCO
REINAVICTORIA
IDENTIFÍQUESE
CONSIDERADPAZ

¡Las ratas estaban tratando de parlamentar!

Por primera vez, Utrecht se asomó a ese agujero que había estado oculto bajo un mausoleo: el ombligo de la Tierra, como Palmerston lo había llamado. La luz que ascendía de su interior era confusa. No podía decirse con precisión si era muy brillante. Ni si era demasiado débil. Era... anormal. Perversa y turbadoramente anormal. Y... sí, podía jurarlo, había algo que se movía allá en el fondo. Donde no debería haber más que vacío, se movía una sombra confusa. ¡La perra diosa subía a investigar!

Era un color como no había visto jamás. Y un olor desconocido para su olfato. Un aire más fresco, más penetrante, del que había respirado hasta entonces. Había desaparecido toda realidad, salvo la preciosa realidad de la hoja que tenía en la mano. Tuvo la sensación de que caía hacia arriba.

Su condicionamiento desapareció como si se lo hubiesen arrancado del cerebro. Entonces recordó las gentes sencillas y asustadas de las cavernas, viviendo en comunidad con otros animales, sirviéndose sobre todo del reno para cubrir sus simples necesidades. No habían tenido muchas, hablando en términos generales.

¡Y los terribles señores de las montañas estrelladas! Sí, los recordaba también, y sabía que eran enemigos de los cuales se hablaba en voz baja cuando uno era niño, antes de haberlos visto jamás; caminaban irradiando terribles destellos de compulsión... los señores de los astros y las montañas...

La visión se disipó al caer en tierra. Iba vestido con una simple piel de animal. La arena le raspaba entre los dedos de los pies. Aún conservaba su cuchillo. Todo a su alrededor estaba cubierto de arbustos, y hacía fresco, casi frío. Había extrañas formaciones de nubes en un firmamento igualmente extraño. *Y una presencia.*

Yera tan gigantesca que al principio no se percató de que estaba allí. Evidentemente, estoy loco, se dijo. ¡Ese individuo de Viena habría dicho que es el colmo de las fijaciones maternas! Era demasiado grande para combatirla, ¡era monstruosamente grande!

Yella le cogió con sus dos dedos inmensos y gordinflones. Era arrogante, majestuosa: era la Reina Victoria. ¡Y no parecía divertida!

El maniquí que presenciaba la escena sentado en la butaca del Dr. Froding, se removió inquieto. Algunas de las cosas que se veían actualmente por 3V eran demasiado alarmantes para poderlas soportar.

El Dr. Froding entró y apuntó con un dedo acusador al maniquí.

—¡Le acuso de ser el verdadero Dr. Froding!

—Si yo soy el verdadero Dr. Froding, ¿quién es usted?

—Yo soy el verdadero maniquí.

—¡No discutamos cuestiones de menor cuantía en un momento como éste! Acabo de presenciar algo por la pantalla que me ha convencido de que el mundo, la galaxia,

el universo entero, por no citar la ciudad de Nueva York, tal como nosotros lo conocemos, va a ser destruido por medio de un gas interestelar.

Froding sacudió la cabeza:

—¡Por eso quiero ser yo el maniquí!

Intangibles S. A.^[4]

—Tómatela ahora que está caliente —dijo ella, regresando con un plato de sopa y colocándolo delante de él.

No había hecho Arthur más que coger la cuchara, cuando observó que un camión se había detenido afuera, en la carretera. El capó estaba levantado y debajo de él se veía la cabeza del conductor, que contemplaba el motor con aire meditabundo.

Arthur miró su sopa humeante, luego a Mabel, y después volvió a mirar hacia la ventana. Se rascó la cabeza.

—Como siga así, dentro de media hora se queda tirado en la cuneta en plena oscuridad —dijo medio para sí.

—Sí, es casi la hora de encender las luces —dijo ella medio para sí también.

—Puede que me gane un par de dólares, si salgo a ver qué pasa —dijo, cambiando de idea.

—«Éste es un plato que el dinero no puede comprar ni el tiempo mejorar», como mi madre solía decir —murmuró Mabel, removiendo su sopa sin conseguir atraer la atención de Arthur.

Llevaban sólo cuatro meses casados, pero Arthur se había dado cuenta desde muy pronto que las intenciones de cada uno siempre iban por caminos opuestos. Aun cuando parecían conversar, sus dos corrientes de pensamientos jamás llegaban a acercarse, y mucho menos a tocarse. Pero él era un joven decidido que no se dejaba arredrar por menudencias. Se levantó.

—Saldré a ver cuál es el problema —dijo. Y haciendo una concesión a las artes culinarias de su esposa, gritó mientras cruzaba el umbral de la puerta: ¡Cuida que no se enfríe esa sopa, ahora vengo!

Su pequeño *bungalow*, construido en una sucia parcela de su propiedad, distaba unos cientos de yardas de la periferia de Hapsville. Apenas crecía nada a ambos lados de la carretera, salvo anuncios, y el camión inmóvil hacía más patente la desolación. Tenía aspecto de estar muy baqueteado, reparado y parcheado, como si llevara rodando por las carreteras mucho antes de que aparecieran los trenes e incluso las diligencias.

La figura, enfundada en un mono de mecánico, siguió aguardando junto al artefacto casi hasta que Arthur llegó junto a él; entonces bajó el capó y se volvió en redondo. Era un hombre bajito, con gafas, y una cara larga, larga, que debía medir lo menos dieciocho pulgadas desde la coronilla del cráneo hasta la punta de la barbilla. Entre un amasijo de arrugas jugueteaba una agradable expresión de melancolía.

—¿Tiene algún problema, forastero? —preguntó Arthur.

—¿Y quién no? —su voz, también, sonaba como un amasijo de arrugas.

—¿Puedo ayudarle en algo? —preguntó Arthur—. Trabajo en el garaje de la carretera, a la salida de Hapsville.

—Bueno —dijo el hombre arrugado—, vengo desde muy lejos. Si me apremia le confesaré que no me importaría verme ahora enfrente de un buen plato de sopa caliente.

—¡Llega justo a tiempo! —dijo Arthur—. Será mejor que entre a ver qué le puede preparar Mabel. Luego echaremos un vistazo al motor.

Le condujo al interior del *bungalow*. El hombre arrugado restregó los pies en el felpudo, se frotó las gafas en su mono sucio, y entró tras él. Miró en torno suyo con curiosidad.

Mabel había actuado con rapidez. Al verles venir desde la ventana le había dado tiempo a echar los dos platos de sopa otra vez en la olla, añadir agua, calentarla, y ponerse un delantal limpio sobre el sucio que llevaba.

—Tenemos un invitado a cenar, Mabel —dijo Arthur—. Voy a encender la lámpara.

—¿Cómo está usted? —dijo Mabel, tendiendo la mano al hombre arrugado—. Me alegro de poder ofrecerle nuestra hospitalidad.

Le salió muy bien; sonaba a una verdadera bienvenida; sin embargo, al introducir la palabra «hospitalidad», demasiado elaborada, le hacía saber que su visita le suponía ciertas molestias. Mabel era una muchacha educada. Y Arthur también, por supuesto. Los dos solían leerse todos los periódicos y revistas que podían. Pero mientras él se sorbía los artículos científicos o de ingeniería o mecánica (para Mabel las tres palabras significaban lo mismo), ella estudiaba los de psicología, educación y etiqueta. De haber podido plasmar en un cuadro la idea que cada uno tenía del mundo, el de Arthur estaría formado por una infinidad de engranajes de ruedas dentadas, y el de Mabel por una infinidad de engranajes de profesoras.

Se sentaron a la mesa los tres, tan pronto como la diluida sopa estuvo caliente, y se la tomaron directamente de los cuencos.

—¿Viaja usted a menudo por esta región? —preguntó Arthur a su invitado.

—De vez en cuando. No tengo lo que podría llamarse una ruta fija.

—¿De qué marca es su camión?

—Trabaja usted de mecánico en el garaje, ¿eh? Arthur, que se había quedado sin respuesta, dijo:

—Bueno, no; yo no he dicho eso exactamente... Soy sólo un aprendiz; pero no tardaré en llegar a mecánico.

Estaba a punto de volver a preguntar por la marca del camión, cuando Mabel decidió que era el momento de intervenir ella:

—¿Qué mercancía transporta, señor? —preguntó. La alargada cara se arrugó como un tejido de papel.

—En rigor, no se puede decir que lleve ninguna mercancía —dijo, y se inclinó hacia adelante, ansioso, con los codos sobre la mesa desnuda—. No ha leído el letrero de mi vehículo, ¿verdad? «Intangibles S. A.». Me temo que está ya un poco borroso.

—Conque trafica en tangibles, ¿eh? —dijo Arthur—. Se cultivan allá por Nueva

Orleans, ¿no? Deben de tener un mercado muy interesante.

—¡Válgame Dios! —exclamó Mabel, casi sonrojándose—. ¿Es que no has oído al señor, Arthur? Va vendiendo intangibles. No son cosas: ¿lo sabías, no? Son algo así como... bueno, como cosas que no existen.

Se detuvo dubitativamente; parecía confundida. El hombrecillo terció inmediatamente para ayudarles.

—Los intangibles con los que yo comercio sí que existen, ya lo creo —dijo—. De hecho, casi se puede decir que gobiernan las vidas de las gentes. Pero como no pueden verse, la gente los desprecia. Cree que puede vivir sin ellos, pero no es así.

—Pruebe un poco de este queso —dijo Mabel, mientras recogía los platos vacíos—. Decía, señor...

El hombre arrugado aceptó un trocito de queso y una rebanada de pan casero, y dijo: —Bueno, ya que estoy aquí, y son ustedes tan hospitalarios, ¿puedo ofrecerles un intangible?

—Nosotros somos muy pobres —dijo Arthur con presteza—. Hace poco que nos hemos casado y posiblemente nos venga un hijo para la próxima primavera. No podemos permitirnos ningún lujo, ésa es la verdad.

—Me alegro de saber que van a tener un hijo —dijo el hombre arrugado—. Pero debe saber que yo no pido dinero por mi mercancía. Según mis cuentas, usted me ha dado ya un intangible: hospitalidad; ahora me toca a mí darle uno a usted.

—Bueno, si es así... —dijo Arthur. Pero pensó que este individuo estaba fantaseando y que lo mejor era procurar que se largara cuanto antes. La gente era así, simpática o antipática, y desgraciadamente, hay tantas formas de caer en una conducta reprochable siendo simpático como siendo antipático.

Masticando trabajosamente un trozo de mendrugo, el hombre arrugado se volvió a Mabel y dijo:

—Bien, cojamos el caso de usted y veamos qué clase de intangible necesita. ¿Cuál es el objeto de su vida?

—Ella no tiene ningún objeto en la vida —dijo Arthur tajantemente—. Está casada conmigo.

Inmediatamente, Mabel se dispuso a devolverle una réplica hiriente, pero, de algún modo, su invitado se adelantó a ella con otra mucho más amable. Movié solo la cabeza con un signo negativo a Arthur, y dijo:

—No, no; creo que no ha entendido lo que yo quiero decir. Incluso las personas casadas tienen toda clase de intangibles, ambiciones y demás... y la mayoría guardan en estas cosas un secreto mortal —se volvió a Mabel, y su mirada, repentinamente, se hizo muy penetrante cuando prosiguió—: A algunas esposas, por ejemplo, se les mete en sus preciosas cabecitas, al poco de casarse llevarles siempre la contraria a sus maridos. Se convierte en su intangible principal, y no hay manera de quitárselo.

Mabel no dijo nada, pero Arthur se levantó enfadado. Estas palabras le habían incomodado más de lo que él estaba dispuesto a confesarse incluso a sí mismo.

—¡Haga el favor de no decirle esas cosas a Mabel! —exclamó con su voz de toro—. ¡Esas cosas ni le importan ni son verdad! ¡Será mejor que se termine ese pan y salga afuera, no vaya a ser que le roben el camión!

Mabel también se había levantado.

—¡Arthur Jones! —exclamó—. No está bien tratar así a un invitado. No se refería a mí personalmente, así que siéntate y sigue un poco la conversación. ¡Por una vez que tenemos ocasión de hablar con alguien!

Arthur, achantado, se sentó. El rostro largo y arrugado le contempló fijamente, con una inmensa compasión en los ojos.

—No he querido ser brusco —murmuró Arthur. Se puso a jugar con el salero desmañadamente.

—Eso está muy bien. Los intangibles pueden ser difíciles de manejar... la cortesía, por ejemplo. Algunas personas no hacen uso de ella porque les resulta demasiado difícil. Con los intangibles, el único sistema es utilizar la fuerza de voluntad. ¿Tiene usted fuerza de voluntad, joven?

—Mucha— dijo Arthur. El hombre arrugado parecía incapaz de advertir lo irritado que estaba, lo cual, naturalmente, contribuía a que su irritación fuera mayor. No paraba de darle furiosas vueltas al salero.

—¿Y cuál es la meta de su vida? —insistió el hombre arrugado.

—¡Bah, a usted que más le da eso!

—Todo el mundo es más feliz si tiene una meta en la vida —dijo el hombre arrugado—. No hay que dejar correr el tiempo sin objeto; de lo contrario, me quedaría sin negocio.

Todo esto le recordaba a Mabel las máximas que solía leer en las revistas, fuentes de toda sabiduría. El placer compartido es un placer duplicado; una vida compartida es una vida inmortal. Preocuparse por los demás es la mejor manera de preocuparse por uno mismo. Arroja tu pan a las aguas: incluso los escualos tienen que vivir. Mabel no se sentía muy a gusto con este hombrecillo enfundado en su mono, pero evidentemente, podía enseñarle a su marido más de una cosa.

—Tú si tienes una meta en la vida, cariño —dijo ella.

«Cariño» alzó sus ojos bovinos y la miró; luego los bajó otra vez. Una mano rugosa se deslizó por encima de la mesa y cogió el salero que bailoteaba entre las suyas. Arthur tuvo la clara sensación de que le estaban asediando desde todos los flancos.

—Naturalmente que tengo objetivos... hacer algo de dinero... tener hijos... —murmuró y añadió—, y poner un poco de orden en el jardín.

—Muy loable, muy noble —dijo con tono cálido el hombre arrugado—. Son excelentes objetivos para un joven, excelentes. Cultivar el jardín está muy bien. Pero en definitiva, éstos son los objetivos que todo el mundo tiene. Un hombre necesita algo especial, una ambición personal, algo con qué distinguirse de la multitud.

—Es muy difícil que yo me confunda a mí mismo con la multitud, señor —dijo

Arthur amargamente. Podía decirse, a juzgar por el silencio de Mabel, que ella aprobaba el interrogatorio. Volvió a coger el tarro de la pimienta y se puso a darle vueltas—. Ese jardín, siempre lleno de maleza...

—¿No tiene ambiciones especiales, secretas, tuyas propias?

No sabiendo qué decir que no pareciese una tontería, Arthur se quedó con una mirada estúpida en los ojos. El hombre arrugado, con toda educación, le cogió el tarro de entre sus manos, y Mabel le dijo con una especie de ferocidad contenida:

—Bueno, continúa, no te dé vergüenza admitir que no tienes ninguna meta en la vida.

Arthur echó su silla hacia atrás y se levantó pesadamente de la mesa.

—Ya he dicho todo lo que tenía que decir. ¡Y no creo que lleve nada en su camión que yo necesite, señor!

—Al contrario —dijo el hombre arrugado, sin que su voz perdiera en absoluto su tono bondadoso—. Llevo precisamente lo que usted necesita. Para cada mentalidad tengo un intangible del tamaño apropiado.

—Bueno, pues no lo quiero —dijo Arthur con obstinación—. Soy muy feliz siendo como soy. ¡Haga el favor de no traerme aquí esas cosas!

—Arthur, me parece que no has atendido a nada de lo que este...

—¡Tú no te metas! —le dijo Arthur, haciéndole un gesto con el dedo—. Por lo que veo, este caballero viajante está tratando de imponerme algo, y tú le estás ayudando.

Se encararon el uno con el otro, y el hombre arrugado, sentado, cuidaba de los dos tarros y contemplaba a la mujer y al marido prudentemente. La expresión agresiva de Mabel se transformó en angustia; se llevó una mano al vientre.

—El niño me está haciendo daño —dijo.

En un instante, Arthur dio la vuelta a la mesa, la rodeó con sus brazos y la consoló arrepentido. Pero cuando ella alzó los ojos hacia el hombre arrugado, vio que éste la miraba fijamente, y sus ojos tenían la expresión penetrante de antes. Arthur también captó esa expresión, pero interpretándola mal, preguntó en tono culpable:

—¿Cree usted que sería conveniente llamar a un buen médico?

—Eso sería malgastar el dinero —dijo el hombre arrugado.

Su respuesta alivió visiblemente a Arthur, pero se sintió obligado a decir:

—Dicen que el doctor Smallpiece es un buen médico.

—Tal vez —dijo el hombre arrugado—. Pero los médicos no tienen nada que hacer ante los intangibles, que es con lo que se enfrentan ustedes ahora... ¡Ah, qué cosa más maravillosamente complicada es el alma humana! Resulta extraño que pudiendo hacer tantas cosas es incapaz de hacer nada por estar siempre en conflicto.

Pero Arthur había recobrado el valor, ahora que sentía el contacto de Mabel.

—Siga usted con sus pesimismo —dijo en tono de burla—. Mabel y yo haremos un montón de cosas en la vida.

El hombre arrugado movió la cabeza negativamente con una expresión de profunda pena. Por un momento, pensaron que iba a echarse a llorar.

—Ése es el problema —dijo—; que no las harán. Lo único que harán es lo mismo que están haciendo miles de personas al mismo tiempo. Tienen demasiados intangibles en contra. No pueden tirar en una sola dirección siquiera por el espacio de cinco minutos, aunque lo hicieran los dos a la vez.

Arthur dio un puñetazo en la mesa.

—Eso no es cierto, ¡y lárguese ya de aquí! ¡Yo puedo hacer lo que se me antoje! ¡Para eso tengo fuerza de voluntad!

—Muy bien.

Esta vez se levantó también el hombre arrugado, apartando su silla. Cogió los tarros de la sal y la pimienta y los colocó uno junto al otro, sin que llegaran a tocarse, en el borde de la mesa.

—Le propongo una pequeña prueba —dijo. Su voz, aunque no era firme, imponía respeto—. Aquí tiene estos dos tarros. ¿Cuánto tiempo sería capaz de tenerlos ahí, sin tocarlos ni moverlos, exactamente en ese sitio?

Por un momento, Arthur vaciló como si se debatiera con las perspectivas del tiempo.

—El tiempo que quisiera —dijo con determinación.

—No, no sería capaz —replicó el invitado.

—¡Claro que sí! Es mi casa y en ella hago lo que quiero. Es una estupidez, pero podría tenerlos ahí un año entero, si fuera menester.

—¡Ah, ya! Echaría mano de su *fuerza de voluntad* para mantenerlos ahí, ¿eh?

—¿Y por qué no? —preguntó Arthur—. Tengo la suficiente fuerza de voluntad; y lo que es más, voy a arreglar el jardín y a plantar judías y demás.

El largo rostro rugoso se balanceó de un lado a otro; los hombros se encogieron.

—Usted no puede probar así su fuerza de voluntad. La fuerza de voluntad es algo que debe durar toda la vida. Usted no es lo bastante individualista como para tener esa clase de fuerza de voluntad, ¿verdad?

—¿Quiere apostar? —preguntó Arthur.

—Claro que sí.

—De acuerdo. Entonces voy a conservar intactos esos dos frascos, ahí sobre la mesa, durante toda una vida... durante la mía.

El hombre arrugado rió. Se sacó la pipa del bolsillo y comenzó a encenderla. Se oían los chasquidos que producía la saliva al saltar.

—No quiero tomarle la palabra, hijo mío —dijo—, porque sé que jamás lograría llevarlo a cabo, y luego se sentiría defraudado consigo mismo. Una cosa tan pequeña como ésa no es tan simple; tropezaría con todos esos «tangibles del alma que le decía hace un momento.

—¡Que se vayan al infierno! —estalló Arthur. Estaba completamente

congestionado—. Le digo que lo puedo hacer.

—Y yo le digo que no. ¿Por qué? Porque dentro de dos, cinco o diez años, se dirá de repente: «No vale la pena... abandono». O puede que diga: «¿Por qué tengo que estar atado a unas palabras que dije cuando era joven y atolondrado?», o vendrá un amigo y, accidentalmente, tirará los tarros al suelo; o sus hijos se harán mayores y los cogerán; o se le puede incendiar la casa; o cualquier otra cosa. Le digo que es imposible llevar a cabo una cosa, por simple que sea, cuando los intangibles se ponen en contra de uno. Los intangibles y los tarros le vencerían.

—Tiene toda la razón —convino Mabel—. Es una estupidez, y no podrías hacerlo.

Y eso fue lo que decidió la cuestión.

Arthur apretó los puños en el fondo de los bolsillos y se colocó ante los dos tarros.

—Le apuesto a usted que estos dos tarros se van a quedar ahí, sin que nadie los toque, durante toda mi vida —dijo—. O lo toma o la deja.

—No puedes... —empezó Mabel, pero el hombre arrugado la hizo callar con un gesto, y se volvió hacia Arthur.

—Bueno —dijo—, vendré a verles de vez en cuando, si me lo permiten, para ver cómo les va. A cambio le daré... en realidad ya se lo he dado... uno de mis mejores intangibles: un objetivo en la vida.

Guardó silencio para dejar que hablara Arthur, pero el joven siguió mirando los dos tarros como hipnotizado.

Fue Mabel quien preguntó:

—¿Y cuál es su objetivo en la vida?

Y el hombre arrugado, al dirigirse hacia la puerta, soltó una ligera carcajada que no era exactamente agradable, ni exactamente cruel.

—Pues vigilar esos tarros —dijo—. ¡Hasta pronto, jóvenes!

Transcurrieron varios días antes de que se dieran cuenta de que se había metido en su vetusto camión y emprendido la marcha sin el más ligero fallo en el motor.

Al principio Mabel y Arthur discutieron violentamente sobre los tarros. Los argumentos eran desiguales, ya que Mabel no tenía más que ponerse la mano sobre el vientre para que ella ganara la partida. Mabel trató de hacerle ver lo estúpida que era la apuesta; unas veces lo admitía él, y otras no. Después trató de hacerle ver la banalidad de todo aquel asunto; pero eso no llegó a admitirlo en ningún momento. El hombre arrugado había conseguido traspasar la terquedad y la irritación de Arthur, y le había tocado un punto vital.

Cuando aún no había comprendido esto, Mabel trató por todos los medios de que Arthur quitara los tarros de la mesa. Después se sumió en el mutismo. Se limitó a esperar pacientemente que la vida continuara como si nada hubiese ocurrido.

Luego fue Arthur quien arremetió contra los tarros. El y ella cambiaban con tanta facilidad de actitud que parecían empeñados en una danza extraña. Y así era.

—¿Para qué vamos a aguantar la molestia de tenerlos ahí? —preguntó a Mabel—. Lo único que quería ese viejo charlatán era tomarnos el pelo.

—De sobra sabes que no te sentirías tranquilo si llegaras a quitar los tarros... al menos por ahora. Es cuestión de psicología.

—Te dije que es una tomadura de pelo —gruñó Arthur, que tenía una deplorable opinión de las cosas que leía su mujer.

—Además, los tarros no te molestan para nada —dijo Mabel, cambiando su sistema de defensa—. Yo estoy en casa mucho más que tú y no me preocupo en absoluto por ellos.

—No paro de pensar en ellos cuando estoy en el surtidor —dijo.

—Más lo harías si los tocaras. Déjalos unos cuantos días más.

Se quedó mirando con gesto sombrío los pequeños tarros de porcelana. Lentamente, alargó la mano para hacerlos rodar de un manotazo por la habitación. Pero en lugar de hacerlo, dio media vuelta y salió a deambular por el jardín. Mañana se levantaría temprano de verdad y limpiaría el terreno de toda esa maleza.

A continuación pasaron por una etapa en la que ninguno de los dos volvió a hablar de los tarros. Evitaron el tema de mutuo acuerdo, y Mabel limpiaba el polvo junto a los tarros sin tocarlos. Sin embargo, el tema no había perdido interés. Era como una ráfaga de viento frío que se hubiera interpuesto entre ellos. Un intangible.

Transcurrieron dos años antes de que el antediluviano vehículo pasara por Hapsville otra vez. Era el día en que Arthur cumplía los veinticuatro años, y otra vez había caído la noche cuando la figura de alargado cráneo, enfundada en su mono, avanzó hasta la puerta.

—Como se ría de los dichosos tarros, te juro que se los tiro a la cara —dijo Arthur. Era la primera vez, desde hacía meses, que hablaban de ellos.

—Será mejor que pase —dijo Mabel al hombre arrugado, mirándole de arriba abajo.

El hombre arrugado sonreía de manera tan encantadora que desarmaba; le dio las gracias, pero se quedó donde estaba, en el umbral. Al descubrir a Arthur, sus lentes relampaguearon, cada arruga se animó sobre la superficie de su rostro. Leyó con tanta facilidad en la expresión de Arthur lo que quería saber que ni siquiera se molestó en mirar a la mesa por encima de ambos para comprobarlo.

—No puedo detenerme —dijo—. Pasaba casualmente por aquí y se me ha ocurrido dejar esto.

Se sacó una muñequita de madera del bolsillo y la tendió hacia ellos. La muñeca tenía unos bonitos ojos redondeados, de un precioso azul claro.

—Es un regalo para su hijita —dijo, y se la dio a Mabel.

Mabel tenía ya el juguete entre sus manos cuando preguntó, presa de un súbito

asombro:

—¿Cómo ha adivinado que es una niña lo que hemos tenido?

—He visto un vestidito tendido en la cuerda, cuando entraba por el sendero —dijo—. ¡Buenas noches! ¡Hasta otra!

Los dos se quedaron de pie, mirando cómo se alejaba el pequeño camión y desaparecía por la carretera. Los dos se esforzaron por ocultar su desencanto ante la brevedad de la visita.

—Al menos, no te ha puesto furioso con su charla habilidosa —dijo Mabel.

—Pero es que *quería* que entrara —dijo Arthur de mal humor—. Me habría gustado enseñarle los tarros exactamente donde los dejé, clavados en ese borde de la mesa.

—La otra vez estuviste muy descortés con él.

—¿Por qué no le has hecho pasar?

—¡La otra noche no querías que entrara; ahora sí quieres! Desde luego, Arthur, eres un hombre difícil de complacer. Me da la sensación de que eres más feliz cuando te sientes desdichado. Eres tu peor enemigo.

Le espetó una maldición. Comenzaron a discutir más violentamente, hasta que Mabel se llevó la mano a su vientre y adoptó una expresión dolorosa.

Esta vez fue un niño. Le pusieron Mike y se hizo un diablillo. Nada había seguro a su alrededor. Arthur tuvo que clavar cuatro tablas en torno a los tarros para que no los tocara, como le dijo a Mabel, la mesa no tenía ningún valor, así que daba igual.

—¡Por el amor de Dios! ¡Ya eres mayorcito! —exclamó ella con impaciencia—. ¡Tira esos tarros inmediatamente! Te están volviendo supersticioso. ¿Cuándo vas a ocuparte del jardín? Arthur se quedó mirándola con gesto sombrío y beligerante, hasta que ella dio media vuelta y se fue.

Mike tenía casi diez años; y se hallaba armando cepos para pájaros en el bosque, cuando el hombre arrugado pasó a visitarlos otra vez. Llegó precisamente en el momento en que Arthur se preparaba para marcharse al garaje una mañana, y sonrió agradablemente cuando Mabel le hizo pasar a la habitación principal. Incluso su mono gastado parecía no haber sufrido el menor cambio.

—Ahí tiene sus dos tarros —dijo Arthur orgullosamente, haciendo un ademán hacia la mesa—. ¡No los ha tocado nadie desde que usted los puso ahí, hace años!

Efectivamente, allí estaban los tarros, firmes como dos centinelas.

—¡Muy bien, muy bien! —dijo el hombre arrugado; parecía verdaderamente complacido. Sacó un librito de notas y escribió unas palabras—. Me gusta tomar nota de todos mis clientes —les dijo en tono de disculpa.

—¿Quiere decir que tiene personas en todas partes vigilando saleros? —preguntó Mabel, inquieta por que oía llorar al niño de dos años afuera en el jardín.

—¡No, no hacen sólo eso! —dijo el hombre arrugado—. Algunas se pasan la vida coleccionando estampitas de cajas de cerillas, o pegando sellos en sus álbumes, o

escribiendo palabras en un libro, o coleccionando monedas, o dirigiendo la vida de los demás. Unas veces les ayudo, otras se las arreglan ellos solos. Por lo que veo, ustedes van muy bien.

—Es una gran molestia conservar los tarros tal como están —dijo Mabel—. Un hombre no puede hacerse una idea.

El hombre arrugado volvió hacia ella esa mirada penetrante que Mabel recordaba tan bien, pero no dijo nada. En vez de eso, se volvió a Arthur y le preguntó cómo le iba en el garaje.

—Ahora soy mecánico jefe —dijo Arthur, no sin cierto orgullo—. Y Hapsville se está haciendo un pueblo grande... ¡sí señor! Han construido una nueva fábrica de conservas y muchas otras cosas. Tenemos todo el trabajo que queremos en el garaje.

—Le va muy bien —repitió el hombre arrugado—. Pero ya volveré dentro de poco a verles otra vez.

El «dentro de poco» fue catorce años después.

El cascado y vetusto vehículo, con el rótulo apenas discernible, se detuvo frente al *bungalow*, y el hombre arrugado descendió. Miró en torno suyo con curiosidad. Desde su última visita, Hapsville se había extendido hasta la casa de Arthur y la había rodeado de preciosas casitas de madera a uno y otro lado de la carretera. También la casa de Arthur había cambiado. Habían añadido una gran habitación a un lado; habían pintado recientemente el exterior; una extensión de césped orlado con rosales llegaba hasta la cerca delantera. No se veía el menor rastro de maleza.

—Les va estupendamente —dijo el hombre arrugado, y fue a llamar a la puerta.

Le atendió una señorita de dieciséis años, que en seguida adivinó quién era él.

—Me llamo Jennifer, tengo dieciséis años. ¡Hace muchísimo tiempo que esperaba que viniera usted! Pero será mejor que pase, mamá está afuera en el jardín lavando; pase y vea los tarros, están en el mismo sitio, nadie los ha movido de ahí jamás. Papá dice que si los tocamos nos traerá una desgracia de miles de años porque son intangibles.

Sin dejar de parlotear, condujo al hombre arrugado a la vieja habitación. También estaba cambiada; ahora tenía una cama, y de sus paredes colgaban varias fotografías descoloridas. Sentado en una mecedora, había un viejo colorado como una puesta de sol que asintió con el semblante satisfecho al ver entrar a Jennifer y al hombre arrugado.

—Éste es el padre de papá —explicó la muchacha a modo de presentación.

Había una cosa familiar, conservada intacta. Era la mesa desnuda, que estaba colocada en su sitio de siempre, y sobre ella, cerca del borde y sin llegar a tocarse, estaban los tarros de porcelana. Jennifer dejó al hombre arrugado admirándolos, y corrió a llamar a su madre.

—¿Dónde están los demás hijos? —preguntó el hombre arrugado al padre de papá, a manera de conversación.

—Jennifer es la única que queda —dijo el padre de papá—. Prue, la mayor, se

casó, como hacen todas. Eso fue antes de me viniera yo a vivir aquí por primera vez. Hace ya seis años, puede que casi siete. Se casó con un molinero llamado Muller. Resulta gracioso, ¿verdad?... un molinero que se llama Muller^[5]. Y tuvieron una niña a la que pusieron Millie. En cambio Mike, el chico de Arthur, era un zascandil. No servía más que de semental. Y cuando había dejado embarazadas a un montón de jovencitas, que debían haber tenido un poco más de cabeza— bueno, entonces fue Mike, cogió un coche del garaje de su padre, se marchó a San Diego, y allí se alistó en la Marina; y desde entonces no hemos sabido nada de él.

El hombre arrugado chascó la lengua, dando a entender que, aunque censuraba tal comportamiento, no era la primera vez que oía contar una historia de ese género.

—¿Y cómo le va a Arthur? —preguntó.

—El negocio le marcha muy bien. ¿Sabe que compró el garaje este otoño pasado? ¡Ahora es él el jefe!

—Hacía lo menos quince años que no venía por aquí.

—Hapsville ha prosperado mucho —murmuró el padre de papá—. Naturalmente, eso significa que ya no es un pueblecito de vida apacible... Pues sí, Arthur compró el viejo garaje al retirarse su jefe. Arthur es un muchacho muy listo... algo bruto, pero listo.

Cuando apareció Mabel, venía secándose las manos en una toalla. Como casi todo lo demás, había cambiado también. Con su último cumpleaños, había dejado atrás los cuarenta y ocho, y los años la habían engordado. Las gafas que le colgaban de la nariz eran un tributo a la perseverancia con que había seguido en casa el rastro de la psicología entre las columnas de anuncios de sus sempiternas revistas. La experiencia, como piedra de afilar, había aguzado su expresión.

Sin embargo, concedió una sonrisa al hombre arrugado y le saludó con franca cordialidad.

—Arthur está en el trabajo —dijo—. Le prepararé una jarra de sidra.

—Muchas gracias —dijo el hombre arrugado—. Pero tengo que marcharme. Sólo quería pasar a ver cómo les va.

—¡Ah!, los tarros siguen ahí todavía —dijo Mabel, bruscamente áspera, y con un ademán hacia los tarros de la sal y la pimienta. Al ver en ese momento que Jennifer estaba apoyada en la puerta, la llamó—: Jenny, ve a amontonar las manzanas tal como te he enseñado. Yo tengo que hablar con este señor.

Dejó escapar un suspiro, y se volvió hacia el hombre arrugado.

—Bueno —dijo—. Cada vez son más largos los períodos que transcurren entre sus visitas. Yo creía que no iba a volver más. Hemos recibido una oferta muy buena por este trozo de terreno; lo bastante como para establecernos en una casa más cómoda en un barrio más elegante de la ciudad.

—Cuánto me alegro de la noticia —la cara larga se rizó con simpatía.

—¿De veras? —dijo Mabel—. Entonces permítame que le diga esto: Arthur no

hace más que rechazar la oferta precisamente por esos dos tarros que hay ahí. Dice que, si lo vende, habrá que mover los tarros, y no le gusta la idea de que los toquen. Bueno, ¿qué dice usted a eso, Señor Intangible?

El hombre arrugado extendió ampliamente sus manos y meneó la cabeza de lado a lado. Sus arrugas se entrecruzaron en una expresión preocupada.

—Sólo tengo una cosa que decir a eso —dijo—. Que esta pequeña apuesta que hicimos se ha convertido ahora en una gran inconveniencia, y debe ser anulada. ¿Qué pasaría si cojo yo los tarros, antes de que venga Arthur?; usted podría explicárselo en mi lugar, ¿no?

Se dirigió hacia la mesa y alargó la mano para cogerlos.

—¡Espere! —gritó Mabel—. Deje que lo piense un momento, antes de tocarlos.

—Arthur no le perdonaría nunca, si llegara a tocar los tarros —dijo el padre de papá desde el fondo.

—Es demasiada responsabilidad para que decida yo —dijo Mabel, furiosa consigo misma por su indecisión—. Cuando pienso en el cuidado que tuvimos con ellos cuando los niños eran pequeños. Llevan ahí un cuarto de siglo...

Su voz sonó algo patética.

—No se angustie —la consoló el hombre arrugado—. Espere a que regrese Arthur, y luego le dice de mi parte que olvide por completo la pequeña apuesta. Como les expliqué al principio de todo esto, es imposible llevar a cabo una cosa, por simple que sea, cuando se tienen todos los intangibles en contra.

Con aire ausente, Mabel comenzó a secarse las manos en la toalla otra vez.

—¿Podría esperar y explicárselo usted mismo? —preguntó—. Él vendrá dentro de media hora a tomar un bocado.

—Lo siento. Mis negocios van en auge también... tengo que ir a ver a una joven pareja que está criando una raza de perros que no pueden ladrar. Volveré dentro de poco.

Y el hombre arrugado volvió a Hapsville como había prometido, al cabo de dieciocho años. Había nieve en el aire y sucios barrizales en el suelo, y la casa de Arthur resultaba difícil de encontrar. Un cine de gran tamaño, en el que se proyectaba una película titulada «Luz de amor», la flanqueaba por un lado, mientras que por el otro iban y venían constantemente automóviles a lo largo de una calzada nueva de seis carriles.

«A lo que se ve, no llegó a venderla», comentó consigo mismo el hombre arrugado mientras se internaba por el sendero.

Llegó a la puerta principal, se quedó dudando, y echó otra mirada a su alrededor. El jardín, que tan cuidado había visto la última vez, era ahora un páramo: los rosales habían dejado paso a muñones de coles, entradas de cine usadas y envases de helados que se amontonaban junto a la pared del cine. La maleza empezaba a crecer nuevamente en el sendero. Incluso la casa tenía un aspecto algo ruinoso.

En la habitación, donde aún estaban los tarros de porcelana, ardía el fuego de la chimenea, junto a la cual se calentaba un anciano sentado en una mecedora. El y el intruso se miraron a través del cristal empañado. —¡El padre de papá! —exclamó el hombre arrugado. Por un momento, había creído...

—¿Qué dice? —preguntó el anciano—. De un tiempo a esta parte no oigo bien. Pase... ¡Ah, es usted! El señor de los Intangibles, que viene otra vez a visitarnos. ¡Sí que han pasado años desde la última vez!

—Unos diecinueve, creo. Cada vez tengo que visitar a más gente.

—¿Qué dice? No creía que iba a verme todavía aquí, ¿eh? —preguntó el padre de papá—. Noventa y siete años cumplí el pasado mes de noviembre, noventa y siete. Sano como un reloj, quitando la sordera.

Alguien había entrado en la habitación por la puerta de atrás. Era una mujer de unos cuarenta y cinco años, de aspecto ordinario, con un vestido color verde mostaza de lo más inapropiado. Había cierto aire bovino en su semblante que la identificaba como miembro de la familia.

—No sabía que teníamos visita —dijo. Luego reconoció al hombre arrugado—: ¡Ah, ya sé quién es usted! ¿Qué quiere?

—Veamos —dijo él—. Usted debe de ser... ¡sí, debe ser Prue, la mayor, la que se casó con el molinero!

—Le agradecería que no me lo nombrara —dijo Prue con acritud—. La última vez que le vimos fue hace dos años; y que le vaya bien.

—¿Y eso? ¿Se han divorciado? Bueno, está muy de moda divorciarse... ¿Y la niña?

—Millie se ha casado, y mi hijo Rex también; los dos viven en ciudades mejores que Hapsville —dijo.

—¿De veras? No había oído habla de Rex.

—Si quiere hablar con mi padre, está aquí —dijo bruscamente Prue, evidentemente deseosa de terminar la conversación.

Le condujo a un dormitorio. Aquí las cortinas estaban echadas para protegerlo del frío del exterior, y el resplandor de la lamparita de cabecera producía un ambiente de intimidad. Arthur, con un número de la revista *Popular Mechanics* sobre sus rodillas, estaba incorporado en la cama, bien arrebujado.

Hacía treinta y tres años que no se habían visto. Arthur estaba casi irreconocible, hasta que uno conseguía descubrir los viejos contornos de toro bajo sus carrillos colgantes. Durante sus años de madurez había acumulado una grasa que ahora estaba perdiendo. Las cejas le colgaban como guiñapos y casi le ocultaban los ojos, que al reconocerle se iluminaron. Tenía el pelo gris y despeinado.

Pese al abismo de años que mediaba entre sus dos entrevistas, Arthur empezó a hablar como si hubieran estado charlando el día anterior.

—Todavía están sobre la mesa, igual que han estado siempre. ¿Los ha visto? —

preguntó con ansiedad.

—Sí, los he visto. ¡Verdaderamente, tiene usted fuerza de voluntad!

—¡Jamás los han tocado en todos estos años! Durante... ¿durante cuántos?

—Durante cuarenta y cinco años, casi.

—¡Cuarenta y cinco años! —repitió Arthur—. No parece que hace tanto... Eso demuestra lo que representa tener un objeto en la vida, supongo. Cuarenta y cinco años... Es un montón de años, ¿verdad? Usted no ha cambiado mucho.

—Mi oficio ayuda a mantener joven el armazón —dijo el hombre arrugado, arrugándose aún más.

—Prue ha vuelto ahora con nosotros para echarnos una mano —dijo Arthur, siguiendo el curso de sus propios pensamientos—. Es muy buena chica. Ella le dará de comer, si se lo pide. Mabel no está.

El hombre arrugado se limpió las gafas en el mono.

—Aún no me ha dicho qué hace en la cama —dijo con dulzura.

—¡Ah!, me torcí la espalda en el garaje. Tratando de levantar un chasis, en vez de emplear un gato. Teníamos un montón de trabajo. Quería ganar tiempo. Debía haber tenido en cuenta mi edad.

—¿Cuántos garajes tiene ahora?

—Sólo uno. Tuvimos... tuve que luchar con la competencia de las grandes compañías, y no me quedó más remedio que vender el garaje del centro. Es un oficio duro. Criminal. Tal vez hubiera sido mejor buscarme otra cosa, pero es demasiado tarde ya para pensar en cambiar de oficio... El médico dice que para la primavera ya podré levantarme otra vez.

—¿Cuánto hace que está en cama? —preguntó el hombre arrugado.

—Llevo semanas; pero va a rachas. Unas veces me siento mejor, y otras peor. Ya sabe cómo son estas cosas. Debí haberme dado cuenta. Esas grandes compañías gasolineras te exprimen hasta sacarte la vida... Mabel va todos los días a hacerse cargo de la caja en mi lugar. Mire, en cuanto a los tarros...

—Cuando vine la otra vez, le dije a su señora que nos olvidáramos de la apuesta.

Arthur tiró con displicencia y mal humor de las ropas de la cama, y sus manos parecían muy rojas sobre el gris de la colcha. Una fugaz agresividad pareció devolverle su antigua personalidad.

—Usted sabe que no podemos anular nuestra apuesta —dijo con enfado. ¿Por qué dice esa tontería? Me he comprometido a ello. Tocar esos tarros es algo que está por encima de mi vida ahora. Mabel dice que traería mala suerte, y eso es exactamente lo que pasaría. ¡Muévalos, y verá cómo pasa algo! La vida no resulta fácil, si lo sabré yo.

La alargada cabeza se movió lentamente de un lado a otro con tristeza.

—Se equivoca —dijo el hombre arrugado—. No era más que una apuesta que hicimos una noche, cuando éramos algo jóvenes y estúpidos. Las personas, cuando son jóvenes, hacen las cosas más raras del mundo. Mire, la semana pasada visité a

unos cuantos jóvenes que están tratando de lanzar ratones al espacio exterior, ¡figúrese!

—¡Está usted tratando de hacerme perder la apuesta! —dijo Arthur, excitado—. Nunca me he fiado demasiado ni de usted ni de sus Intangibles. No crea que se me ha olvidado lo que dijo la primera vez que vino por aquí. Dijo que cualquier cosa acabaría por hacerme cambiar de parecer; usted creía que iba a venir yo un día y los iba a quitar de la mesa de una manotada. ¡Bueno, pues no lo he hecho! Incluso me he quedado a vivir aquí por esos dos tarros, y eso en perjuicio nuestro.

—Entonces, creo que no me queda nada que decir.

—¡Espere! ¡No se vaya! —Arthur extendió la mano, pues el hombre arrugado se había dirigido hacia la puerta—. Hay algo que quiero preguntarle.

—Adelante.

—Esos dos frascos... aunque jamás los he tocado, si los mira, verá algo. ¡Verá que no tienen ni una mota de polvo! ¿Y quiere que le diga por qué? Por la vibración del tráfico de la nueva arteria. Sacude el polvo de los tarros.

—Muy cómodo —dijo el hombre arrugado cautamente.

—Pero no es eso lo que me preocupa —prosiguió Arthur—. El tránsito se está poniendo cada vez peor. Tengo miedo de que llegue a tal extremo que, con las vibraciones, acabe por tirar los frascos de la mesa. Están cerca del borde, ¿no? Podrían caerse fácilmente con las vibraciones de la circulación. Y supongamos que se caen... ¿Contaría eso?

Escrutó el rostro el hombre arrugado, pero la luz de la lamparita se reflejaba en sus gafas ocultándole los ojos. Hubo un largo silencio que el hombre arrugado rompió como a pesar suyo.

—Usted sabe desde siempre la respuesta a esa pregunta, Arthur —dijo; fue la primera vez que utilizó el nombre del otro.

—Sí —dijo Arthur lentamente—. Creo que sí. Si los tarros se cayeran de la mesa, significaría que los intangibles me habrían vencido.

Volvió a hundirse, sombrío, entre las almohadas. El ejemplar de la *Popular Mechanics* resbaló descuidadamente y se cayó al suelo. Tras un momento de vacilación, el hombre arrugado dio media vuelta y se dirigió a la puerta; y allí, vaciló otra vez.

—Espero que se ponga bien y se levante otra vez para esta primavera —dijo suavemente.

Esto hizo que Arthur se incorporara súbitamente, a la vez que soltaba un gruñido.

—¡Vuelva por aquí otra vez! —dijo—. ¿Me promete que volverá?

—Volveré —dijo el hombre arrugado.

Efectivamente, su vetusto camión volvió, traqueteante, por entre la multitud de transitados callejones de Hapsville, veintiún años después. Se desvió de la avenida y se detuvo.

—Qué deprisa cambian los barrios —dijo.

El cine parecía cerrado desde hacía mucho tiempo. Ahora, evidentemente, lo utilizaban como almacén de muebles, ya que había un enorme furgón del que estaban descargando divanes en la puerta. Detrás de la parcela de Arthur se alzaba un feo bloque de viviendas; los niños gritaban y vociferaban en un callejón lateral. Al otro lado de la transitada carretera había una fila de pequeños establecimientos donde se vendían velas y discos de música moderna y cosas así. Detrás de los establecimientos había un helipuerto.

Se dirigió a un callejón lateral y allí, ahogada por la parte trasera de un *drug-store*, estaba la parcela de Arthur. La naturaleza, severamente eliminada en otras partes, había resurgido aquí. La hiedra trepaba por los postes del porche y la maleza era tan alta que se asomaba por todas las ventanas. La yerba se apiñaba en la entrada.

—¿Qué quiere?

El hombre arrugado habría saltado, de haber sido de los que se sobresaltan. Quien le interpelaba se hallaba de pie, tras la puerta entreabierta, fumando una pipa. Era un hombre bastante maduro, de aspecto bovino, mejillas sin afeitar y pelo gris.

—¡Arthur! —exclamó el hombre arrugado. Luego, el otro dio un paso hacia la luz para mirarle más atentamente.

—No; no puede ser Arthur —dijo el hombre arrugado—. Usted debe de ser... Mike, ¿no?

—Me llamo, Mike. ¿Qué pasa?

—Y debe de tener unos... ¿sesenta y cuatro años?

—¿Le importa a usted mucho? ¿Quién es usted... un policía? No... ¡un momento! Yo sé quién es usted. ¿Cómo es que ha venido precisamente hoy?

—Bueno, sólo venía a ver como les va.

—Ya —Mike se calló y escupió a la maleza. Era el retrato de su padre, y evidentemente no pensaba más de prisa que él.

—¿Es usted el viejo de la sal y la pimienta? —dijo.

—Puede llamarme así, sí.

—Será mejor que pase a ver a mamá —se hizo a un lado, de mala gana, para dejar que pasara el hombre arrugado.

Dentro, la casa estaba fría y húmeda y mohosa. Mabel andaba cojeando lentamente por el dormitorio, metiendo cosas en una gran bolsa negra. Al entrar el hombre arrugado en la habitación, se acercó a él y le miró atentamente, asintiendo para sus adentros. Olía a frío y a humedad y a moho.

Tenía ochenta y ocho años. Bajo su gastado abrigo, se había consumido hasta convertirse en una diminuta anciana. Los lentes le brillaban sobre su nariz fina, e increíblemente frágil. Pero cuando habló, su voz sonó incisiva como siempre.

—Sabía que pasaría por aquí —dijo—. Ya les dije yo que vendría. Les dije que no faltaría. Quería saber el final, ¿verdad? Bueno... pues lo sabrá. Vamos a vender. Vamos a venderlo todo. Nos vamos de aquí. Prue se ha vuelto a casar... con otro

molinero, además. Y Mike ha venido a llevarme con él; ha comprado una casita cerca de San Diego, en tierra de frutales.

—¿Y... Arthur? —quiso saber el hombre arrugado. Mabel le lanzó una mirada dura.

—¡Lo sabe de sobra! —exclamó con una voz demasiado seca para las lágrimas—. Le han enterrado esta mañana. Con un funeral apropiado. Yo no he ido. Soy demasiado vieja para ir a un entierro, a no ser que sea el mío.

—Lástima no haber venido antes... —dijo él.

—Usted viene cuando quiere venir —dijo Mabel escuetamente—. Arthur estuvo hablando de usted hasta el final... No llegó a levantarse de la cama desde que se torció la espalda en el garaje. Veintiún años ha estado ahí, en esa cama...

Mabel le condujo a la habitación donde un día tomaron juntos una sopa diluida. Estaba bastante oscura ahora; reinaba una especie de oscuridad verdosa, con los cristales sucios y casi tapados por la maleza. La estancia estaba completamente vacía, salvo una mesa con dos tarros de porcelana encima.

El hombre arrugado anotó algo en su cuaderno y trató de mostrarse jovial.

—¡Arthur ha ganado rotundamente la apuesta! Mi más efusiva enhorabuena para él —dijo. Cruzó la habitación y se acercó a ver los dos tarros—. Pensar que han estado ahí, sin que nadie los toque, durante sesenta y seis años... —dijo.

—¡Eso es lo que Arthur creía! —dijo Mabel—. No dejó de vigilarlos jamás. Nunca se lo dije, pero yo solía cogerlos y limpiarles el polvo todos los días. Una mujer tiene que velar por la limpieza de la casa. De haberse enterado él, habría sido capaz de matarme; pero yo no podía soportar el verle empeñado en una cosa tan tonta. Como dijo usted una vez, las mujeres tenemos nuestros propios intangibles, lo mismo que los hombres.

Asintiendo comprensivamente, el hombre arrugado añadió una nota final en su cuaderno. Mabel le acompañó hasta la puerta.

—Supongo que no la veré más —dijo él.

Ella hizo un ligero gesto negativo con la cabeza, incapaz de hablar en ese momento. Luego se metió en casa, se dirigió cojeando al oscuro dormitorio, y siguió recogiendo sus cosas.

Desde el asesinato^[6]

No tenía la menor sensación de caer.

Descendía con perfecto dominio por el aire tenue, su cuerpo en una postura singularmente exultante mientras se hundía hacia la tierra azul americana, controlando la velocidad de la caída con levísimos movimientos de cuello y cabeza.

En estos momentos de éxtasis, casi perdía la noción de su propia identidad. Le agradaba despojarse de una personalidad que siempre le había parecido inadecuada. Por esta razón, el paracaidismo se había convertido en un consuelo para ella, y luego en una obsesión: la alejaba tanto de sí misma que no podía sino alejarla también de su marido, Russell Crompton, Secretario de Estado. Y desde el asesinato del Presidente, hacía un mes, las enormes cargas que él había tenido que asumir —cargas que prefiguraban el futuro— les habían apartado aún más.

Así que salía todos los días a lanzarse desde su avión particular, robando segundos de éxtasis inconmensurable por las escalas terrestres del tiempo. Ahora siento el futuro en un instante.

Esos segundos se comprimían en revelaciones luminosas, difíciles de captar una vez concluido el salto, cuando quedaba confinada en la tierra. En la ciudad una no sabe nada de las grandes regiones interiores. Pero se daba cuenta de que estaba a punto de empezar una nueva era: en la tierra, hombres diminutos carentes de toda sabiduría trataban de darle comienzo, del mismo modo que buscaban al asesino, concediendo la misma importancia a ambas empresas. También su marido confiaba en ser fuerte y grande para estas dos tareas; sin embargo, al repasar su carácter, ella le negó el poder necesario. Conocía a un hombre que lo poseía: Jacob Byrnes; Jake, héroe, víctima, payaso, vidente; y ella pronunció en secreto su nombre, bajo la careta respiratoria. Siento que me llegan sus pensamientos.

La enorme caída que había efectuado por la capa superior del aire la dejó a 2.250 pies. Ahora su entrada en contacto con la tierra era inminente y tiró de la cuerda de apertura para soltar el primer paracaídas; su equipo era de lo más simple, como si quisiera conservar este milagro en un estado natural.

Por debajo de ella fue creciendo la zona de caída, habilitada recientemente en un rincón de la finca de Russell. Crompton era más rico que Jake Byrnes, y también un político más hábil, razón por la cual había logrado salir a flote mientras Jake había naufragado. ¿Por qué los comparaba ahora? Jake se le había venido al pensamiento, había tenido una súbita imagen suya... No, no tenía sentido: estas imágenes del futuro no podían considerarse siempre como fenómenos de clarividencia, porque quizá existía en el universo más de una clase de tiempo, aún sin descubrir; pero en esa imagen se vio a sí misma recibiendo a Jake en casa de éste. Había sufrido algún tipo de desgracia, pero le sonrió. Cosa curiosa: en sus esporádicos encuentros, Jake había demostrado no tenerle demasiado afecto.

Antes de tomar tierra, exactamente en el lugar indicado, vio que Russell la estaba esperando: era una figura solitaria recortada contra el color negro del coche; llevaba puesto un simple impermeable, como tenía por costumbre cuando quería estar solo y sentirse como uno más.

Le vio aproximarse con el ceño arrugado, por lo que procuró caer de pie y evitar los revolcones. En el último momento, la cogió una ráfaga y la impulsó hacia él; Crompton tuvo que extender una mano para detenerla, sujetándola por el hombro.

—¡Rhoda! Sabía que te encontraría jugando a esto. Quiero que vengas conmigo a dar un paseo.

Lo dijo malhumorado porque le desagradaba esta pasión suya. Crompton era un freudiano a quien le gustaba, en sus ratos de esparcimiento, hablarle en lenguaje grandilocuente y explicarle que sufría un deseo de morir y que, al practicar el paracaidismo, lo que «realmente» pretendía era matarse. Y Rhoda, con una idea menos tajante de la realidad, guardaba para sí su propia opinión; era una mujer reservada.

Rhoda se quitó las gafas y se desabrochó la cremallera de su traje de cuero. Crompton no pudo menos que admirar sus rojos labios y su precioso cabello rubio, súbitamente libre, revuelto por el viento. Una maravillosa e inalcanzable mujer que ahora le irritaba porque no le preguntaba a dónde la quería llevar.

—Dúchate y cámbiate, ¿quieres? Voy a Gondwana Hills a consultarle una cosa a Byrnes. Quiero que vengas conmigo.

Una vez más, esperaba que hiciera algún comentario desdeñoso, y le preguntara: «¿Para que te defienda de Miriam Byrnes, tu antiguo amor?». Pero nunca se burlaba, nunca decía lo que uno esperaba. Puede que fuera eso lo que le gustaba de Miriam y otras como ella; ahora que la política se había vuelto tan complicada, la mujeres debían seguir siendo así de simples. ¿Habría leído Rhoda sus pensamientos? Miró hacia la lejanía, temeroso de su propia transparencia: un malestar nervioso hervía en su interior, y se manifestaba en forma de inquietantes pensamientos de que los demás sabían cosas desagradables sobre él; se sentía atrapado en una maraña de preguntas. La vigorosa sabiduría de Byrnes actuaría sobre él como un bálsamo.

—¿Vuelve a estar en gracia Jacob Byrnes? —preguntó ella cuando caminaban hacia la caseta donde tenía que cambiarse.

—En la presente confusión, todo el mundo trata de ponerse en contacto con él. Si pudiéramos descubrir al asesino, quitarnos de encima a los periodistas, ponernos a salvo, terminar con este acoso agobiador... Pensé que sería útil ir a verle. Quiero presentarle a... bueno, eso da igual. Mi departamento me ha informado que incluso el Vicepresidente Strawn le telefoneó anteayer.

El Presidente Strawn, pensó ella; ese rebajamiento debe ser significativo. Se quitó el traje y se metió desnuda en la ducha; le dejó que mirara.

Ocurriera lo que ocurriese, ella también quería ver a Byrnes.

La pequeña máquina grabadora guardó silencio durante nueve minutos, antes de que el ex Secretario de Estado Jacob Byrnes terminara la frase. Durante ese tiempo, la mente sólida y eficiente de Byrnes pasó revista a un extenso repertorio de temas pasados y actuales, ordenándolos, catalogándolos metódicamente y comprimiéndolos en palabras, siempre imperfectas. Por último, apartando el cigarro, dijo:

—... concluyo, *tengo* que concluir, que la presente es una época en que la nueva relación entre el hombre y el universo no ha pasado aún de un estado incipiente, por las razones arriba enunciadas. Éste es el factor central...

El factor que él consideraba central, al menos. Este vasto informe, que en principio estaba destinado a justificar su retiro forzoso del gobierno y a disipar los viejos escándalos de hacía diez años, se había convertido en una disquisición filosófica; había abandonado los aspectos personales para hundirse en pensamientos abismales. Las pausas entre las frases, los períodos de consultas, eran cada vez más largos, los dedos de Grigson vacilaban cada vez más sobre la máquina grabadora a medida que Byrnes luchaba por seguir adelante y se iba acercando a la verdad. Sabía que se estaba acercando; ese algo misterioso que impedía el establecimiento de una nueva y decidida relación universal se cernía sobre él y sobre toda su propiedad de Gondwana Hills, y suscitaba en su conciencia imágenes inquietas, aspectos fragmentarios de una nueva posibilidad.

—¿Por dónde íbamos, Grigson?

—«El factor central», señor —el secretario había aniquilado magistralmente su propia personalidad, aplastado por los dólares de Byrnes, sin poder desarrollar todo su potencial. A Byrnes, en quien dominaba la empatía, la inexpresividad de aquel hombre a menudo le hacía sentir vehementes deseos de pegarle. Lo había llegado a hacer una vez, cuando estaba preocupado por algo que había hecho Miriam. Grigson, por supuesto, no se lo había tomado a mal.

—El factor central que opera en la conciencia colectiva. Las tendencias encontradas de mediados del siglo XX hicieron abortar la apertura hacia una conciencia superior, dando como resultado esa pesadilla de sistemas político-económicos que se han impuesto en todo el mundo. La Guerra Fría y la Guerra del Vietnam deben considerarse como armazones psíquicos defectuosos, merced a los cuales los desarrollos favorables se han visto eclipsados por otros adversos.

Sin dejar de dictar, se levantó y se acercó al amplio balcón. Había hecho instalar allí un micrófono, de manera que Grigson podía seguir oyéndole. Le gustaba dictar desde aquí, contemplando los montes lejanos, la pista de aterrizaje que le pertenecía y, más cerca, el decorativo lago. Más cerca aún, se encontraban las principales dependencias de la casa, tales como el gimnasio, el pabellón de relajamiento de su hijo Mario, las caballerizas y la piscina, situada ante una amplia terraza flanqueada de estatuas. Estaba todo distribuido en un orden que no acababa de satisfacer a Byrnes, a pesar de que había sido meticuloso con el arquitecto en esta cuestión; el caso es que

los espacios habían quedado proporcionalmente pequeños. Alzó los ojos hacia las montañas. Al menos, aquello sí estaba bien hecho. Incluso la línea de la carretera se iba borrando de la vista, año tras año, a medida que iban creciendo los árboles. No es que a él le quedaran muchos más años...

Miriam se estaba bañando en la piscina.

—¡Hola! —gritó ella, y Byrnes le devolvió el saludo.

Aún existía entre los dos cierta comunicación a un nivel de sentimientos menores, lo que tal vez significaba algo, después de diez años. En ese momento nadaba desnuda, con su cuerpo depilado dorado bajo el agua; a Byrnes ya había dejado de molestarle que mirara el personal. Incluso había sorprendido a Grigson espiando.

Los rudos individuos que montaban guardia junto a la valla eran los más molestos; pero hacía tiempo que Byrnes se había convencido de que, en vista del frágil equilibrio mental de su esposa, era mejor no obligarla a reprimir su necesidad de exhibirse. Pobre Miriam: por mucho que se esforzaba en insinuarse, lo que ella ofrecía era lastimosamente ordinario.

Había más agitación de la corriente en el lugar. Mario estaba con unos cuantos empleados, enviados por una casa de decoración de interiores, atareados con un nuevo proyecto. Los proyectos de aquel hijo esquizoide eran algo así como una especie de arteterapia: a medida que los intentos de autocurarse se hacían más desesperados, los proyectos se volvían más complicados. Byrnes no se atrevía a entrometerse en los sufrimientos de su hijo y, a la sazón, le veía muy poco. Una empatía muy pobre, en este caso. Tuvo una visión fugaz —una de sus imágenes— de una especie de paisaje lunar y de su fría primera esposa, Alice, la madre de Mario, que reprimió apresuradamente. Estaba bien que Miriam viera a Mario con más frecuencia que él, aunque no podía imaginarse qué tendrían que decirse el uno al otro.

Grigson se había puesto al teléfono. Se asomó al balcón y dijo:

—Hay un coche particular en la entrada, señor. Russell Crompton, el Secretario de Estado, quiere hablar con usted.

—Que pase. Informe al Capitán Harris del puesto de guardia.

—Sí, señor.

Era la única fórmula de asentimiento que Grigson empleaba. Conque Russell Crompton venía a verle. Desde el asesinato del Presidente, sus asustados sucesores no hacían más que telefonarle y comunicarse con él por radio. Volvía a estar en gracia. Se dio cuenta de que esto le proporcionaba una especie de moderada satisfacción. Pero todos estaban demasiados recelosos de posibles asechanzas y espionajes para hablar en voz alta. ¡Ahora era Russell Crompton, el amigo íntimo de otro tiempo, quien esperaba en la puerta! Habían dado una batida a escala nacional en busca de una víctima propiciatoria, si no del asesino; quizá venía a hablarle de esto.

Sus personales convicciones filosóficas le inducían a creer que el asesino del Presidente era un compatriota; la abortada relación universal no admitía nada menos concreto. Sintió su estómago un poco revuelto. ¡Cuanto más sabía uno, más ignoraba!

—He terminado de dictar, Grigson.

Grigson sonrió y asintió, recogió su cartera y salió de la habitación. Byrnes se demoró un momento en el balcón, contemplando la escena que dentro de poco iba a verse turbada. Había cosas que tenían un valor inestimable, como la paz de Gondwana Hills y las corrientes de pensamiento que cruzaban por su propia mente; estas cosas eran vitales para él, le alimentaban y mantenían su interés por la vida; y él tenía la esperanza de utilizarlas para alimentar a otros, una vez que las trasvasara al papel.

Pero las relaciones personales también le ocupaban aún. Era un sistema multivalente, y disfrutaba manejándolo y ganando y perdiendo puntos; no obstante, su goce no era puramente intelectual. Amaba a las personas como seguía amando la vida.

Tampoco era tan viejo como para no sentir deseos de que Russell Crompton le viera en la posición más ventajosa cuando llegara. No quería aparecer ante él como un vetusto intelectual, como un bufón sabihondo, sino como un político avezado, alegre, capaz todavía de vivir la vida de un *playboy*. Bajaría al gimnasio.

¿Y por qué —esto es lo que él se preguntaba mientras cruzaba la estancia, dando un último repaso a estas confusas quimeras—, por qué quería representar un papel delante de Russell? Russell, pese a todos sus defectos y debilidades, era siempre directo, nunca fingía, aunque conspiraba; Byrnes no conspiraba jamás —bueno, sólo en algún caso esporádico—, pero le gustaba fingir. Sin embargo, su papel de *playboy* ante Russell era poco convincente casi a propósito; quizá contra quien dirigía realmente este mecanismo de defensa era contra la mujer de Russell, la enigmática Rhoda.

Se preguntaba qué impresión le causaría ella en aquel día soleado. Esa paracaidista... extraña afición para una mujer. Tenía un pelo hermoso. Algo le decía que vendría acompañando a Crompton, por inverosímil que pareciese.

Pero él iba a tener que hablar de asuntos de Estado.

Caminando con su firmeza habitual, que le hacía parecer más grueso de lo que era en realidad, Byrnes cruzó el corredor, bajó en ascensor hasta la planta baja, salió a un sol abrasador, y se fue quitando la chaqueta mientras andaba. Llevaba una pistola en la sobaquera porque tenía miedo a los atentados, y también a no poder matarse a sí mismo en caso de desear hacerlo.

—¡Miriam! —gritó al pasar junto a la piscina.

—¡Hola!, ¿vienes, papaíto? —dijo ella, moviendo al aire su brazo moreno en una lánguida llamada.

¡Estupidez de nombre!

—Sal y vístete. El Secretario de Estado Crompton viene para acá.

—¡Vaya, hombre! ¿Es que cree que escondemos aquí al que ha matado al Presi? ¿O es que quiere que te presentes tú para Presidente? ¿Viene Rhoda con él?

Byrnes siguió andando impasible, cruzó las ornadas tapias de piedra importada de

Italia y cubiertas ahora de parra virgen, y se dirigió al gimnasio; colgó la chaqueta de un gancho y se puso a hacer ejercicios con la cara congestionada. Era un hombre de constitución fuerte, en la plenitud de sus cincuenta y nueve años, y no podía permitir que Crompton creyera que estaba hecho un viejo. Pensó en su estómago mientras tocaba con él la superficie del suelo a intervalos regulares y tensos. Las vísceras. Ahí era donde él sentía las cosas. No se consideraba un hombre muy intelectual, sino un hombre muy sensible. Es lo que siempre había sido, y casi nadie había llegado a sospecharlo siquiera... salvo esa bruja de Alice, su primera esposa, que supo aprovecharse de ello. Incluso cuando estaba en el poder, tenía que protegerse de la ira de los demás: en seguida se le contagiaban los males; era un hombre equilibrado, a quien habían hecho naufragar las tempestades de su alrededor.

Soy un excéntrico, pensó. Eran pocos los hombres con quienes podía hablar, en realidad. Pero su propia compañía no era desagradable. Crompton, también, andaba mendigando amistades, ¿no? Y Strawn, lo mismo, si vamos a ello.

Con la nariz contra el suelo, pensó en Rhoda otra vez, un tanto molesto por esa misma razón. ¡Ah, no!, Russell no traería a esa extraña y silenciosa criatura; ¿para qué? Pero la imagen le decía que ella estaba cerca.

La imagen cobró vida. Ella se encontraba de pie, entre los arbustos; y él se asustó mucho. Rhoda estaba diciendo: «Tenemos que dejar de confiar...». ¿En qué? La imagen desapareció tan súbitamente como había aparecido... «en los sistemas lógicos»; ¿o había sido él quien había añadido eso? Después de todos estos años, aún no sabía qué hacer cuando le venían esos momentos de visiones interiores; esto sólo podía significar que su norma de vida estaba mal planteada desde hacía mucho tiempo; puede que desde su niñez; no podía disfrutar plenamente de las ventajas que le brindaban las visiones extrasensoriales.

Se puso en pie, de mal humor. La vida era maravillosa; y sus propias facultades, lo eran también, pese a sus defectos; lo que él necesitaba era un hombre o mujer inteligente, capaz de discutir con él de estas cuestiones elevadas. Todavía en camiseta, se dirigió a la puerta del gimnasio. El enorme Chrysler negro de Crompton se dirigía en ese momento hacia la entrada principal de la casa; conducía el propio Russell. Rhoda iba sentada detrás.

De camino al salón-bar, cruzaron entre sí unas cuantas frases triviales a modo de tanteo. El camarero les preparó dos martinis y se retiró.

—Aún no sé para qué has venido a verme, Russell, pero ¿por qué te has traído a tu mujer?

—¡Eres el viejo gruñón de siempre, Jacob! Tienes buenas monturas aquí, y ella puede aprovechar para montar un poco. Pensó venir a ver a Miriam.

—Rhoda y Miriam no tienen nada en común y tú lo sabes. ¿No será que tienes miedo y prefieres no quitarle el ojo de encima? —se daba cuenta de que hablaba en ese tono porque estaba de mal humor y no tenía ninguna prisa por escuchar las

confidencias de Crompton; el asesinato, los trastornos del país, eran cosas sobre las que no tenía la menor jurisdicción, y carecían de prioridad en su vida de meditación.

—¿Por qué no te gusta Rhoda? Tú le caes bien.

Había deseado tener a alguien con quien hablar, y aquí estaba ese alguien: el Secretario de Estado nada menos. ¿Por qué no decírselo lisa y llanamente, a ver qué pasaba, dejando a un lado el hecho de que Russell estuviera cargado de responsabilidades, culpas y preocupaciones y por ello resultaba un pésimo auditorio?

—Tengo el don de la empatía, Russell; capto las emociones de los demás como si tuviera una antena en la cabeza. Y los ojos de tu mujer me desconciertan siempre. Me dicen cosas que no quiero saber sobre ella y sobre mí mismo. Mira, el futuro se malogra ante nuestros ojos, no se han realizado las grandes promesas, y se está formando una barrera universal de enfermedad psíquica. Los que poseen el don de la empatía son más sensibles a lo que está en el aire que los demás. Te lo aseguro, todos nuestros valores son falsos, Russell, ¡falsos! Si...

—De eso he venido a hablarte —dijo Crompton—. Son unos tiempos muy confusos. Estoy de acuerdo en que es erróneo el orden de prioridades, pero yo ocupo una posición que me permite saber en qué consisten esas prioridades. Esta semana han salido a relucir un montón de cosas sumamente desagradables; cosas de las que sólo estaban enterados el Presidente y uno o dos de los hombres que tenía directamente bajo sus órdenes —tomó un largo sorbo de su martini.

—¿Qué clase de cosas? ¿Te refieres a proyectos?

—Más o menos. Y dos en particular. Jake, no debería hablarte de ellos. Son tan secretos... y terribles, que cualquiera de los dos podría alterar la relación del hombre con su medio ambiente de una vez por todas.

Esto se aproximaba de manera alarmante al tema del capítulo que estuvo escribiendo aquella mañana. Dejando a un lado estas reflexiones, Byrnes preguntó:

—¿Entonces por qué me hablas de ellos?

—Porque da la casualidad de que creo que tienen bastante sentido todos esos sinsentidos filosóficos de que sueles hablar. Necesito oírte unos cuantos hoy. Aparte de que tu camarero es uno de los más grandes artistas del mundo.

Se miraron mutuamente. El mundo era difícil, engañoso. Uno tenía que buscarse sus aliados donde podía. Aunque cierta sombra de maldad teñía el aura de Crompton, Byrnes dijo:

—Si puedo ayudarte, lo haré.

—Puede que haya micrófonos escondidos aquí. Salgamos fuera —terminó de beberse su vaso.

—¿Micrófonos? ¿Aquí, en mi propia casa? ¡No me hagas reír!

—Me siento mejor fuera. Tengo un poco de tendencia a la claustrofobia... son demasiados los años que he pasado en Washington.

Dejaron los vasos y se dirigieron al sol otra vez; cruzaron las puertas de cristal, por encima de las cuales, en la parte interior, se veían las persianas de acero que

podían cerrarse apretando un botón. Los decoradores, en lo alto del frontón, armaban ruido con sus máquinas; aparte de eso, estaba todo en silencio. Los de la guardia holgazaneaban en sus cabinas de cristal; no había un solo pájaro. Al salir los dos hombres a la terraza, divisaron a Miriam y a Rhoda cabalgando a lo lejos en dirección a las montañas: Miriam llevaba puesto un traje de baño de color azul turquesa. ¿Por qué se había dado tanta prisa en alejar a Rhoda (o en alejarse ella)?

—Vamos a dar una vuelta por el lago, no está demasiado lejos para ti.

—Por supuesto que no —dijo Byrnes—. El tiempo se pasa de forma más sana aquí que en Washington —se tocó la pistola con inquietud. Había siempre algo a punto de materializarse, algo que fluía de los ocultos manantiales del pasado, hechos ya consumados en la mente de los hombres que se manifestaban con proyecciones del futuro; el presente era el punto donde entrechocaban las dos olas del pasado y el futuro.

Cuando le pareció que ya estaban lo suficientemente lejos de la casa, Crompton empezó a hablar. La muerte había cogido de sorpresa a la Administración, como si la muerte fuera una cosa extraña. No había habido un Vicepresidente enérgico que asumiera el cargo con firmeza, como en los casos de Truman y Johnson, en anteriores ocasiones de crisis. Strawn estaba dando ya muestras de incapacidad como Presidente. Y luego estaban los proyectos secretos. Algunos habían llegado ya a conocimiento de los hombres que ocupaban altos cargos: eran los siniestros proyectos, ya rutinarios, de aniquilación total mediante nuevos misiles y nuevas clases de virus capaces de incapacitar a poblaciones enteras. Había una estación de investigación antigravitatoria en la Luna que funcionaba en el más riguroso secreto, y en California se construía una flota de sondas interestelares. Pero lo realmente grave no era nada de esto. Eran otros dos proyectos: uno de ellos tenía cierta relación con la estación lunar de antigraavedad, dijo Crompton. El otro se llamaba Proyecto Gunwhale.

—¿Gunwhale? ¿Gunwhale? ¿Qué es eso?

—No te lo puedo decir, Jake. Sólo puedo decirte...

—Si no me lo puedes decir, ¿para qué vienes aquí a sacar a relucir el tema?

—Las cuestiones que implica ese proyecto son enormes. Son cuestiones metafísicas. La humanidad no está preparada para hacer frente a cuestiones de esa naturaleza. Recuerdo que me dijiste algo una vez, no sé cómo pero recuerdo la frase, algo así como «la eterna dicotomía de la vida». La expresión se me quedó grabada, y me parece que esa frase define lo que es el Proyecto Gunwhale. En principio, podría parecer una de las más grandes bendiciones, aunque luego se revela como la más grande maldición. Su potencialidad es tal... ¡no, es casi imposible enfrentarse con ello! No deberíamos tener que enfrentarnos con el Gunwhale hasta dentro de dos generaciones o más.

—¿Es algo así como lo que fue la bomba A en tiempos?

—¡Oh, no!; nada de eso.

Byrnes estalló:

—¡No estoy dispuesto a perder un tiempo precioso jugando a las adivinanzas contigo, Russell! ¡O me lo dices o no me lo dices! Mira, soy tan patriota como el primero, pero desde que me echaron del gabinete, cumplo con mi deber pensando: pensando, maldita sea, que es la más difícil de las tareas; pensando por todos los que no son capaces de hacerlo de un año para otro. Déjame volver a mi trabajo, o dime lo que tanto te preocupa y deja que te ayude.

Crompton miraba hacia atrás, entornaba los ojos por la luz del sol, y no quitaba la vista de las dos figuras a caballo que ahora habían puesto sus monturas al galope. Como de pasada, dijo:

—Sigo apoyándote, Jake, cuando tu nombre sale a relucir, y sólo a ti te digo que tu mal genio es el principal obstáculo que te impide ocupar un alto cargo. Por otra parte, yo en tu lugar no le daría tanta importancia a esa afición a los pensamientos elevados —cogió a Byrnes del brazo—. Tú eres un tipo estupendo, Jake, pero todos nosotros carecemos de fuerza...

—No digas eso, ni lo pienses. Mira este paisaje: en todas partes se reconoce la mano del hombre. Puede que también la de Dios, pero sobre todo la del hombre.

—No puedo decirte nada sobre el Gunwhale, aunque me gustaría. Te hablaré del otro gran quebradero de cabeza con el que nos hemos tropezado. Un par de médicos y psiquiatras están al corriente de esto, pero se encuentran bajo vigilancia estrechísima. Se trata de algo que ha sucedido en la Luna. De algo que revela que toda la concepción humana del mundo físico (lo que *grosso modo* podemos llamar ciencia) está a punto de saltar por los aires, y que será necesario construirla de nuevo.

—¿Tiene algo que ver con la investigación sobre la antigravedad de que me hablabas antes?

—Sí, pero no en el sentido que imaginas. Es un efecto que produce la Luna en el personal que realiza la investigación. La gravedad lunar. ¡Santo Dios!... Mira, te lo diré claramente. Por primera vez, un grupo de hombres ha pasado una apreciable cantidad de tiempo —seis meses— en la superficie lunar, lejos de la Tierra. Ya han sido relevados; regresaron el mes pasado, cuatro o cinco días antes del asesinato del Presidente.

Habían perdido de vista la casa. Con el fin de que protegiera del sol, se había plantado un bosquecillo de bambúes que descendía hasta el lago; pero Crompton parecía evitarlo, quizá porque creía que podía haber micrófonos. Byrnes se detuvo junto al embarcadero; quería escuchar lo que decía el Secretario de Estado.

—De esos ocho hombres, ya no queda uno solo que sea normal. La Luna ha influido de algún modo sobre el metabolismo de todos ellos; fisiológica y psicológicamente, han dejado de ser humanos.

—No lo entiendo. ¿Puede uno comunicarse con ellos?

—Muy difícilmente. Para resumirte el asunto en términos vulgares, que es todo cuanto yo puedo entender en esta materia, te diré que estos hombres van ligeramente

adelantados con respecto al tiempo terrestre.

—Van adelantados... ¿quieres decir que viven anticipadamente en el tiempo?

—Anticipadamente con respecto al tiempo de la Tierra. El tiempo terrestre es distinto del tiempo lunar. Ellos pretenden que cada cuerpo celeste puede tener un tiempo distinto.

Byrnes soltó una carcajada de incredulidad:

—Deberíais contarle eso a Einstein.

—¡Dejemos a Einstein! Mira, el tiempo está en cierto modo directamente relacionado con la gravedad; esto lo hemos averiguado por los ocho hombres lunares. Una vez que lo has oído, no tienes por qué sentirte extrañado. Estamos habituados a considerar la Tierra como sumergida en un inmenso pozo de gravedad; y sucede que se halla también en un pozo de tiempo.

—Y eso hace posible establecer una ecuación tiempo-energía.

Crompton se sobresaltó:

—Nadie me había dicho eso. ¿Qué significa una ecuación tiempo-energía?

—La teoría general de Einstein ha sido puesta en entredicho desde hace algún tiempo; ahora tendrá que ser revisada también su teoría espacial; pero si sus métodos son válidos aún, entonces es posible establecer una relación tiempo-materia-energía. No viene a cuento ahora, pero yo diría que esto prepara el terreno para la idea de una máquina del tiempo a lo H. G. Wells. Con la ayuda de ordenadores electrónicos, se podría construir un prototipo en unos meses. ¡Qué perspectiva!

Se quedó mirando a su compañero; vio que Crompton estaba ensimismado, con el pensamiento sumido en la brumosa maquinaria del gobierno, imposibilitado para pensar libremente, y resistiéndose a dar el paso que tan lógico parecía a Byrnes. Para traerle de nuevo a su terreno, Byrnes preguntó:

—¿Qué consecuencias ha tenido ese efecto temporal en los hombres afectados?

—a la vez que hacía la pregunta, sintió un escalofrío que fue como una premonición; miró en torno suyo, preguntándose qué motivos psicopáticos giraban como furias por encima de las cabezas de hombres empeñados en enfrentarse con lo imposible.

—El efecto más importante podría haber pasado inadvertido durante años, pero hay un efecto secundario. Al parecer, todo ser vivo, el hombre incluido, contiene un reloj celular interno, sincronizado con la rotación diaria de la Tierra.

—Ritmos Circadianos.

—Eso es. Tú estás más familiarizado que yo con estas cosas. No tengo tiempo para leer. El caso es que una permanencia prolongada en la Luna trastorna estos relojes celulares. Los relojes de este equipo de investigación intentaron acompasarse al ciclo del día lunar, lo que naturalmente resultaba imposible. Lo que hicieron, por el contrario, fue adelantarse y marchar de acuerdo con el Automático Lunar, como tengo entendido que se llama. Así que viven adelantados 833 fracciones de segundo con respecto al Automático Terrestre. Ahora, el efecto se va disipando a intervalos, dado que la gravedad habitual tiende a hacerles retroceder esas 833 fracciones de

segundo y acompañarles al tiempo terrestre. En esos intervalos, nos es posible comunicarnos con los hombres. Por lo demás, o son esquizoides, o parece que no están delante de uno.

La orquesta de la vida interior tocaba sus disonancias. De modo que la irrupción en una conciencia superior —la misma frase que había dictado esa mañana a Grigson — ¡la irrupción se vislumbraba ya, volvía a existir la posibilidad de recobrar la salud, aunque se presentaba paradójicamente como una enfermedad! Con la certeza de que estaban siendo vigilados, Byrnes giró en redondo y desenfundó la pistola. Había alguien en la plantación de bambú, y avanzaba precipitadamente. Movido por un impulso de autodefensa, disparó. La figura era un espectro de sí mismo, con la boca abierta, jadeando, agitando sus viejos miembros cansados.

Nada más verla, desapareció. Nada más sonar el disparo de Byrnes, salió rugiendo el coche de la guardia en dirección al lugar; lo tenían permanentemente dispuesto en el campo de aterrizaje, con el motor en marcha. En quince segundos, rifle en mano, los hombres de la guardia formaron una muralla en torno a Byrnes. Dominando su irritación, Byrnes les tranquilizó y les mandó registrar el bosquecillo de bambú. Luego abandonó el lugar en compañía de Crompton, comprendiendo que el nerviosismo de éste le impediría seguir hablando e ignorando su mirada interrogante.

—Avísame si crees que yo puedo ayudar en ese asunto de la Luna —nunca, pensó, le había sonado su voz tan desvalida. ¿Qué advertencia había tratado de transmitirle ese fantasma?

—Es esencial que sepamos lo que piensan los científicos sobre esta división del tiempo —dijo Crompton. Aún temblaba de sorpresa por el disparo de su amigo; el espectro del asesinato, que ocultaba temores aún más profundos, rondaba siempre en torno suyo—. El problema está siempre en mantener alejados a esos malditos periodistas. Fetesti acaba de publicar un trabajo sobre la bioquímica del tiempo; quiero hablar con él de todo esto. Podíamos celebrar una conferencia de alto nivel con los científicos, aquí en Gondwana, para no atraer demasiado la atención.

—Por mí, de acuerdo. Encantado de colaborar.

Intuía que era peligroso, pero no sabía por qué. La espantosa y sensacional maraña de investigaciones, traiciones y brutalidades, con toda la secuela de drogas, perversiones, mentiras y suicidios, se estaba extendiendo una vez más por todo el continente; era la pauta de la opresión endémica, propia de la voluntad de poder de la psique humana, que irrumpía siempre en nuevas direcciones; el más grande elemento desintegrador de un futuro pletórico de salud, capaz de hacer naufragar a este continente del mismo modo que lo había hecho con África: Byrnes había vivido atrapado en esa maraña hacía diez años; y deseaba mantenerla alejada de Gondwana Hills.

—Todo este lugar está a vuestra disposición. Mi cuerpo de guardia estará encantado de tener realmente algo que hacer.

—Se ha constituido un comité provisional. Se lo comunicaré.

Evidentemente, eso era todo cuanto Crompton tenía intención de decir. Su esquivo rostro se cubrió de sombras opacas, al orientar sus pensamientos por cauces más superficiales, lejos de las caudalosas corrientes de la ansiedad.

Cuando se dirigían a las dependencias principales, salió Mario del frontón. Era un nervudo joven de dieciséis años, vestido con un jersey escandinavo verde y unos vaqueros viejos. Tenía el aspecto pálido y demacrado. Era la primera vez que le veía Byrnes desde hacía varios días. Miriam le veía con más frecuencia que él; lo que ambos tenían en común escapaba a toda conjetura, pero al menos ella ya no le evitaba como había hecho en otro tiempo. Sin embargo, el muchacho solía desaparecer a menudo. Le había dado por hacer largas excursiones, a caballo o en el coche deportivo del propio Byrnes, ya que él no tenía licencia; y esas excursiones le eran tan desconocidas como los febriles viajes de su espíritu.

—¿Qué tal anda Mario estos días? —preguntó Crompton; y en seguida, como adivinando la respuesta, añadió—: ¿Tienes aquí un psicoanalista para que le trate?

—No es para Mario. El último que le vio intentó curarle con una nueva droga, pero no tuvo éxito.

—El chico necesita a Steicher, un tipo muy bueno de Washington que conozco yo. Steicher podría liberarle de su ego-agresión inhibida —Crompton creía en esas cosas, pero prefirió no insistir, lo cual fue un alivio para Byrnes. Había tenido demasiados problemas con todos los alienistas que había contratado para ayudar a Mario; el penúltimo, un individuo de Nueva York, se había presentado con dos amantes, hermanas entre sí.

Mario vaciló, casi parecía que no les veía, luego avanzó lentamente hacia ellos.

—La muerte del Presidente parece haberle afectado mucho. En lo personal, parece que las cosas le impresionan poco; sin embargo, a un nivel público, parece que sufre mucho. Puede que sea ése el tipo de personalidad del futuro, digo yo, a menos que resolvamos unos cuantos problemas. Cuando las cosas son demasiado duras para él, se enclaustra completamente.

—Steicher podría ayudarle.

La presión de la gente que poblaba el mundo, consecuencia de la explosión demográfica, oprimía al muchacho de una manera especial. Ni siquiera la gran extensión que tenía la propiedad de Gondwana parecía aliviar su estado de ánimo.

—Tenemos que desear la ayuda de los demás, si queremos que nos sirva de algo —se sentía ligeramente asustado de su lujo.

Crompton dijo:

—Rhoda dice que anoche soñó con Mario.

—¿Sí? —dudaba si creerle o no.

Esbozando una sonrisa al acercarse Mario, tendió la mano al muchacho, pero Mario se apartó de él, ladeando la cabeza con un gesto que parecía ligeramente burlón.

—Están disparando a las ballenas otra vez con armas de fuego ahí en el lago, Jacob —dijo. Su voz carecía de animación; sus ojos miraban a través de su padre—. Nuestra querida parentela, una historia bien triste. La ballena azul se ha extinguido, salvo en los mares cerebrales del alma, y en nuestro lago.

—¿Qué te están haciendo en el frontón, Mario?

Al girar el muchacho sobre sus talones, sus ojos parpadearon ligeramente; su padre interpretó el parpadeo como un gesto de invitación. Cogiendo a Crompton del brazo, para mostrarle que no le guardaba rencor, echó a andar detrás de Mario, que se dirigía hacia el frontón; el frontón era un regalo que le había hecho a Mario al cumplir los catorce años; Mario había jugado en él solo un partido de pelota, pero pasaba muchos períodos viviendo casi enteramente en el recinto del frontón, decorándolo sucesivamente en diversos estilos, a cual más extraño, y tras cada una de las reformas, sus psiquiatras habían anunciado un progreso hacia la normalidad.

Byrnes pensó en esta frase, «progreso hacia la normalidad», mientras estaba junto a Crompton, y contemplaban los dos el desordenado interior del recinto. Los decoradores contratados habían dejado el trabajo y estaban en la galería superior, tomando unos bocadillos y cerveza. Por debajo de ellos, terminado sólo a medias, había parte de un cráter lunar y detrás, la negrura del espacio sideral punteado de estrellas.

Progreso hacia la normalidad... Había hecho bien en mandar a paseo a los psiquiatras, a esos psiquiatras que actuaban, como todos, sobre falsos supuestos; supuestos tales como la idea de una normalidad adquirida. Como Crompton acababa de revelarles, en la Luna existía una nueva clase de normalidad, donde extrañas trayectorias de tiempo podían viciar el metabolismo humano. Y ahora Mario caminaba hacia eso precisamente... como todos los artistas, anticipándose a su propio tiempo. Pero esta Luna artificial era como el estéril territorio de la muerte.

Había dejado de preguntarse qué sentido tenía todo esto. Pero fue Crompton quien formuló la pregunta, visiblemente inquieto.

—No es más que una coincidencia —dijo Byrnes—. El chico ha estado leyendo tebeos de aventuras espaciales.

Pero notaba una atmósfera morbosa en torno a su hijo; ¿o no? ¿No aspiraba bocanadas de aire enfermo allí donde se volvía? Se acercaba una hora de crisis; estaba a punto de nacer la conciencia superior, y él estaba entorpeciendo la labor de las parteras. El muchacho había desaparecido entre los andamios de los albañiles. Byrnes sintió la necesidad de un cigarro y otro vaso.

Los dos hombres farfullaron algo y se pasearon por el recinto examinando el plástico esponjoso que tan bien imitaba el "polvo ceniciento del satélite de la Tierra, inquietos por la presencia de algo que no podían determinar. Cuando finalmente se dirigieron hacia la puerta, descubrieron a sus dos esposas enmarcadas en el umbral.

—Vaya, ¿estáis bien? —preguntó Miriam—. Nos ha parecido oír tiros y hemos vuelto a ver si había pasado algo. Los guardias dicen que has visto algo en el

bosquecilio, Jacob. ¿Es verdad? ¿Hay espías por aquí?

Rhoda le sacaba casi la cabeza en estatura. Miriam besó a Byrnes, y dio a Crompton otro besito también, diciendo y haciendo las cosas sin sentir las, como de costumbre, pensó Byrnes. No podía decirse si la preocupación que tan encantadoramente manifestaba era real o fingida.

—Cuánto tiempo sin verte, Russ; le estaba diciendo a Rhoda que, desde luego, tenías que consultar con Jacob un gran secreto de Estado, pero que en realidad te ha servido de pretexto para venir a verme.

—Te sienta muy bien el traje de baño, Miriam —dijo Crompton.

—¿Te gusta? ¡Me ha costado un dineral! ¿No es precioso?

Rhoda no dijo nada. Estaba magnífica en su silencio, pensó Byrnes; le llegaban de ella ondas muy positivas. Era algo más alta de lo que a él le gustaba en una mujer, pero su piel, sus pechos menudos y bien formados... Bueno, ése era un derrotero que ya no le parecía útil emprender; la filosofía estaba destinada, parcialmente al menos, a mantener aparte ese tipo de cosa. Se dirigió a ella, consciente de la frialdad con que la había tratado siempre. Era una actitud postiza. Sospechaba que estaba perfectamente enterada de lo que sentía por ella; pero si tenía esa sensibilidad y perceptividad, entonces ¿qué necesidad tenía él de estar fingiendo como un adolescente? ¿Y por qué los adolescentes tenían necesidad de fingir, si vamos al caso? A veces, las actitudes afectaban a civilizaciones enteras. Como las *haragei* japonesas, que utilizaban las actitudes como si fueran velos, aunque sólo en ocasiones pretendían ser impenetrables, y decían cosas que no sentían. Era la insoslayable y gigantesca paradoja del comportamiento humano: gigantesca y maravillosa. Necesitaba tomar una notas; lo necesitaba más que el cigarro o la bebida.

Se quedó mirando a Rhoda fijamente. Ella le devolvió la mirada, sin defenderse ni mostrarse ofendida.

—¿Aún practicas el paracaidismo? —su afición obsesiva era saltar de un avión; la revista *Life* le había dedicado un artículo.

—Sí. ¿Y tú, aún sigues escribiendo la memoria?

Interiormente, Byrnes estaba preocupado por la cuestión de la Luna. Sin una sonrisa, dijo:

—Seguramente encuentro yo tanto placer en la filosofía como tú en la caída libre.

—Deberíais dedicar un rato a comparar vuestras aficiones —dijo Miriam con voz chillona—. Jacob, llévate a Rhoda a tomar un cóctel mientras yo le enseño este extraño tinglado a Russ.

—Ya lo ha visto —dijo Byrnes, pero se alegró del pretexto. En general, consideraba que las mujeres conservan la intimidad aun en medio de cuestiones públicas; era una cualidad a extinguir. Mientras se alejaba con la silenciosa mujer, buscó la manera de arrojar la máscara de *haragei*, pero la notaba tan distante como siempre. Era casi como si tuviera más cosas en común con Mario que con él. Le gustaba imaginársela posada serenamente en medio de un sueño alucinante, a diez

millas de la superficie de la Tierra; algo de ese embelesamiento perduraba en torno suyo aún.

—El me odia —le dijo Miriam a Crompton en cuanto Byrnes y Rhoda desaparecieron—. Le aparté de los asuntos públicos cuando estaba en su plenitud y no lo puede olvidar.

—Está mejor así, apartado de las rencillas internas.

—¡Oh, Russ, no te pongas serio conmigo, por favor! ¡Hace meses que no te veía! Ya sé que te ha caído una infinidad de preocupaciones con motivo del asesinato y demás, pero me siento muy sola aquí. Incluso Mario desaparece la mayor parte del tiempo.

—¿Dónde está el chico? —Russell la seguía por el paisaje lunar artificial.

—Se esconde por aquí dentro. ¡Mario! ¡Sal, cariño! Desde luego, cada vez está más chiflado.

Mario asomó la cabeza por detrás de un pilar y dijo:

—Para entrar aquí tenéis que poneros un traje del tiempo. Camináis con la muerte. ¡He creado mi propio tiempo y desafío a la muerte!

Miriam miró a Crompton. Las palabras parecieron haberle causado la misma impresión que un golpe.

—¡El chico está enterado! —resolló.

Dio media vuelta y se alejó apresuradamente del recinto con las manos extendidas para no tropezar con los materiales amontonados por todas partes.

Ella le siguió, llamándole. Se colgó de su brazo:

—¡Vaya, el Secretario de Estado se asusta de un chiflado! ¡Si es un chico gracioso! ¡Si Mario es muy gracioso! A mí me encanta.

—¡Gracioso! Hablando de la muerte. Y por lo visto, sabe lo del Automático Lunar.

Miriam parloteaba ansiosamente; él seguía con la expresión del que acaba de ver una aparición, indiferente a todo mientras ella le conducía por una puerta lateral de la casa, echaba apresuradamente a las criadas de la cocina, y le sacaba una cerveza de la nevera. Russell bebió cabizbajo, suspirando entre sorbo y sorbo.

—Estás abrumado por preocupaciones; si no, no estarías aquí a estas horas —dijo Miriam—. Cuéntamelo, Russ. Puede que la intuición de una tonta como yo te sirva de alguna ayuda.

—Apuesto a que hay micrófonos escondidos en esta casa.

Ella rió.

—Eso es lo que vengo diciendo yo desde siempre —puso su mano sobre la velluda muñeca de él, pero él ni la miró. Miriam le dio una bofetada.

—¡Los hombres estáis insoportables de un tiempo a esta parte, dándonos tanta importancia! Mírame Russ, ¿me ves tan fea, tan vieja? Antes te solía gustar. ¿Es que ya no tienes tiempo para los asuntos personales?

Russell puso la radio de transistores que había encima de la mesa y, ocultando su

voz bajo la música, dijo:

—En Washington reina un caos total. Ha ocurrido una cosa en la Luna que... bueno, es algo de tipo técnico que no tiene el menor interés para ti. Y otra cosa. ¡Dios mío! Cuando recibió el disparo, el Presidente se disponía a poner en marcha un proyecto muy importante. El Proyecto Gunwhale. Hemos de tomar una decisión... una decisión demasiado seria para exigírsela a unos pobres hombres.

Ella rió incómoda.

—Tú no te consideras un pobre hombre. No me tomes el pelo. Jacob me trata con desprecio... puede que con razón. Pero tú no me des completamente de lado... ¡Como ves, te solicita una más! ¿Qué te pareció Europa, Russ? —Russell se encontraba fuera del país en el momento del asesinato del Presidente.

—Al regresar a Nueva York... Nueva York parece tan vieja e increíblemente opresiva, al lado de las capitales jóvenes, como Londres y Bonn y Copenhague. Mira, haz algo por mí, Miriam. En realidad, yo no estoy de acuerdo con esas teorías de Jake, pero él se está volviendo un viejo sabio. Desde luego, está loco, disparando contra fantasmas y demás pero es posible que se le haya ocurrido la idea más grande desde que los hombres de las cavernas inventaron el fuego. Puede que no sea posible inventar una máquina del tiempo. El acaba de decir hace un momento algo de mucho valor. Y yo le concederé a esta idea la misma prioridad que a todos mis otros problemas urgentes en cuanto regrese a Washington.

—¿Construir una máquina del tiempo? ¡Yo creía que ésas eran cosas de las novelas! —rió—. ¿No está ya el mundo bastante complicado sin necesidad de meterse en el futuro, o lo que penséis hacer?

—Me parece que yo también estoy empezando a pensar lo mismo. Mira, actualmente, todos coinciden en afirmar que jamás han sido tan complicados los problemas mundiales. Desde Hitler, no ha habido más que crisis terribles: la exterminación de los judíos en Europa, las purgas de Stalin, la bomba H, la Guerra Fría, Corea, la explosión demográfica, el hambre por todas partes, la China Comunista. La presión no proviene del pasado, sino también del futuro, de las bocas que aún no han nacido. De alguna manera, tenemos que abrir un acceso antes de hundirnos en la ciénaga de la psicosis universal. La máquina del tiempo podría ser una forma de conseguirlo... una especie de boya enviada al futuro, en busca de ayuda o de algo... No sé, estoy hablando por hablar.

—¡A mí no me metas en el futuro!

Por primera vez, Crompton le sonrió con afecto y le tomó la mano:

—No es eso lo que quiero que hagas por mí. Me estoy volviendo supersticioso. Quiero que vigiles un poco a tu hijastro Mario. Si él dijera alguna cosa importante sobre la Luna, o las diferencias de tiempo o... se refiriera a personas que viven cientos de años, ¿serías capaz de anotarlo con todo detalle y comunicármelo?

—No me parece que sea eso lo que a mí se me da bien —le miró con coquetería.

—No quiero que intercepten tus notas. ¿Podrías traérmelas a Washington

personalmente?

Miriam le miró con seriedad:

—Aún me quieres un poco, Russ. Naturalmente, haré lo que me pides.

El se levantó:

—Gracias por la cerveza, Miriam. Será mejor que me reúna con Rhoda. Debo regresar para asistir a una conferencia a las ocho.

El locutor que daba las noticias estaba diciendo: «Aunque la búsqueda del asesino o asesinos del último Presidente ha alcanzado recientemente nuevos niveles, los círculos oficiales de la capital empiezan a admitir que se están perdiendo las esperanzas de capturarles. Parece que está destinado a convertirse en el clásico misterio a puerta cerrada. ¿Qué sucedió en el despacho del Presidente la noche del 18 de agosto, poco antes de la cena, cuando el Presidente estaba solo estudiando —según se dice— un importante documento que, como se rumorea ahora, ha desaparecido? Dos miembros de su guardia personal estaban sentados fuera, en el corredor, a una distancia que les permitía oír perfectamente, y sin embargo no oyeron nada. Aquí tenemos, para que nos dé una última opinión sobre el Misterio de la Casa Blanca, a nuestro corresponsal especial de temas políticos...».

Jacob Byrnes se levantó y salió de la habitación, dejando a Miriam sentada en el sofá de terciopelo blanco, mirando la televisión. Como una presencia invisible, Mario rondaba en la penumbra del fondo de la habitación. Miriam se volvió para llamarle y el muchacho se acercó, quedándose a unos pasos de distancia.

—Tengo algo para ti, Mario. Sabes lo que es, ¿verdad? Tu ración semanal. Acércate.

Mario revoloteó como un pajarillo fuera de la mancha de luz que proyectaba la lámpara, esperando que le sedujera la mano de su captora. Ella abrió su bolso y extrajo un papel enrollado; lo desenvolvió, dejando a la vista el terrón de azúcar que contenía.

Miriam hizo un gesto hacia el aparato de TV.

—A pesar de tus rarezas estás bien enterado de lo que ocurre en el mundo, ¿a que sí? Me refiero a Washington y a Europa. ¿Cómo es la vida en la Luna?

Mario alargó la mano.

—¿Cómo es la vida en la Luna, Mario?

—En la Luna no me siento solo. La Tierra es mi trozo de desolación. Son muchos los que viven donde vivo yo. Mi madre me llevó allá, hace mucho.

—Pero en la Luna hace frío.

—Frío y calor. Más frío y más calor que aquí.

—Déjate de acertijos, Mario. ¿Quieres esta porción de LSD, sí o no? ¿Qué quiere decir eso de que en la Luna vive mucha gente?

—..., presiones crecientes que condujeron al fallecido Presidente a una posición de aislamiento... —decía el comentarista.

—Algún sitio tenía que haber para los no deseados; de lo contrario, no les quedaría otro remedio que morirse de hambre o en los campos de concentración, o en los hospitales. No hay sitio en las camas.

—¿Y el Presidente? —preguntó Miriam, presa de un súbito presentimiento.

Mario movió la cabeza negativamente.

—El lo habría estropeado todo. Hay demasiada gente ya. Cuando la Luna se encuentre superpoblada, ¿a dónde iremos?

Le dio el terrón de azúcar, y Mario retornó con él a las sombras.

—¡No te sentará bien! Estás loco ya, supongo que te das cuenta de ello.

—Me he anticipado a mi tiempo, eso es todo —dijo él—. Si no, no habría nada. Tú misma no eres nada. Ni siquiera cuando te quitas todas tus ropas consigues ser nada —se puso suavemente el blanco terrón sobre la lengua y cerró la boca; luego desapareció sigilosamente.

Dejando que el televisor parpadeara en la habitación vacía, Miriam se levantó también y bajó al silencioso corredor, lúgubrementemente iluminado. Afortunadamente, ella creía en la reencarnación, porque esta vida tenía sus momentos insípidos. Se detuvo al pie de la escalera, y luego subió lentamente, hasta que llegó al despacho de su marido. Llamó suavemente a la puerta y entró.

Byrnes estaba fumando uno de sus cigarros. Asintió y dijo:

—Grigson está sacando unas cuantas películas viejas que quiero revisar. ¿Quieres bajar conmigo al teatro a verlas?

—¿Son de risa?

—No son de risa. Son de lágrimas. Documentales; o como tú dices, un docum.

—¿Es que tienes que estar rebajándome constantemente, Jacob? He subido en busca de un poco de compañía.

Byrnes no contestó. Estaba tomando notas en un borrador, mientras Grigson revolvía en el fondo del despacho.

—Estás siempre demasiado ocupado, Jacob; resultas tan aburrido, continuamente encerrado aquí; ya ni siquiera sales a pescar.

—No hace muchas semanas, salí a pescar.

—Eso fue el verano pasado.

—¡Ah!, el verano pasado.

Notó algo en el rostro de ella, y dijo:

—Siento que no hablemos más a menudo. Es que tengo que hacer lo posible por escribir el libro ya de una vez. Quiero terminarlo para finales de año... Sólo la parte filosófica. Al infierno la parte de recuerdos personales; eso ya se ha olvidado. No tengo tiempo para ellos.

—Todo el mundo parece que está obsesionado con el tiempo.

—Pregúntate por qué.

—¡Oh!, ya lo sé. ¡Las grandes crisis, los grandes problemas! Hasta Mario está obsesionado.

Ahora estaba recogiendo las notas del día que había mecanografiado Grigson, y buscaba a tientas una pluma para enmendar y corregir y añadir:

—«La lucha entre un plano superior de conciencia y una pesadilla que»... resulta afectado, pero lo dejaré. Grigson, ¿ha localizado ya el trozo del asesinato del Rey de Yugoslavia en 1934?

—No, señor.

—¡Dése prisa!

Miriam se plantó delante de su marido y dijo:

—¿Por qué van las cosas peor ahora que antes? ¿Están objetivamente peores? ¿No será que te estás haciendo viejo, Jacob?

—Naturalmente que me estoy haciendo viejo. Las memorias que estaba escribiendo me llevaron a esta cuestión de si las cosas están empeorando. Es una buena pregunta. ¿Quieres que te la conteste seriamente?

—No; lo he preguntado por preguntar. Yo nunca hablo en serio, ¿no es verdad?

Byrnes la cogió por la muñeca cuando iba a marcharse.

—Siento haberte molestado. Te necesito, Miriam. Tengo que tomar contacto con el viejo mundo, y tú debes ayudarme a ello. Escucha, te voy a dar la respuesta. No se trata de que las cosas estén empeorando continuamente; lo que pasa es que estamos en un período de crisis, al que llamo en mi libro «Período del Reloj y las Armas de Fuego». Este tipo de crisis se ha dado ya anteriormente. En Europa hubo una a finales del siglo XIII, cuando las ciudades comenzaron a crecer rápidamente y dieron lugar a nuevas densidades de población. Las nuevas densidades implican siempre nuevos estadios de conciencia. Entonces fue cuando se inventaron las armas de fuego y los relojes, debidas ambas cosas a herreros. Estos dos inventos supusieron la liberación de Europa del *impasse* filosófico, y prepararon el camino para el Renacimiento. Las armas dieron lugar a una nueva aventura espacial en el mundo. Los relojes mecánicos, al incorporar uno de los inventos más decisivos del mundo, el volante de escape, fueron nuestros primeros instrumentos de precisión y dirigieron nuestras perspectivas interiores hacia un pensamiento más preciso.

Esos relojes surgieron de la sociedad occidental y la modelaron. No tenían validez alguna para los civilizados chinos, cuya sociedad se había desarrollado hasta tal extremo que para ellos los relojes mecánicos eran poco más que juguetes.

Lo mismo puede estar sucediendo hoy. Hay dos nuevos inventos o descubrimientos radicales; Russell Crompton ha hecho referencia a ellos. Estos dos inventos pueden liberarnos o pueden maravillarnos como meros juguetes, o prodigios. Nuestra imaginación puede fallar ante ellos. Nos hace falta valor e imaginación.

—¿Es eso lo que tu libro va a proporcionar a la gente?

—Tú ves mi lado gracioso, Miriam. Hay personas que no; por eso puede que les sirva de ayuda.

Miriam le hizo una caricia debajo de la barbilla.

—No te pongas patético conmigo. Puede que tu patetismo me haya cautivado una vez, pero no me va a tener siempre cautiva. ¿De qué manera va a ayudar hoy a los demás toda esa palabrería sobre el reloj y las armas de fuego?

—¿Acaso no es un ejemplo típico de la dicotomía que caracteriza la vida? Las armas simbolizan todo lo externo y violento; los relojes, el silencio y la interioridad. Son representantes clásicos de las formas occidentales de pensamiento, es decir, de la forma ascendente en este planeta desde hace siglos. Aunque luchamos por las cosas materiales, jamás olvidamos enteramente nuestros corazones y nuestras mentes. Y ahora tratamos de unir las dos tendencias y alcanzar un nuevo nivel de conciencia. Maldita sea, si el occidente no lo consigue, ¿quién lo va a conseguir?

—Puede que tengas razón en eso, cariño. Eres un sabio, lo sé. Hasta el propio Russ lo dijo cuando estuvo aquí la semana pasada. A propósito, mañana quiero ir a Washington a hacer unas compras.

—¡Ah, ésa es la razón por la que te estás portando tan amablemente conmigo! Grigson, ¿dónde demonios está el rollo del documental?

Grigson se enderezó, con el rostro arbolado, mostrando un carrete de plástico:

—Aquí lo tengo, señor.

—Eres una maravilla, Grigson. Miriam... saluda a Russell Crompton de mi parte, si le ves por casualidad, ¿eh?

Rhoda saltó del avión.

Su cerebro se despejó inmediatamente. Todas las indecisiones y oscuridades —la pobreza de la discusión sobre cuestiones esenciales— desaparecieron en el acto de su mente. A 20.000 pies, Washington se veía como la cosa diminuta que era, tanto en los aspectos reales del hombre como en los subterráneos. Y la tierra misma; ahora veía la relación, de una grandiosa sutileza, como un problema que el hombre se había planteado a sí mismo y estaba a punto de resolver.

Se abrió, con los brazos y las piernas doblados hacia atrás, fijando el mundo con su *mons veneris*, regulando su velocidad mediante una levísima flexión de la espina dorsal. De la quinta vértebra fluía una energía, un poder y una belleza que fascinaban al aire cortante. Era el centro nervioso universal, contrastado sólo por el azul de la tierra americana que se extendía abajo.

Iba equipada con el traje, la mascarilla, el depósito de oxígeno, y los dos bultos de los paracaídas. Estaba en su elemento. Estaba en las alturas.

No tenía sensación alguna de caer, ni experimentaba miedo de ninguna clase. Sólo sentía la serena beatitud de volar, la connivencia con la gravedad y las fuerzas del universo, la eternidad que le brindaban los dos minutos de caída libre. Rhoda había probado las drogas, había estado en una de esas lujosas escuelas de paracaidismo instaladas entre la Tierra y la Luna donde los ricos experimentaban el incomparable arrobamiento psicodélico entre los planetas; pero para Rhoda, el auténtico placer lo sentía cuando montaba la estratosfera, sólo un poco más allá del

reino de sus semejantes.

En este estado de arrobamiento, captaba algunos de los pensamientos más firmes que llegaban flotando hasta ella. Le animaba el comprobar que hasta estas altitudes sólo se elevaban los pensamientos puros o creativos; los malos, que eran los que más abundaban, se detenían a 2.500 pies, justo antes de que tirara ella del cordón. Era como si los hombres medievales hubieran vislumbrado fugazmente este curioso hecho científico al concebir el cielo en las alturas y el infierno abajo. Los pensamientos buenos respiraban hidrógeno, la sustancia básica del universo. Aquí no cabía la caza del criminal organizada por todos los estados, porque carecía de sentido.

Rhoda encontró los pensamientos del antiguo y retirado Secretario de Estado Jacob Byrnes; eran ricos en hidrógeno estos días. Le traspasaban el cuerpo. Estaba preocupado. Rhoda no tenía un amante. El pensamiento de su marido no la alcanzaba jamás en estas altitudes. Ella gozaba con sus éxtasis. Pertenecía, pensaba, al futuro; por eso tenía interés en verlo nacer pletórico de salud. Jake pertenecía al pasado; era un dinosaurio capaz de amar, absurdo, heroico. Moriría viendo cómo apuntaba el futuro en el mundo.

Rhoda estudió detenida y lánguidamente este último pensamiento, mientras descendía planeando con el mundo entre sus muslos. Jake estaba preocupado; había descubierto una hoja de papel. Sin comprender lo que representaba ese papel, lo vio ramificarse por todo el mundo. Tenía que acudir a ayudarlo.

Estaba concluyendo su vuelo. Había pasado allá arriba momentos inconmensurables, pero ahora un riguroso reloj interior circadiano le informaba que se hallaba a 2.250 pies. No necesitaba altímetro. Mientras se metía la mano dentro de la chaqueta de cuero buscando el cordón de apertura, se sintió invadida por pensamientos morbosos. Captó un efluvio psíquico de Mario, y entonces comprendió muchas cosas. El paracaídas se estaba abriendo, y también toda su área de percepción; el espíritu se le abría dolorosamente a un ámbito ontológico enteramente nuevo, donde todo se revelaba, llameante, aterrador...

Su antigua vida sobre la Tierra había concluido. El aparato que la había lanzado no era el avión deportivo de su marido que habitualmente utilizaba. Se había efectuado una transferencia paracientífica; este avión era —en efecto, no podían operar inmóviles en la Tierra como Wells y otros habían supuesto—, era, pues, una máquina del tiempo que había alzado el vuelo y había salido del espacio merced a la ecuación tiempo-energía de Byrnes-Fetesti, y deslizándose por la estratosfera, se había acercado a la tierra-pasada hasta donde parecía prudente, y la había depositado con la misión vital de asegurarse de que el futuro nacía sin ningún detrimento.

Sí, del aparato de Russell —se la sometió prudentemente a una amnesia artificial, cuyos efectos ya habían desaparecido—, la habían capturado del aparato de Russell hacía ya tanto tiempo, la habían adiestrado, precisamente para este momento, y la habían traído de nuevo al punto del tiempo del cual la sacaron. Y el impulso que había facilitado su retorno era la hipótesis del viejo Jacob Byrnes de que el

descubrimiento de los pozos del tiempo, junto con los pozos de gravedad, hacía posible los viajes por el tiempo... Rhoda admiró la simetría del diseño, aun cuando veía el terror que iba a sobrevenir en las próximas horas. Y desplazando el aire, el aire pecaminoso de la tierra-pasada, se precipitó hacia la Zona de Caída.

—Deseo renunciar a mi trabajo, señor —dijo Grigson—. Se ha convertido en algo muy desagradable para mí.

Byrnes se volvió sorprendido:

—¿No le gusta esto?

—Es simplemente que yo no le caigo en gracia a usted, señor, y eso no lo puedo soportar por más tiempo —estaba de pie, manteniendo una rígida postura de soldado, y se había puesto muy pálido.

Byrnes sintió una inmensa vergüenza. No podía enfrentarse con Grigson (¿cuál era su nombre de pila?); tuvo que irse y vagar como un desterrado por los alrededores de su propiedad. Había tratado muy mal a este hombre; había utilizado su fortuna, su poder y su carisma para fines absolutamente reprobables: para aplastar la pobre personalidad de Grigson. Y había disfrutado con ello. Se sentía viejo, amargado y doblemente derrotado; y en este momento, su mujer, cuya vida había agostado también, estaría sin duda en la cama de alguno de sus sucesores. No había viejo toro tan rotundamente vencido como él.

¿Y su hijo?... ¿se había parado a pensar alguna vez en el aislamiento de Mario, en su falta de contacto? Con una miserable y mal definida intención de reconciliarse con el muchacho (¿o tal vez por deseo de auto-humillarse otra vez?), Byrnes se dirigió finalmente hacia los dominios de Mario.

Hada lo menos dos años que no entraba en este ala del edificio. ¡Eso daba idea de su negligencia! Pero, cualquiera que fuese el entretenimiento actual de Mario, desde luego no había estado cruzado de brazos. Había decorado completamente el lugar; había transformado las paredes aplicando en ellas cierta especie de sustancia plástica brillante, un material nuevo que provocaba una sensación de proyección, de manera que hasta parecía peligroso atravesar el corredor. Había montajes también, y frases sin sentido grabadas en las paredes y en los techos. QUIEN SABE, NO HABLA. DENSIDAD NATURAL DE LOS LEONES. LA VIDA REQUIERE MAS VIDA.

La vida requiere más vida. Lo mismo podía ser cálido que frío, este pensamiento. La apariencia acogedora de esta nueva decoración podía estar encubriendo algo más frío: un horror helado; ésta era la impresión de Bymes, aunque admitía que el aspecto exterior era mucho más alegre de lo que él había esperado. Pero se detuvo con la mano en la puerta del estudio del chico, temeroso de abrirla, consciente sólo del frío que le invadía las vísceras. Eran extrañas imágenes de muerte lo que le llegaban. Naturalmente, no era más que un viejo, un político fracasado, un cronista fracasado, un filósofo fracasado... Pero no era la muerte personal lo que sentía que emanaba de la habitación; era una muerte general que abarcaba tanto la muerte de los vivos como

la muerte de los aún por nacer. Con una sensación de malestar en el estómago, Byrnes abrió la puerta y entró.

Russell Crompton tenía el rostro hundido en la cálida desnudez de Miriam; sin embargo, oyó claramente que decía:

—Pero los guardias que estaban en la puerta de la habitación... debían de estar complicados en el asesinato.

Eso era lo último que Crompton quería discutir. Dijo con cansancio:

—El FBI les ha frito con preguntas a esos dos pobres diablos, y ellos no lo hicieron, punto.

—Bueno, ¿y qué había en ese documento que robaron del despacho del Presidente? ¿Es eso una pista? ¿Era un espía extranjero el asesino?

—Mira, cariño, si estás buscando un puesto de detective, olvídale. El documento que ha desaparecido se refiere a algo llamado Proyecto Gunwhale... todo muy confidencial. Se trata de un informe de alto secreto redactado por determinado laboratorio farmacéutico que ha descubierto una nueva droga capaz de cambiar toda la estructura social de la humanidad. Si cae en malas manos, ¡Dios nos asista!

—¡Ah, es otra droga! —exclamó decepcionada.

Éste era, reflexionó, el tercer Secretario de Estado con quien se había acostado; ¿cuántas muchachas podrían decir lo mismo? Y se contestó a sí misma, en su fuero interno: «¡Más de las que te crees, mi amor!».

—¡Dios!, estoy hecho polvo. La conferencia sobre asuntos internacionales de anoche me dejó... Unas cuantas semanas como ésta y no va a haber quien lo resista. Y no es por el trabajo; es el tener que tomar decisiones lo que le mata a uno. El hombre no es un animal decisorio.

—Para que me hablen de filosofía no me hace falta salir de casa; ven, échate aquí, así. ¡Eso está mejor! Háblame de los hombres que estuvieron en la Luna. Ya te he dicho que Mario cree que vive en la Luna. ¿Han mejorado esos ocho hombres?, porque Mario sigue igual.

—No debías darle LSD, cariño.

—No era mi intención contarte eso, Russ... así que es mejor que lo olvides. De todos modos, a Mario le gusta el LSD. Le anima mucho. ¿Cómo están los hombres que volvieron de la Luna? Cuéntame algo sensacional.

—Va mejorando su estado. A veces aún oscilan como una llama hasta hacerse invisibles, pero esa aberración va decreciendo a medida que sus ritmos circadianos se reajustan al Automático de la Tierra.

Miriam se incorporó.

—¿Invisibles? ¿Quieres decir que no se les puede ver?

—No es una invisibilidad corriente. Lo que ocurre concretamente es que, cuando están en la fase del Automático Lunar, se encuentran 833 fracciones de segundo por delante de nuestro continuo temporal, y, por tanto, no pueden ser percibidos por

nuestros sentidos. No es para asustarse; además, pronto volverán a la normalidad, a Dios gracias.

Miriam dijo:

—A mí no me asusta; es que... Espera.

Pero sus incoherencias no le detuvieron; al fin y al cabo, los asuntos de los hombres, aunque complicados, resultan maravillosos cuando se alternan con las simplicidades de la cama; a él le gustaba vivir la vida plenamente, y saborear las intrigas internas de la Administración; le gustaba todo, hasta las, ausencias de su mujer, ya que le proporcionaban una excusa moral para sus diversiones con Miriam. ¡Se levantaba fresco y animoso de la cama como si surgiera de la espuma! Se sentía ya más deseoso de hablar que de escuchar, y acariciaba la idea de sacar alguna posible ventaja política de ésta anomalía del tiempo recién descubierta; estaba dispuesto a levantarse y volver a la lucha, pero en atención a una vieja pasión, consideró que debía dedicar otros diez minutos a charlar con ella y a acariciarla. Quizá ocho.

—Jake tuvo el presentimiento; se dio cuenta en seguida de que se abren posibilidades enteramente nuevas de operar en el tiempo. He telefoneado a Fetesti, que por lo visto es una eminencia en la materia, y dice que va a venir a "Washington para asistir a una conferencia que tendrá lugar esta noche. Dicen que es un científico brillante de origen húngaro. Pero no quiero que Jake se entere aún de que voy a hablar con Fetesti... Así que tengo que vestirme, mi vida. Si Estados Unidos pudiera conseguir una máquina del tiempo o un proyectil del tiempo antes que el resto del mundo, se solucionaría la mayor parte de nuestros problemas, ¿no te parece? —se detuvo en el momento en que estaba metiendo el pie derecho en el calcetín, y se quedó mirando el pálido semblante de Miriam—. ¿Te sientes bien?

—¡Dios mío, Russ!... Ya te he dicho que Mario sostiene que vive en la Luna, y que la Luna es el lugar apropiado para las gentes no deseadas.

—Es inútil, cariño. No recuerdas exactamente lo que ha dicho Mario. Y eso que te pedía que lo escribieras todo punto por punto. Una cosa recordada a medias no sirve de nada.

—¡De acuerdo, de acuerdo! Pero hablaba en sentido figurado. El no quería decir que vivía literalmente en la Luna. Se refería a un tiempo lunar —de súbito, se pegó a Crompton, y estuvieron a punto de caer juntos de la cama—. Por eso Mario nunca da la sensación de estar presente. Vive en el tiempo lunar. Debe de haber estado en contacto mental con los hombres de la Luna, cuando los trajeron enfermos a la Tierra. Debió de existir una correspondencia entre la enfermedad de esos hombres y la suya. Aprendió a saltarse ese trocito de tiempo. Por eso da la sensación de que no está a tu lado.

—¿Mario viajero del tiempo? ¡Imposible! ¿Qué es lo que dijo del Presidente? ¡Trata de recordar!

—Dijo algo así como... como que el Presidente iba a empeorar las cosas, y que

había ya demasiada gente en el mundo... Russ, tú no crees que fue *Mario* quien lo hizo, ¿verdad? No puede ser.

Crompton se puso los pantalones; su rostro estaba sin expresión:

—No es más que tu propia imaginación. No es ni más ni menos que tu propia ego-agresión impulsada por un sentimiento de culpabilidad, porque le suministras a ese jovencito ácido lisérgico. Si pudieras cargarle a él el asesinato, ya no te sentirías mal. Conozco aquí a un buen alienista, un tipo llamado Steicher, especialista en ego-agresiones. El podría ayudarte. ¿Por qué no vas a verle?

Miriam estaba inmóvil, miraba fijamente sin escuchar; Russell observó, no sin cierta irritación, que estaba temblando.

—La habitación cerrada... no representaría ningún problema para Mario, si fuera capaz de salvar esa fracción de tiempo, y podría aparecer cuando quisiera por detrás del Presidente. Desde que regresaron los hombres de la Luna, se ha venido comportando de una manera extraña... Siempre está fuera, no hay forma de encontrarle; sale en coche y nadie sabe adonde va.

Poniéndole una mano pesada sobre el hombro, Russell dijo:

—Escucha, Miriam, aun admitiendo todo eso, ¿por qué iba a querer matar al Presidente? ¿Qué motivos tenía?

Entonces recordó: Rhoda había soñado algo sobre Mario. Sentía miedo de los sueños de Rhoda; pertenecían a una supra-realidad que ni siquiera Steicher podía explicar de manera satisfactoria. Rhoda había soñado que Mario hacía el papel de *Macbeth* en una representación que tenía lugar en Gondwana. El chico había hecho un gran papel como el Caballero de Cawdor, y había representado también la parte de las brujas, cosa que había divertido muchísimo a su padre, Jake Byrnes. Byrnes disfrutaba viendo su casa convertida en el castillo de Macbeth, pero cuando su hijo se empeñó en terminar la representación en el lago, se puso furioso diciendo que el bosquecillo de bambú avanzaba para destruirle.

Turbado por el sueño, Crompton se lo contó a Miriam. Para decepción suya, Miriam no le prestó el menor interés.

—Un sueño no significa nada; lo que importa son los hechos. Además, el sueño de Rhoda no tiene final.

—¡Sí que lo tenía! Lo recuerdo muy bien. Dijo que Macbeth se negó a que le matara Macduff... ¡y el papel de Macduff lo hacía el Presidente!

—¡Muy ingenioso! ¿Y fue Macbeth quien le mató a él, en vez de matar él a Macbeth?

Movió la cabeza negativamente.

—Es curioso; recuerdo que yo le hice esa misma pregunta a Rhoda. Pero no lo sabía. Estos extraños sueños suyos tienen lagunas. Pero terminaba cuando Jake salía corriendo del bosquecillo de bambú y mataba a Mario.

Se miraron mutuamente. Miriam tragó saliva y dijo:

—¿Crees que Mario es el asesino del Presidente, entonces?

—Existe el motivo: quería hacer fracasar el Proyecto Gunwhale, simbolizado en el sueño por el linaje de Macduff. Su existencia era una amenaza para su vida.

—El estuvo de niño en la Casa Blanca, cuando su padre formaba parte de la Administración. Puede que recordara el lugar. Pero un sueño es un sueño.

—Ni más ni menos. Y cuando hablé con él la semana pasada, dijo algo así como que habían disparado a las ballenas del lago. Su vida es un sueño. Poseyendo la capacidad de internarse en el tiempo futuro, nuestra precognición se convierte para él en pre-acción —mientras habla, Crompton sintió algo del intenso miedo que Mario debió de experimentar al asomarse a la enmarañada complejidad del futuro.

Este mismo miedo se le contagió a Miriam. Dijo:

—Russ, ¿llegará Jake a matar realmente a Mario? Quiero quedarme aquí. Tengo... tengo miedo de regresar a Gondwana.

Desequilibrado o no, él volvía a ser el Secretario de Estado. Enfundándose en su chaqueta, dijo:

—Tú también crees en la realidad de los niveles simbólicos, ¿verdad, Miriam? ¡Quédate aquí! Yo, desde luego, voy a ir para allá con unos cuantos policías, y en seguida. La nación entera quiere al asesino vivo.

Ella parecía incapaz de abandonar la cama; estaba tiernamente abrazada a las sábanas, viéndole ir y venir de un lado a otro de la habitación, como si no le reconociera.

—Russ, *tú* no crees que las drogas que le he estado proporcionando hayan contribuido de alguna manera a trastornarle, ¿verdad? Yo lo hacía solamente por chingar un poco a Jake. Yo jamás he pretendido...

Al tiempo que cogía el teléfono y comenzaba a marcar, Crompton dijo:

—Se me olvidaba decirte una cosa, cariño. En el sueño tú hacías de Lady Macbeth.

La habitación estaba vacía. Al menos, Mario no estaba. Tardó un poco en comprobarlo porque la habitación se encontraba tan revuelta y atestada de cosas extrañas que Byrnes se sintió desorientado. Aún luchaba por vencer el malestar que sentía en el estómago.

La enfermedad del chico, se dijo, es la anti-vida. Precisamente porque esta enfermedad es corriente hoy, no debemos aceptarla como cosa normal. Es una repulsa. La enfermedad no es lo contrario de la salud, sino algo que atañe a nuestra responsabilidad moral... La gente debe ser alertada. Incluir esto en el próximo capítulo. Añadir que tenemos que ponernos de acuerdo sobre la manera de desarrollarse la enfermedad mental. Al fin y al cabo, posee su propia capacidad creadora. La enfermedad es un misterio para nosotros. Igual que la salud. Las pesadillas del sueño invaden la vida vigil y los horrores que afrontamos durante el día andan ocultos por la noche. Es la época del reloj y las armas de fuego, en la que la orquestación de la vida interior vacila y el guía se esconde...

Las malas imágenes le llevaron a una pared donde colgaba toda una hueste de recortes de periódicos recientes, prendidos solamente por la parte superior —la mejor manera de que tremolaran y vivieran, tal vez—; y eran tan recientes que aún no habían tenido tiempo de ponerse amarillos. Todos se referían al asesinato del Presidente. Había varias instantáneas de su cuerpo derrumbado sobre la mesa de escritorio. Había trabajado hasta el final; muy conmovedor. Detrás de su silla podía verse la bandera.

En medio de los temblones recortes de periódico, había una hoja de papel blanco con el sello del gobierno. Byrnes la reconoció inmediatamente y la leyó. La releyó. A volverla a leer por tercera vez, le encontró sentido; y encontró sentido también al hecho de que estuviera aquí. Se llevó las manos a la barriga.

Era un informe de alto secreto dirigido al fallecido Presidente por sus consejeros; asunto: el Proyecto Gunwhale. Informaba que un laboratorio farmacéutico relativamente desconocido, el Statechem S. A., había realizado una prueba de tres años con un nuevo tipo de preparado gerontoterapéutico, cuyo nombre patentado era *Surviva*, y había obtenido notables resultados en siete especies de animales de laboratorio. Ninguno de los animales manifestaba signos de envejecimiento. Se habían realizado pruebas, también, con personas vinculadas al propio laboratorio que se habían prestado voluntariamente. Aunque el período era demasiado breve para obtener resultados definitivos, todos los indicios eran esperanzadores: no había signos de deterioro celular, el pelo gris recobraba su color negro, no aparecían efectos secundarios deletéreos. La *Surviva* parecía prometer una extremada longevidad y su comercialización no resultaba cara. La sociedad Statechem solicitaba permiso para pedir públicamente voluntarios, así como la supresión de las medidas de seguridad que mantenían en secreto estos descubrimientos. Los directores de la Statechem no encontraban ninguna razón que impidiera la fabricación de inyecciones mediante las cuales se proporcionaría la inmortalidad a todo el mundo en un plazo de diez meses, tan pronto como concluyeran las pruebas.

Al final del informe, uno de los consejeros del Presidente había escrito a mano: «Este proyecto, de seguir adelante, y a la vista del hambre que existe hoy en el mundo y del exceso de población, haría saltar todas las estructuras sociales y aniquilaría el planeta en una generación».

Prendida al informe había otra hoja, una respuesta en la que Byrnes reconoció la letra fluida del Presidente: «Ese argumento no sirve, Ted. Si la Statechem ha logrado obtenerla hoy, no tardarán en obtenerla otros también. Tenemos que darles luz verde y afrontar los problemas que sobrevengan. Además, necesitamos el refuerzo intelectual que eso supone: imagina lo que supondría una década más de trabajo por cada científico del país. Por otra parte, yo estoy irrevocablemente del lado de la vida». Y sus iniciales, ligeramente borrosas. Debió de ser lo último que escribió, antes de que el asesino acabara con él.

Estoy irrevocablemente del lado de la vida. Yo también, se dijo Byrnes; no lo

puedo remediar. ¿Y de la vida inmortal? Bueno, se podría probar... las consecuencias que acarrearía serían tremendas; y los consejeros, tal vez con muy buen criterio, se opusieron a la idea por ese motivo. Pero el Presidente, con mejor criterio aún, les atajó... Bueno, iba a hacerlo cuando le asesinaron. Por las iniciales de los consejeros, Byrnes vio que se trataba de Crompton, Strawn y otros dos. Eran de los que se opondrían; y eran, también, los que ahora ocupaban el poder.

Y otra cosa. El asesino. Ésta era la razón por la que le habían matado. Tuvo que ser uno de los que se oponían. Uno de los que se oponían a la vida, al futuro, a esa corriente terrible llamada progreso; pero era preciso decir sí y actuar conforme a ése sí... El asesino, después de cometer el crimen, se había venido con este documento.

—¡Mario! ¿Dónde estás? —Mario era de los que decían no. Su locura era una de las formas más frecuentes de decir que no, en su generación. Así que había dado protección al asesino, le había dado cobijo aquí, aquí en Gondwana Hills. ¡Qué dolorosa ironía! El viejo sintió que se le llenaban los ojos de lágrimas. ¡Su propio hijo protegiendo al asesino del Presidente!

Reprimió rápidamente las lágrimas y sacó el revólver. Puede que aún estuviera aquí el asesino. Se guardó el acusador documento en el bolsillo y retrocedió hasta la puerta. Milagrosamente, la sensación de malestar había desaparecido. Todo lo que sentía ahora era una sorda irritación contra su hijo, contra el asesino y contra las circunstancias que, según veía él, le estaban involucrando nuevamente en otra ignominia; pero esta vez no lo podía soportar; entorpecería la marcha de su libro, y haría naufragar sus frágiles méritos y su mensaje vital. El futuro agonizaba, y la promesa del pasado se hundía en el caos.

—¡Salid de ahí, bellacos! —rugió.

La recargada habitación, guarida de criminales, nido de enfermedades, antro de conspiraciones, madriguera de un asesino, absorbió totalmente la voz. Reinaba una luz pálida y mortecina que él asociaba con el pecado; era la misma palidez que había visto en una representación universitaria de *Macbeth*. La luz se hace neutra y el cuervo alza su vuelo hacia el bosque rocoso. Se sintió un poco asustado. Retrocedió hasta el corredor y gritó el nombre de su hijo con todas las fuerzas para recuperar su presencia de ánimo.

Mario apareció ante él. Un instante antes no estaba allí; y de repente, sí estaba. Aunque su rostro tenía la misma expresión ausente de siempre, sus ojos relampaguearon con determinación. Avanzó hacia su padre sin hacer el menor caso del revólver. Byrnes le gritó, pero era como si ninguno de los dos pudiera oír nada. Hizo un rápido movimiento, rodeó el cuello de su padre con el brazo, y le tiró hacia atrás violentamente con una fuerza tremenda e inesperada. Ante los ojos de Byrnes comenzaron a flotar estrellitas en medio de una bruma roja, y su voz se quebró. Forcejeó sin comprender, con el arma todavía en la mano, temeroso de herir a Mario con ella.

A través de la bruma, vio —o más bien le pareció soñar— que llegaba Grigson

corriendo y se abalanzaba blandiendo el más fútil de los objetos grigsonescos, una cartera de cuero. La cartera fue a darle a Mario con violencia bajo el ojo. Mario soltó inmediatamente a Byrnes, con un quejido. Grigson, con una expresión más bien estúpida, se dispuso a golpear otra vez; Byrnes cayó al suelo mirándole con desamparo. Mario desapareció; se desvaneció, se esfumó como si no hubiera estado allí.

Empezaba a recobrar el sentido. El idiota de Grigson le estaba rociando la cara con un poco de agua clara. Dos criados se inclinaban estúpidamente sobre él. Había otro hombre de pie, en el fondo. Byrnes soltó un gruñido y trató de incorporarse. Le ayudaron.

—Le oí pedir socorro, señor...

—¡Buen trabajo, Grigson!...

—¡Pero su hijo desapareció, señor; se desvaneció como un fantasma!

—¡Qué va a desaparecer! ¡Llame a la guardia! ¿Ha llamado ya a la guardia?

—¡No, señor!

—¡Está despedido, Grigson!

—Recuerde, señor, que...

—¡Váyase al infierno!

Salió, tambaleándose, intentando orientarse. Le habían llevado a uno de los cuartos de baño. El cuarto de baño que un día fuera de Alice... Y este chico, el hijo de Alice, para haber atacado a su padre debía de estar hipnotizado, debía de estar bajo la voluntad de un homicida, de un asesino, ¡del asesino que se ocultaba en este lugar!

Pulsó el botón de alarma más próximo y se tranquilizó al estallar el estridente pandemónium de la torre del reloj. Se metió en el ascensor y descendió a la planta baja; en la entrada le recibió el Capitán Harris, al mando de la brigada de seguridad.

—¿Ha visto por la pantalla espía cómo me han atacado, Capitán?

—¡No, señor! ¿Dónde estaba usted?

—En el ala oeste; ¡podían haberme matado! ¿Qué hacían sus hombres?

—Su hijo ha quitado todos los aparatos de vigilancia de esa parte de la casa.

—Claro, era de esperar... Escuche, Capitán, tiene que detener a mi hijo. No le haga daño, pero deténgalo. Enciérrelo bajo siete llaves aquí. Está dando protección al asesino del Presidente. ¡Sí, como lo oye! Tiene que echarle el guante a ese asesino, aunque tenga que pegarle fuego a la casa. ¡Bueno, no, eso no! Ordene inmediatamente a uno de sus hombres que vigile mi despacho, no vaya a ser que alguien trate de destruir mi obra.

Harris asintió brevemente. Revivía en los momentos de crisis. Fue dando órdenes por todas partes, distribuyó a los hombres eficientemente. Explicó a Byrnes:

—Todos los cierres están bajados y todas las puertas están automáticamente cerradas. Nadie puede salir sin nuestro permiso.

—Muy bien —se apaciguó finalmente, y dio gracias a Dios por tener a Harris; a

Harris le importaba poco el futuro, pero era genial en las situaciones de emergencia —. Déjeme ahora salir de aquí, ¿quiere? Necesito un poco de aire fresco.

Harris transmitió la orden a un joven, que abrió la puerta principal, blindada, y dejó pasar a Byrnes. Tan pronto como la puerta se cerró tras él, Byrnes se tambaleó y tuvo que sentarse en el último peldaño. Se cubrió los ojos y trató de calmar sus palpitaciones, temeroso de que le diera un ataque. Le dolía la garganta. El chico le había hecho daño.

Estaba oscureciendo. Era un crepúsculo lúgubre; todo el paisaje había adquirido las calidades de un escenario de Macbeth; la ira y la maldad se extendían sobre los montes. Las cosas buenas del día empezaban a marchitarse y enmudecer. Un haz de luz se extendió sobre el lago, y se paseó por el campo de aterrizaje, hasta que le enfocó a él. Se levantó, sintiéndose entre culpable y vulnerable, y les hizo una seña para que apartaran la luz. Pero el gran ojo luminoso no se apartó. Byrnes resistió la tentación de golpear la puerta para que le dejaran entrar otra vez.

Su pequeño deportivo inglés estaba estacionado delante de la casa. Mascullando maldiciones, subió en él, lo puso en marcha y atravesó el campo; el haz de luz le siguió durante todo el trayecto. Debieron de identificarle, porque salió alguien de la torre de guardia y echó a correr hacia él. Era el capitán MacGregor, a quien Byrnes le dirigió una sarta de improperios.

—Siento lo ocurrido, señor —dijo MacGregor sin mucha convicción—. El capitán Harris me ha explicado la situación por teléfono. Todos están en alerta aquí fuera. Pero el Secretario de Estado Crompton ha transmitido un mensaje por radio, señor.

Sería algo malo. De los hombres del gabinete, llenos de ambición, sólo cabía esperar lo peor. La muerte en sus bocas y en sus ojos el polvo.

—¿Qué quiere?

—Dice que a su hijo se le acusa de homicidio; y a usted de complicidad, señor.

—¡En Washington están locos! ¡Están locos!

—No ha enviado el mensaje desde Washington, señor. Vuela hacia aquí, aterrizará dentro de unos ocho minutos. Trae una fuerte escolta de policías. Dos aviones. Me ha ordenado que les arreste, a usted y a su hijo, señor.

—¡MacGregor!

—¿Señor?

—Le ordeno que derribe esos aviones.

—¿Que los derribe?... ¡no puedo, señor!

—¡Es el futuro! ¡Es el futuro quien se lo exige! ¡Derríbelos!

—No puedo hacerlo, señor. Pero del mismo modo, tampoco le puedo arrestar a usted, señor. Estará libre hasta que aterricen los aviones, señor. Eso le da unos siete u ocho minutos de margen para escapar.

Así que MacGregor le consideraba ya culpable. No había nada que él pudiera hacer.

—Gracias, MacGregor.

Se alejó a pie; dejó el coche deportivo, cuyo motor seguía aún en marcha, y se encaminó despacio y a ciegas hacia el bosquecillo de bambú. Tanto peor para la filosofía. Ese loco de Russell... Así que él y Mario iban a servir de víctimas propiciatorias nacionales. Ciertamente, era una idea ingeniosa; mucho mejor que echarle el guante a alguien absolutamente desconocido; podían dar a entender que él había pretendido el sillón presidencial; quién sabe... cualquier idea descabellada que se les ocurriera.

Miriam debió de descubrir que Mario estaba protegiendo al asesino y había ido a contárselo a Russell Crompton. Y éste había aprovechado la ocasión para realizar una maniobra política.

Rhoda le tomó la mano, y dijo:

—Estoy aquí, Jake. No te alarmes.

—¿Eres tú, Rhoda? ¿Cómo es que estás aquí? ¿Qué haces en Gondwana?

De su cuerpo emanaba aún un bálsamo, un adorable perfume femenino. Estaba de pie, en el mismo lugar donde disparó él sobre su propia imagen; puede que no fuera más que una coincidencia.

—Estoy totalmente de tu parte, Jake. De parte del futuro. Creo, como tú, que el mundo sólo puede resolver sus problemas planteándolos abiertamente y haciéndoles frente, no suprimiéndolos. Y creo, también, que necesita todas las fuerzas que sea capaz de reunir para poderlos resolver, y que en esas fuerzas, tú juegas personalmente un papel importante... y que te perderás, y tu libro se perderá contigo, si no huyes en estos diez minutos que tienes de tiempo. Te ayudaré a hacerlo. Sé lo que va a suceder.

—Es posible, sí.

—«Desde aquí, desde esta orilla del tiempo, saltaremos a la vida por venir». ¡Pero puede que traiga mala suerte citar a Lady Macbeth!

—Rhoda... ¿ha desaparecido ya el *haragei*? ¿Podemos hablar y andar juntos libremente, por fin?

—Sí. Antes no era yo. Ahora sí lo soy.

—Bien, ¡yo me siento como enajenado! En todo siento un frío helador menos en ti. Puede que tengamos que dejar de creer en los sistemas lógicos a costa de los demás. Al fin y al cabo, las máquinas nos están liberando de la necesidad de pensar en términos de blanco o negro; de eso se encargan ellas; nosotros nos debemos dedicar a cuestiones de matiz, que es donde la vida alcanza su verdadera dimensión. Me parece que Russell me quiere tomar como víctima propiciatoria a escala nacional.

Rhoda asintió y dijo fríamente:

—Date cuenta de que estás al borde de la locura. Debes retroceder. Russell tiene muy poca cosa en contra tuya, salvo un sentimiento de culpabilidad por acostarse con tu mujer. Pero es muy ambicioso. El deteneros a ti y a Mario esta noche, y complicaros en la conspiración para matar al Presidente le convertirá en héroe nacional.

En el cielo, cada vez más oscuro, se oye ruido de aparatos. Son los nuevos jetcópteros. Sí, allá arriba se ven sus luces. Son los pájaros de la venganza que vienen a posarse en las mansas llanuras de la paz.

—Tengo que encontrar a Mario. ¡Está loco! ¡No quiero que le hagan daño!

—Reflexiona. Estás rechazando la evidencia de tus sentidos, prefieres echarte en brazos de la enfermedad en vez de hacerle frente a la verdad. Ya has visto a Mario cuando se desvanecía. Debes admitirlo en tu fuero interno; y luego, deberás admitir otra cosa...

Parecía que le torturaba la oscuridad. Sacudió furiosamente su enorme cabeza gris, negando, esparciendo lágrimas. Estaba temblando, pero hizo un esfuerzo para decir:

—... Que es él el asesino.

Por un momento, fue incapaz de ver nada. Los bambúes hervían en un océano de tinieblas, y apenas si le llegaban las palabras de Rhoda.

—Por numerosas que sean las fuerzas que se vuelvan contra la vida, los pensamientos del bien se alzarán siempre por encima. Escucha, mi querido, vapuleado y viejo Jake: tú podrías liberarte de la sospecha de complicidad, pero la humillación te hundiría, destrozaría tu vida y desbarataría por completo el curso de los acontecimientos.

Los jetcópteros descendían ahora entre sus propias turbonadas de viento. Rhoda gritó para hacerse oír:

—Te he esperado aquí porque es aquí donde vas a ver aparecer a Mario de un momento a otro. No puede permanecer mucho tiempo en el Automático Lunar. Correrá a matar a Russell porque, gracias a la ayuda de Miriam, ha logrado reunir casi toda la información que necesitaba para llevar a cabo el arresto. Mario tiene poderes asombrosos, pero no es sobrenatural. No necesitarás una bala de plata, Jake, para abrir el camino hacia un futuro mejor.

—¡Sabes que yo no puedo matar a mi hijo!

Ella le besó en los labios.

—Lo harás.

Cuando el viento comenzaba a silbar en torno a ellos, y las dos formas voladoras y negras se posaban en el campo, ella comentó:

—¡Tu Capitán Harris ha tardado demasiado tiempo en cerrar! ¡Mario ya había salido!

Olvidando a Rhoda, echó a correr hacia su hijo, oscura sombra encorvada que se deslizaba presurosa, aprovechando una zona muerta, detrás del cochecito deportivo, para acercarse a los aparatos que se posaban. Byrnes le llamó a gritos, pero Mario no le oyó. Le agarró por atrás.

Con un sobresalto repentino, vio que Mario tenía un cuchillo en la mano y una mirada vacía en los ojos. Era como una máquina, no tanto por su enfermedad como por su incapacidad para experimentar sentimientos humanos o solidaridad humana.

Mientras el cuchillo describía su curva, Byrnes comprendió que Rhoda, al gritarle a voz en cuello lo que era una convicción propia, tenía razón: se trataba de matar o de que le mataran. Aun así, era incapaz de matar a su propio hijo; hasta la misma supervivencia tenía un valor relativo. Disparó al suelo, por tres veces, lo más rápidamente que pudo. Esto distrajo a Mario sólo ligeramente. Al clavársele el cuchillo en el costado, Byrnes saltó sobre el empuje del muchacho y le propinó un tremendo puñetazo bajo la mandíbula. Cayeron los dos juntos en el suelo azotado por el viento.

Jacob Byrnes se negó a permanecer más de un día en el hospital local. Sólidamente vendado, subió al coche tan pronto como le fue posible y regresó a Gondwana Hills. Una imagen benévola —vívida y erótica— le decía que Rhoda Crompton estaría allí.

Mientras el chófer le ayudaba a bajar del coche, Byrnes echó una ceñuda mirada en derredor. Las obras del frontón se habían interrumpido, por lo que no había ya decoradores. Pero la presencia de un avión del Ejército en el campo de aterrizaje, cinco limosines, dos camiones de la policía, y un laboratorio móvil forense, indicaba que tenía visita. Estarían desmantelando las habitaciones del pobre Mario, y reuniendo hasta la más mínima prueba para el juicio, en el que, según las noticias publicadas el día anterior, el padre aparecería como una especie de héroe nacional, siendo, además, uno de los principales testigos. El desdichado asunto significaría una tremenda interrupción en su trabajo; pensó que sería capaz de afrontar todo esto si tenía a Rhoda a su lado. Debía concentrar su máximo esfuerzo en ayudar a Mario. A Miriam la podrían ayudar los abogados. ¡Conque le suministraba drogas al muchacho drogas! ¡Era imperdonable!

En lo alto de la escalinata, salió Grigson a recibirle.

—La señora de Russell Crompton está dentro, señor.

—No esperaba verle ya aquí, Grigson.

—No, señor. Pero he pensado que podía necesitarme durante unos meses. Por ello he decidido aplazar mi dimisión por una temporada.

Byrnes le dio a su secretario unas palmadas en el hombro.

—Le necesitamos, Grigson. Ayúdeme a quitarme a los policías de encima. Puede que necesitemos otra vez su peligrosa cartera. ¡Vamos!

Pero Grigson se fue del recibimiento murmurando unas palabras de excusa cuando apareció Rhoda. Se había lanzado en paracaídas y llevaba las gafas en la mano, aunque se había puesto un vestido de pana. Llevaba sus largos cabellos color ceniza recogidos en una simple trenza que le colgaba sobre un hombro. Saliendo al paso de cualquier reserva por parte de Byrnes, le puso las manos sobre el brazo.

—No te sorprenderá verme aquí, pero espero que te agrade. He pensado que podías necesitar ayuda, de momento.

—Todo el mundo piensa que necesito ayuda, al parecer. ¡Qué intuitivos se han

vuelto todos de repente! Subamos arriba, Rhoda, antes de hablar con la policía. Me prepararás algo de beber; ese condenado hospital era de la liga abstemia.

—¿Qué tal el costado?

—Ha sido un mordisco cariñoso —la miró y sonrió, con la esperanza de que no le encontrara demasiado viejo y cansado; Rhoda parecía adivinar una pregunta en sus ojos.

—He terminado con Russell —dijo—. Y por supuesto, él ha terminado con Miriam, ahora que le ha sacado todo lo que podía, así que la situación es simétrica.

—Yo he arruinado la vida de Miriam. He sido demasiado para ella. Me siento responsable de lo que la ocurra; todavía la puedo ayudar... sobre todo ahora que ya no tengo que cuidar a Mario... Rhoda, no... no convertirán este juicio en un psicodrama, verdad, cargándole una culpa nacional y demás.

Ella se echó a reír.

—No puedo predecir el futuro, ya. Anteayer anulaste el futuro previsto al no matar a Mario. Así que las leyes de la causalidad temporal deben ser formuladas de nuevo... evidentemente, lo han sido *ya* en un tiempo posterior al mío, como lo demuestra el hecho de que nadie viaja de vuelta a una época que no se mueve en el tiempo por temor a alterar la causalidad temporal.

Tomaron el elevador y subieron a las habitaciones donde Byrnes vivía y trabajaba. Todavía se sentía tímido con ella, y no había podido desechar por completo la sensación de *haragei* que experimentaba; se abstuvo de preguntarle qué papel iba a desempeñar ella en su vida. Sabiendo que era ahora, aunque inmerecidamente, un héroe nacional por haber atrapado y desarmado a su hijo asesino, sentía coartada su libertad. Al menos podría utilizar la popularidad mientras durara para dar publicidad a las ideas que él profesaba. Primero debía consultar con Fetesti; Rhoda debía estar presente.

—Te voy a necesitar, Rhoda... No sólo por mí. ¿No tienes que... que regresar adonde sea? ¿Puedes quedarte?

Ruborizándose, dijo:

—No cuentes demasiado conmigo, Jake. Yo te quiero, pero soy paracaidista, y eso es lo que yo amo ante todo: es una especie de droga celestial para mí. Pero viviré aquí, si tú quieres. Tu zona de lanzamiento es excelente.

Rhoda miró con ternura el emocionado calor que ardía en su rostro, luego fue a prepararle una bebida fuerte, mientras él se hundía en una butaca, y dijo mientras la preparaba:

—No tengo sitio en el futuro. Nací hace treinta y ocho años; el futuro que me raptó durante uno de mis lanzamientos sólo tiene veinte años de antelación.

—Debe de ser muy diferente.

—Enormemente diferente. Y sin embargo, *tú* lo reconocerías, aunque sólo sea porque llevas ya en el cerebro una pequeña parte de él. —¿Debía continuar y contárselo? Había reservas que las personas se ocultaban incluso a sí mismos; tenía

miedo de que le dejara aterrado lo que le iba a decir; pero aunque le había tocado vivir su propio tiempo del reloj y las armas, en la última etapa de su vida, debía saberlo.

—Jake, cuando me estaban entrenando para ésta, aventura, me inyectaron la *Surviva*, me administraron una variedad de la *Surviva*, la droga que se cita en el informe fatal del Presidente fallecido. Yo no... no estoy sujeta ya a la habitual limitación de los setenta años.

Hubo un largo silencio en la habitación.

Finalmente, Byrnes se rascó la cabeza y dijo:

—La gente como tú debería disfrutar siempre de una larga vida. Supongo que dentro de veinte años... no me viste por ahí todavía, polemizando, disertando, dogmatizando, ¿verdad?

—... No. En cambio tu libro seguía leyéndose, y era un gran éxito.

—¡Bebamos! Entonces, no hay nada que decir; la decisión está tomada ya. No quiero las inyecciones. La trayectoria de mi vida es algo que me niego a torcer por nada —luego, de repente, sintió miedo de lo que acababa de decir. Había hecho demasiado, había sufrido demasiado, y naturalmente, aún había mucho que pasar. El dolor del juicio de Mario...

Rhoda le dio un beso y le tendió el vaso. De súbito, él la estrechó con todas sus fuerzas, y la soltó inmediatamente con un gemido.

—¡Mi costado! Mujer, cuando esté curado, no te me escaparás.

—Eso espero. ¡A tu salud!

—¡A la tuya!

Había tantas cosas que le quería preguntar... Qué inestimable privilegio, jamás concedido a mortal alguno, el de poder contemplar fríamente el futuro. No debía abusar; debía aprehenderlo en pequeñas dosis. Una de las primeras preguntas tenía que ser —quizás fuera mejor hacer una lista— cómo se las iban a arreglar para evitar que la explosión demográfica, y la longevidad de las personas, acabaran por atestar el mundo insoportablemente. Pero, naturalmente, si adoptaban el único sistema viable de administrar la *Surviva* sólo al que demostraba capacidad de suministrar alguna ventaja durante los años extra (¡sabe Dios la clase de test que haría falta para averiguar eso!), entonces sólo sería cuestión de mezclar otra clase de suero a las inoculaciones, con el fin de impedir que los inmortales procrearan, o que pudieran hacerlo solo a un reducido nivel. Los problemas técnicos no eran tan grandes. Incluso un sistema político-económico mejor cambiaría tremendamente: guerras de agresión, y esas situaciones en las que un estado sufría el azote del hambre mientras en otros se inundaba el mercado. Dado que ahora se estaban tomando decisiones mundiales, y el futuro iba emergiendo ya, la conciencia humana estaba entrando otra vez en un período dinámico de ascensión hacia un nivel de existencia superior. La longevidad encajaba naturalmente en el diseño. ¡El diseño! Por supuesto, eso era lo que había que comprender... y podía ser comprendido una vez se llegara al principio básico; y

el principio básico era tan simple que la tribu más atrasada de África era capaz de entenderlo cabalmente: la vida es buena. Y el clamor que se levantaría el día que Crompton anunciara los resultados de la Surviva demostraría al Occidente lo que el Occidente había olvidado: que la enfermedad es algo precioso, pero la vida es algo mejor. La proposición y su demostración eran una sola cosa; o planteado de otro modo...

—¡Querido, no has probado tu bebida!

—Quiero tomar unas notas —dijo.

Notas

[1] Título original: *Neanderthal Planet* <<

[2] Título original: *Randy's Syndrome* <<

[3] Título original: *Send Her Victorious or The War against the Victorians, 2000 A.D.*

<<

[4] Título original: *Intangibles Inc.* <<

[5] Aldiss juega aquí con las semejanzas fonéticas de *Muller*, *miller* (molinero), y *Millie*, formando una paronomasia (N. del T.) <<

[6] Título original: *Since the Assassination* <<